

UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Departamento de Historia

Licenciatura en Historia

**Eduarda Mansilla y la prensa, 1860-1892.**

**Una voz singular de la vida cultural porteña.**

Alumna: Ivanna Velisone

Tutora: Dra. Paula Bruno

Firma de la tutora

Junio, 2017



## Índice

Índice .....	2
Resumen .....	3
Introducción.....	4
Capítulo I Vida cultural en la segunda mitad del siglo XIX .....	14
1. Sociabilidad, asociacionismo y consolidación del Estado .....	15
2. El mundo intelectual .....	17
3. Desarrollo cultural y poder político: autonomía, acercamientos y tensiones .....	20
Capítulo II Una cartografía del mundo periodístico de fin-de-siglo .....	26
1. El mundo periodístico en la segunda mitad del siglo XIX .....	27
2. El lugar de Eduarda Mansilla en el mundo periodístico .....	36
3. Modo de escribir: estilo, registro y destinatarios .....	44
4. Artículos periodísticos de Eduarda Mansilla .....	52
Capítulo III .....	71
Eduarda Mansilla y la construcción de su propia excepcionalidad .....	71
1. Eduarda Mansilla y la construcción de su propia excepcionalidad .....	72
2. El recuerdo de Eduarda Mansilla .....	80
Consideraciones finales .....	86
Bibliografía.....	102
Fuentes.....	107

## Resumen

El presente trabajo es el resultado de una investigación cimentada en la puesta en diálogo de tres elementos: los escritos periodísticos publicados por Eduarda Mansilla (1860-1892) – prácticamente inexplorados en comparación con su producción literaria-, la trayectoria vital de esta autora y el contexto en que éstos se inscriben. El objetivo principal es el de recuperar la voz que esta escritora supo construir por medio de la prensa periódica, sin condicionarla con un marco conceptual elegido *a priori*, y prestando especial atención a las evaluaciones realizadas por sus contemporáneos sobre la vida y la obra de esta escritora, así como también a los modos en que Mansilla logró influenciar estas reflexiones a través del uso de la palabra.

## Introducción

La caída de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros en 1852 representa, sin lugar a dudas, un quiebre fundamental en la historia argentina. No obstante, si bien muchos contemporáneos vieron en este suceso la puerta de entrada hacia la consolidación de la unión nacional, aquella que Domingo Faustino Sarmiento había juzgado como ineludible en las páginas del *Facundo*, argumentando que el único obstáculo que podía advertirse era la presencia del “tirano”, lo cierto es que aún después de su derrocamiento van a transcurrir unos treinta años hasta que pueda alcanzarse la conformación de un verdadero Estado nacional.

En el terreno político, el período que recorre la segunda mitad del siglo diecinueve va a estar signado, en primer lugar, por la división entre Buenos Aires – declarada Estado autónomo en 1854- y la Confederación, que se sostiene desde 1852 hasta 1862, cuando la primera finalmente logra imponerse a las fuerzas del Interior en la batalla de Pavón. Entonces, si hasta 1880 el clima político nacional va a estar determinado por la puja de poder entre Buenos Aires y el resto de las provincias, el debate historiográfico va a girar en torno al camino recorrido para poder alcanzar la unidad con la presidencia de Julio Argentino Roca, distinguiéndose dos visiones antagónicas. Por un lado, autores como Oscar Oszlak destacan el avance de la hegemonía porteña a lo largo del territorio argentino mediante la subordinación de las fuerzas del interior, mientras que otros, como Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez, ven a la formación del Estado como un proceso que se va consolidando desde la periferia hacia el centro, prestando especial atención a la organización interna de cada provincia.<sup>1</sup> De cualquier manera, 1880 va a ser considerado como un parteaguas de la historia nacional, alcanzándose la victoria final del estado unificado a partir de la derrota de la revolución liderada por Carlos Tejedor, e inaugurándose de este modo un nuevo período- aquél caracterizado bajo el signo del progreso- que concluye, para la mayor parte de los observadores, en torno al Centenario.

Promediando el siglo, comenzará a registrarse además una notable intensificación de las actividades diplomáticas, vinculadas no solamente con el afán de inserción del reciente Estado

---

<sup>1</sup> Oscar Oszlak, *La formación del estado argentino*, Buenos Aires, Red Federal de Formación Docente Continua, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1999  
Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (Comp.), *Un nuevo orden político. Provincias y estado nacional 1852-1880*, Buenos Aires, Prometeo, 2010

consolidado en el concierto mundial de países por medio de relaciones institucionales, sino que también muy asociado al particular rol económico que jugará la Argentina dentro de este contexto. De esta manera, la noción de progreso se ligará inextricablemente al desarrollo económico del país por medio del conocido modelo agro-exportador, que ubica a la Argentina como uno de los principales productores de alimentos y materias primas.

Sin dudas, este fenómeno va a tener un correlato social muy visible. Si, por un lado, dotará a las clases dirigentes de unos recursos inimaginables previamente, volviéndola cada vez más confiada respecto del promisorio futuro al que estaría destinado el país más austral del continente americano, también traerá aparejado un cambio radical de la estructura social, que incrementará su vigor a medida que nos acerquemos al cambio de siglo. Dentro de este marco, los proyectos impulsados desde las oficinas de gobierno orientados a la modernización del estado, irán en paralelo a una preocupación cada vez mayor por el fenómeno inmigratorio, que en los primeros años del siglo veinte cristalizará en lo que la historiografía argentina ha catalogado como “cuestión social” y “cuestión nacional”.

Por último, y más vinculado con el tópico que nos ocupa en este trabajo, conviene mencionar brevemente los cambios que tuvieron lugar en el universo de la cultura. En primer lugar, es de notar el verdadero consenso historiográfico que señala al gobierno de Rosas como un período de postergación del desarrollo cultural. No obstante, para los años subsiguientes el veredicto no se revela tan ecuánime. Si bien muchos autores, como José Luis Romero<sup>2</sup>, encuentran una imbricación ineludible entre poder político y desarrollo cultural, especialmente a partir de la concomitancia observada entre la elite dirigente y la elite intelectual -en las que se registra además una impronta positivista y cientificista muy fuerte-, existen también visiones más matizadas, sobre todo aquellas acuñadas a partir de la apertura democrática del siglo pasado. De esta manera, el concepto cerrado de “generación del 80”<sup>3</sup> abre paso a una pluralidad de significaciones, y la relación entre cultura y estado se transforma en un campo de exploración muy vasto, encontrándose no solamente un diálogo fluido, sino también zonas de tensión y

---

<sup>2</sup> Romero, José Luis, *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Taurus, 2004

<sup>3</sup> Para más información sobre los distintos usos del término “Generación del 80” puede verse Bruno, Paula, “Un balance acerca del uso de la expresión generación del 80 entre 1920 y 2000”, [http://www.academia.edu/7022198/\\_Un\\_balance\\_acerca\\_del\\_uso\\_de\\_la\\_expresi%C3%B3n\\_generaci%C3%B3n\\_del\\_80\\_entre\\_1920\\_y\\_2000\\_](http://www.academia.edu/7022198/_Un_balance_acerca_del_uso_de_la_expresi%C3%B3n_generaci%C3%B3n_del_80_entre_1920_y_2000_), fecha de consulta: 24/05/2017

ruptura que permiten pensar en la constitución de un mercado de bienes culturales decimonónico<sup>4</sup>, algo que se evidencia particularmente en el desarrollo de la prensa.

Si bien nos detendremos en muchos de los aspectos previamente mencionados a lo largo de este trabajo, era preciso trazar, en primer lugar, las coordinadas principales para comprender las últimas décadas del siglo XIX en la cuenca del Plata, con el objetivo final de introducir brevemente a nuestra protagonista, Eduarda Mansilla. Como veremos, el ciclo vital de esta escritora decimonónica (1834-1894) va a estar muy ligado a varios de los fenómenos descriptos anteriormente.

Eduarda Damasia Mansilla Ortiz de Rozas nació en la ciudad de Buenos Aires el 11 de diciembre de 1834. Fue la segunda hija del matrimonio compuesto por el general Lucio Norberto Mansilla (1792-1871) y doña Agustina Ortiz de Rozas (1816-1898), que tuvo además otros cinco hijos: el primogénito Lucio Victorio (1831-1913), Martina Agustina, Lucio Norberto, Agustina y Carlos Alberto.<sup>5</sup>

En 1855, a los 21 años de edad, Eduarda contrajo matrimonio con Manuel Rafael García Aguirre (1826-1887), hijo del diplomático Manuel José García y Manuela Aguirre y Alonso de Lajarrota. La unión fue equiparada, en los medios porteños, con la de “Romeo y Julieta”, puesto que las inclinaciones políticas de ambas familias, esto es, la afinidad rivadavianista abiertamente manifestada por el entorno del novio y los obvios lazos de la otra parte con el “Restaurador de las leyes”, parecían irreconciliables. No obstante, el 31 de enero se celebró el enlace de estos dos linajes en la Iglesia de San Miguel Arcángel, ubicada en el centro de la

---

<sup>4</sup> Laera, Alejandra, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (Ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008

<sup>5</sup> A pesar de la relevancia que supo conquistar Eduarda Mansilla a lo largo de su vida y el renovado interés que suscitó su producción en los últimos años, lo cierto es que aún se desconoce muchísima información respecto de sus datos biográficos, algo que se vuelve aún más evidente si se lo compara con la abundancia de investigaciones que hacen alusión a su hermano, Lucio V. Mansilla, por ejemplo. De esta manera, la mayor parte de la trayectoria vital de esta autora fue recopilada a partir de las distintas semblanzas ofrecidas tanto en diccionarios biográficos - como puede ser *el Nuevo diccionario biográfico argentino*, de Vicente Cutolo, o el *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, realizado por Lily Sosa de Newton- como en las distintas investigaciones que exploran la producción de esta escritora, destacándose los trabajos de María Rosa Lojo, Hebe Molina, Gabriela Mizraje, Graciela Batticuore, Néstor Tomás Auza, Irene Chikiar Bauer, Marina Guidtotti, Jimena Néspolo, entre otros.

ciudad de Buenos Aires. Al igual que los padres de la autora, la pareja tuvo seis hijos: Eduarda Nicolasa, Manuel José, Rafael, Daniel, Eduardo Antonio y Carlos, adoptando todos el apellido García-Mansilla como símbolo de la necesaria hermandad entre los ciudadanos argentinos.

En 1860, y luego de desempeñarse como abogado y Juez de Paz, Manuel Rafael García inicia su carrera diplomática. Por este motivo, la familia debe mudarse a Washington en 1861, a donde regresan, luego de una estadía en Europa, en 1868, al ser nombrado Manuel R. García ministro plenipotenciario en Estados Unidos bajo la presidencia de Domingo F. Sarmiento. En ambas latitudes, Eduarda frecuentó lo más selecto de la sociabilidad local, formando parte de los círculos intelectuales, artísticos y culturales más elevados. Si en el país del Norte se podían contar entre sus amistades a personalidades de la talla de Abraham Lincoln y Ulysses Grant – ambos presidentes de Estados Unidos-, como también del poeta Henry Wadsworth Longfellow, el historiador John Lothrop Motley y el Conde de París, Luis Felipe de Orleans, en el viejo continente frecuentó la corte de Napoleón III y su mujer Eugenia de Montijo, y sus salones se vieron engrandecidos con la presencia de figuras como Victor Hugo, Thiers, Dumas y Laboulaye, entre otros.

Como puede verse, hasta aquí nos encontramos con una Eduarda que se ajusta perfectamente a todos los beneficios y obligaciones “á que le daban derecho su cuna”<sup>6</sup>, luciendo como esposa y madre, pero también como una de las damas más distinguidas de la sociedad porteña, y haciendo uso de su acervo cultural para iluminar su entorno a ambos lados del Atlántico, ya sea por medio de su habilidad en el arte de la conversación o su inigualable desenvolvimiento en el campo musical. No obstante, es preciso destacar que durante estos años Eduarda no solo va a perfeccionar sus dones para la sociabilidad, sino que va a ser una etapa de intensa búsqueda y crecimiento en términos artísticos. En este sentido, el desembarco en otras latitudes, y el contacto cercano con otras geografías, costumbres e idiosincrasias, no solamente alimentarán su amplitud intelectual, sino que se constituirán como elementos fundamentales para el desarrollo de su producción literaria.

---

<sup>6</sup> “Mujeres Célebres Americanas. Eduarda Mansilla de García”, *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, 28 de Diciembre de 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.554

Si bien Mansilla ya había publicado dos novelas en el año 1860, *El Médico de San Luis* y *Lucía Miranda*, ambas firmadas bajo el seudónimo de Daniel –probablemente en honor a su cuarto hijo- es en 1869 cuando dará a conocer su creación literaria más ambiciosa, hoy catalogada como la mejor de sus obras: *Pablo, ou la vie dans les Pampas*, editada como libro en Francia y publicada posteriormente en Argentina en formato de folletín por el diario *La Tribuna* y con traducción de su hermano, Lucio V. Mansilla. Éste es sin duda un hito fundamental en la carrera de Eduarda, que se convierte en la primera autora argentina en escribir un texto de esas características directamente en francés, cosechando además elogios de relevancia internacional, dentro de los que se destacan las entusiastas palabras de Víctor Hugo.

Pero el momento bisagra en la vida de esta escritora, tanto a nivel personal como profesional, llegará en el año 1879, cuando decide regresar al país después de diecisiete años de ausencia, acompañada únicamente por el menor de sus hijos, Carlos, y dejando a su esposo, recientemente designado como embajador ante Gran Bretaña, viviendo en Inglaterra junto con el resto de su progenie. A partir de entonces, la autora comienza a colaborar asiduamente con diversas publicaciones periódicas nacionales y dará inicio al más intenso período de creación artística, que se interrumpe en el año 1884 a causa de una desmejora en su salud, decidiendo finalmente retornar a Europa en el año 1885. Allí vivirá en París con su hijo Daniel, a quien acompañará en sus misiones diplomáticas en Florencia y Viena - donde frecuenta la corte de la emperatriz Sissi-, permaneciendo también un tiempo en Bretaña en la casa de su hija Eda, casada con un noble francés.

Uno de los cambios que se observan a raíz del regreso de Mansilla a su ciudad natal en el año 1879 es que comienza a utilizar su propio nombre para firmar la mayor parte de sus producciones, dejando atrás el uso de seudónimos. Pero, sobre todo, lo que más llama la atención es la intensidad con la que se abocará a la producción artística, que se evidencia no solo a partir de la cantidad de obra publicada, sino también si se tiene en cuenta el interés por mantenerse siempre a la vanguardia de la creación literaria y la exploración constante de nuevos géneros y temáticas.

Siguiendo con la idea anterior, es preciso destacar la publicación de *Cuentos*, en el año 1880, que constituye el primer libro de relatos infantiles publicado por un autor argentino, consolidándose de esta manera no solamente como escritora sino como pionera indiscutida de

las letras nacionales. De la misma manera, es de notar su incursión en el género dramático, con la presentación de *La Marquesa de Altamira*, en 1881, y *Los Carpani*, en 1883. De acuerdo con María Rosa Lojo, Doctora en Letras y especialista en la producción de Eduarda Mansilla, si bien estas obras no tuvieron una repercusión demasiado benévola, demuestran sin embargo los esfuerzos desplegados por la autora en pos de despegarse del romanticismo imperante en el teatro rioplatense, e incursionar en el realismo que ya pisaba fuerte en los escenarios europeos.<sup>7</sup>

Como apunta el redactor P. de Navarrete en una crónica publicada a propósito de esta escritora argentina el 28 de Diciembre de 1882 en la revista *La América, Crónica Hispanoamericana*, bajo el título de “Mujeres célebres americanas. Eduarda Mansilla de García”: “Dueña de sí misma, Eduarda se sintió dominada por el imperio de su vocación, á él se sometió sin resistencia, y dando expansión á su pensamiento, á las ideas que hervían en una imaginación verdaderamente tropical, se lanzó audazmente, - como alguien ha dicho de los primeros ensayos de Madame de Récamier, -y empezó á escribir...”<sup>8</sup>

Lamentablemente, el recorrido de Mansilla por la república de las letras llegará prácticamente a su fin luego del fallecimiento de su marido, que sufrió un accidente mientras se encontraba en Viena por cuestiones diplomáticas, en el año 1887. Poco tiempo después, Eduarda regresa a la Argentina con su familia, donde permanece hasta su muerte, el 20 de diciembre de 1892, tras luchar durante años con una severa enfermedad cardíaca. No deja de llamar la atención que, luego de tanto esfuerzo destinado a encontrar un lugar propio como escritora, haya dejado entre sus últimas voluntades el pedido expreso de que no se reeditara ninguna de sus obras.

Y es que, a decir verdad, los interrogantes que se desprenden a partir de la trayectoria de Eduarda Mansilla son múltiples, y es por esto que el análisis de su producción periodística,

---

<sup>7</sup> Lojo, María Rosa, “La importancia de llamarse Eduarda”, 25 de diciembre de 2016, <http://www.eduardamansilla.com/>

<sup>8</sup> “Mujeres Célebres Americanas. Eduarda Mansilla de García”, *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, 28 de Diciembre de 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.555

o mejor, de la voz que supo construir y transmitir por medio de la prensa decimonónica, se vuelve tan pertinente.

Siguiendo con la idea anterior, es preciso notar que la relevancia de los escritos periodísticos de Mansilla se advierte, en primer lugar, a partir de la amplia circulación que tuvieron. Sus artículos fueron publicados en los principales diarios porteños como *La Tribuna*, *El Nacional*, *La Nación* y *La Libertad*, lo que denota su posición consolidada en el espacio cultural finisecular. Conviene destacar, además, la importante repercusión que tuvo su labor como periodista, tanto en el país como en el extranjero, que se redimensiona a partir de las palabras expresadas acerca de su producción por figuras de la talla de Paul Groussac, Carlos Guido y Spano, Domingo Faustino Sarmiento, Juana Manuela Gorriti, e incluso el Príncipe Luis Felipe de Orléans, quienes destacaron sus dotes como escritora. En este sentido, no es un dato menor que Eduarda Mansilla haya sido la única mujer publicada en primera plana, ni que se encuentren más de 230 artículos en la prensa decimonónica que hacen mención a su figura.

A partir de esta caracterización, se desprenden dos preguntas que vale la pena explorar en torno a la producción de Mansilla. En primer lugar, una más contextual vinculada a los espacios de producción, circulación y consumo de bienes culturales a fines del siglo XIX. En efecto, el itinerario recorrido por los escritos periodísticos de esta autora sirve para ilustrar la forma en que operaba la prensa decimonónica, desde el modo de financiación de las empresas editoriales y el diálogo que establecían entre sí los diferentes grupos editores, hasta decisiones más puntuales vinculadas con las tecnologías de impresión utilizadas y la estructura interna del impreso- secciones, colaboraciones, etc.-.

En segundo lugar, la recepción favorable de sus publicaciones sirve como puntapié para alcanzar una comprensión mayor respecto del público de la época, evidenciándose no solamente sus gustos en materia temática, sino también en lo que refiere al estilo y la manera de escribir. Esto, a su vez, nos invita a preguntarnos acerca de la relación que esta escritora mantenía con sus lectores y a tratar de hilar más fino respecto de los potenciales destinatarios de los escritos, que se traduce en la interrogación respecto del impacto que éstos pueden haber tenido en

quienes se encontraban del otro lado de periódico, pero también en un afán de recuperar la intención de la propia autora al decidir presentar sus ideas públicamente.<sup>9</sup>

La figura de Eduarda Mansilla plantea, además, el interrogante respecto de la influencia del grupo social y el género a la hora de posicionarse como escritora en la Argentina finisecular, sin dudas uno de los aspectos más explorados por la historiografía reciente<sup>10</sup>. Porque si la dedicación a las bellas letras no era una posibilidad para una dama de la elite, cabe preguntarse si no fue la particularidad de la familia Mansilla, por ejemplo, la que le permitió un margen de maniobra mayor para poder burlar los impedimentos establecidos por la estructura socio-cultural de la época. En este sentido, conviene también prestar especial atención a la importancia de los viajes realizados por Mansilla desde muy joven, que podrían darnos una pista acerca de esa mayor libertad con que se desenvuelve la escritora, no solamente por encontrarse fuera del país, sino por la posibilidad de entrar en contacto con contextos sumamente diferentes, como los de Estados Unidos y Francia.

Siguiendo con esta idea, advertimos que Mansilla se posiciona no solamente como observadora privilegiada de las transformaciones a las que asiste la metrópoli porteña y el nuevo paradigma social que la atraviesa, sino que además el hecho de llevar una vida nómada le permite traducir y comparar sus experiencias en otros lugares, agregando otro elemento significativo a su posición excepcional como escritora. Por este motivo es que sus reflexiones acerca de cuestiones como la religión, la nación, la sociedad y la modernidad, a las que recurre asiduamente en sus escritos periodísticos, se convierten en un objeto de investigación obligado.

Finalmente, una de las preguntas más importantes que subyace a este trabajo refiere al posicionamiento de Eduarda Mansilla como escritora. Si, como mencionamos previamente, la autora supo ganarse un espacio sumamente destacable dentro del mundo de las bellas letras nacionales, resulta pertinente intentar entrever, a partir de sus artículos publicados, las

---

<sup>9</sup> Es preciso aclarar que en todas las ocasiones en que se hace alusión al público de la autora -y la relación que ésta mantenía con sus lectores- nos referimos a un público potencial, imaginado, construido por la propia Mansilla. De esta manera, las inferencias realizadas a lo largo de este trabajo están trazadas en un sentido más bien unidireccional, en la que el público se erige como una invención de la autora, y describe a todos aquellos lectores a quienes quisiera interpelar por medio de sus escritos. Si bien contamos con algunas indicaciones de la recepción favorable de sus artículos periodísticos, lo cierto es que, como apunta Adolfo Prieto, resulta muy difícil ensayar una “objetivación” contundente respecto del verdadero alcance de los mismos.

<sup>10</sup> Véase por ejemplo Batticuore, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005

diferentes estrategias desplegadas con el objetivo de construir una voz propia dentro del mundo periodístico -y la efectividad de las mismas-, atendiendo especialmente a los datos del contexto que lo hicieron posible.

El presente trabajo es el resultado de una investigación cimentada en la puesta en diálogo de tres elementos: los escritos periodísticos publicados por Eduarda Mansilla<sup>11</sup>, la trayectoria vital de esta autora y el contexto en que éstos se inscriben, de modo tal que el objetivo final no se reduce únicamente al análisis de la obra, sino que también se intentará echar luz sobre una época muy particular de la historia argentina. Por este motivo, la disposición de los capítulos no está organizada de manera cronológica, sino que responde a un ordenamiento por ejes temáticos en los que se propone analizar una serie de cuestiones en particular.

En el primer capítulo se presentan las características principales de la vida cultural en la que se desenvuelve Eduarda Mansilla, con el objetivo de dar un marco histórico contundente a partir del cual puede leerse su producción escrita.

En el capítulo II se analiza el lugar ocupado por Eduarda Mansilla en el medio periodístico finisecular. Para ello, se parte de una caracterización más general que apunta a trazar las coordenadas más destacadas y el camino recorrido por la prensa argentina desde mediados de siglo diecinueve, para puntualizar finalmente en la posición de Mansilla dentro este contexto, atendiendo a las distintas publicaciones donde pueden encontrarse sus artículos,

---

<sup>11</sup> La gran mayoría de los artículos a los que haremos referencia a lo largo de este trabajo fueron compilados en el libro *Escritos periodísticos (1860-1892)*, publicado por la editorial Corregidor en el año 2015 dentro de la colección Ediciones Académicas de Literatura Argentina, con investigación a cargo de Marina Guidotti, responsable además de la introducción y el sistema de anotaciones que acompaña a los textos. El corpus de la edición se divide en dos partes: la primera consta de doce capítulos escritos por Guidotti, en los que se presenta primeramente a Eduarda Mansilla y se describe el trabajo de investigación, para introducir posteriormente el marco teórico a partir del cual se trabajaron los artículos periodísticos, esto es, las “escrituras del yo”. En los apartados restantes, la investigadora propone un recorrido por las crónicas de Mansilla organizado en torno a distintos ejes temáticos, como puede ser “La mirada social” o “Sobre la educación de la mujer”. En la segunda parte, se ofrecen los escritos periodísticos de esta autora decimonónica pero también aquellos que hacen referencia a su figura, agrupados en orden cronológico, y disponiendo de un capítulo para cada año transcurrido entre 1860 y 1892 del que se hayan encontrado documentos. En palabras de Guidotti: “Se trata de recuperar un material en papel, el de los diarios en los que escribió la autora, que va deshaciéndose entre las manos, que no ha sido microfilmado en su totalidad, o cuyos ejemplares ya no se conservan; material al que solo pueden tener acceso investigadores acreditados y, por lo tanto, no es de fácil consulta para el público en general.”

el estilo de escritura, y los destinatarios potenciales, entre otras. Asimismo, en este apartado se rastrean los principales tópicos expuestos por la autora en sus escritos.

Por último, en el capítulo III se investiga el lugar a partir del cual Eduarda Mansilla construyó su inconfundible voz en la prensa porteña decimonónica, atendiendo especialmente a las diversas estrategias desplegadas por la autora en su constitución como escritora. En este sentido, se destaca el aura de excepcionalidad que rodeaba a la imagen de Mansilla, tanto como mujer como como artista, avanzando finalmente la hipótesis de que se trata de una caracterización en gran medida edificada por la propia Eduarda.

## Capítulo I Vida cultural en la segunda mitad del siglo XIX

De acuerdo con Tulio Halperín Donghi, a la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852 le sigue un período que debiera haber sido de construcción de una nueva nación pero ha sido, en verdad, de construcción del Estado, segmento temporal connotado bajo el rótulo de “los treinta años de discordia”<sup>12</sup>. Como vimos en la introducción, el año de 1880 se ubicara dentro de este marco como un parteaguas fundamental de la narración histórica nacional, que anuncia un nuevo provenir para la Argentina recientemente unificada y pronta a embarcarse en su promisorio destino.

Conviene destacar, sin embargo, que si estas divisiones tan rígidas resultan funcionales al estudio de la historia en términos políticos, marcándose las discontinuidades y las rupturas en términos de batallas y victorias militares que inauguran un futuro determinado para la nación argentina, lo cierto es que el estudio de otros elementos de la segunda mitad del siglo diecinueve, como por ejemplo la esfera cultural, permite entrever una visión diferente y más acabada de este período histórico. En este sentido, resulta sumamente interesante observar cómo determinadas cuestiones del universo de la cultura se vinculan con los sucesos políticos, pero también cómo en determinadas ocasiones se despegan de estos fenómenos y adquieren una densidad propia que matiza las rigideces de la división por períodos, proponiendo un paisaje más complejo y dinámico.

Siguiendo con esta idea, el objetivo del presente capítulo es delinear los rasgos más salientes de la vida cultural porteña en la segunda mitad del siglo diecinueve. En esta línea, se recuperarán fenómenos que resultan a la vez disímiles y enlazados, como el auge del asociacionismo y la sociabilidad, los cambios internos a la esfera intelectual, y la siempre compleja y cambiante dinámica que se establece entre el ámbito de la política y el de la cultura. Señalaremos, por último, el rol desempeñado por Eduarda Mansilla dentro de este contexto.

---

<sup>12</sup> Halperín Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, p. 32

## 1. Sociabilidad, asociacionismo y consolidación del Estado

Sin dudas, existe un verdadero consenso respecto de los años de gobierno de Rosas como un período de postergación del desarrollo cultural. Esto es así no solamente porque este aspecto haya sido descuidado por el régimen rosista y eliminado de la agenda de prioridades, sino porque la marcha al exilio tanto de los unitarios vinculados con el rivadavianismo, como de los jóvenes letrados vinculados con el romanticismo que conformarían la Generación del 37, parecía confirmar la imposibilidad de la consolidación de una esfera cultural en el territorio argentino, que debería esperar hasta la batalla de Caseros para superar ese clima de anti-intelectualismo y oscurantismo con el regreso de los exiliados.<sup>13</sup>

Siguiendo con la idea anterior, uno de los rasgos principales observados a partir de 1852, y que se consolidará cada vez más a medida que transcurra la segunda mitad del siglo diecinueve, es el florecimiento de la sociabilidad como elemento constitutivo de la vida pública a nivel nacional, pero sobre todo en el ámbito porteño. En este sentido, resulta fundamental subrayar la importancia del decreto de libertad de reunión que sigue a la caída de Rosas y hace resurgir a la actividad política pública, pero que también da impulso a la vigorización de la sociedad civil en su conjunto.<sup>14</sup> Se destaca, entonces, el protagonismo cada vez mayor que adquirirá el asociacionismo, vinculado no solamente con el mundo de la política y de la representación, sino también como expresión de sectores socioculturales de la población muy diversos, que recurren a esta forma de sociabilidad por distintos medios y con diferentes objetivos.

En primer lugar, conviene hacer mención al contexto en el que tuvo lugar esta explosión del fenómeno asociativo, atendiendo especialmente al crecimiento ininterrumpido que experimentó la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo diecinueve, tanto como centro económico vinculado con el comercio, las finanzas y la actividad de exportación, enmarcados dentro de un proceso más amplio ligado al avance del capitalismo y la integración a nivel mundial, como por su posición central dentro de la estructura administrativa de la

---

<sup>13</sup> Bruno, Paula, "La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual", *Anuario IEHS*, 24, 2009

<sup>14</sup> González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2002

provincia y del país, erigiéndose como centro de muy variadas actividades culturales e iniciativas educativas, y constituyéndose como foco principal de producción, distribución y consumo. Sin dudas, un elemento que no puede pasarse por alto dentro de este marco es la incorporación de nuevos habitantes extranjeros, que dará sus primeros –pero decididos– pasos hacia mediados del siglo diecinueve, y se convertirá para fines de siglo en una de las características más salientes de la sociedad porteña y, en menor medida, nacional.

Es precisamente dentro de este paisaje dinámico y diverso donde debemos situar, entonces, al movimiento asociativo, que constituye en primer lugar, como cualquier forma de sociabilidad, un tejido conectivo que permite establecer lazos de pertenencia y solidaridad que muchas veces van más allá de las necesidades de vinculación económica o política, para transformarse en elementos primordiales para la cohesión social, la representación y la actuación colectiva en el espacio público. De esta manera, podemos encontrar un cuadro de asociaciones sumamente variopinto, que va desde la multiplicación de las logias francomasónicas al establecimiento de círculos literarios y musicales, clubes sociales y deportivos, fundación de agrupaciones por oficio o, con aún mayor arraigo, por nacionalidad, destacándose sobre todo la presencia de la comunidad italiana. Se trata, además, de una práctica que alcanzó un amplio nivel de difusión entre sectores muy diversos, tanto en términos sociales como culturales, evidenciándose una preeminencia entre la población masculina, urbana y proveniente de los estratos medios, aunque la mayor parte de las asociaciones aspiraran a ser lo más abarcativas posible.<sup>15</sup>

Por otro lado, resulta muy pertinente observar que el desarrollo de la vida asociativa se dio en paralelo a, y estuvo impulsado por, la centralización y consolidación del Estado nacional en un contexto de creciente autonomización de la sociedad civil. Dentro de este marco, las asociaciones eran vistas por las elites intelectuales como un elemento de modernización y progreso, entendidas como un fenómeno de avanzada debido a su formación voluntaria y constitución interna igualitaria, que las volvía indispensables para el avance de la civilización que debía imponerse de una vez por todas a la antagónica barbarie. De ahí su caracterización por parte de los contemporáneos como baluartes en la construcción de una sociedad libre,

---

<sup>15</sup> Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998

republicana y fraterna, que no solamente funcionaban como ejemplos de civismo sino también de funcionamiento republicano.<sup>16</sup>

## 2. El mundo intelectual

Como vimos algunas líneas más arriba, uno de los rasgos más salientes del despliegue asociacionista posterior a la caída de Rosas es su heterogeneidad, que se verifica tanto en la diversidad de agrupaciones, como en la multiplicidad de objetivos perseguidos por las mismas y la pluralidad de voces que se podían encontrar en su interior, tanto en términos ideológicos, generacionales y de procedencia. Dentro de este marco, el objetivo del presente apartado es analizar en mayor profundidad el panorama de asociaciones vinculadas con el universo intelectual que se desarrolla aproximadamente entre 1860 y el fin-de-siglo.

Para ello hay que tener en cuenta, en primer lugar, que a la par del florecimiento de espacios de reunión más ligados con un perfil disciplinar o profesional, como puede ser la Asociación Médica Bonaerense (1860), la Sociedad Científica Argentina (1872) o el Instituto Geográfico Argentino (1879), fueron surgiendo otros polos de intercambio más perfilados en un sentido cultural, nucleados mayoritariamente “en torno a la idea de que la república letrada sería una parte constitutiva de la cultura nacional y debía convocar a hombres con intereses diversos (...) para sostener proyectos colectivos y constituirse en el vector del desarrollo del progreso intelectual del país”.<sup>17</sup>

En este contexto, es preciso destacar, por un lado, el verdadero fervor científico que se verifica en las últimas décadas del siglo diecinueve, impulsado en gran medida gracias a la iniciativa de Domingo F. Sarmiento, preocupado no solamente por la alfabetización del pueblo argentino sino también por el progreso de la ciencia en términos generales. Esto se tradujo, por ejemplo, en la incorporación de científicos e investigadores extranjeros a las aulas nacionales,

---

<sup>16</sup> Sabato, Hilda, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones y esfera pública (1850-1900)” en Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (Ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008

<sup>17</sup> Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y Vida Cultural, Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2014, p. 17

así como también en la fundación de museos y la publicación de boletines orientados al avance del conocimiento.

Por otro lado, es indispensable mencionar la tendencia juvenilista que se observa en muchas de las asociaciones decimonónicas, y se explica en gran medida por la vertiginosidad con la que nuevos saberes circulan y, sobre todo, se recrean de manera constante, alimentando una suerte de sentimiento fundacional basado en una nueva sensibilidad a tono con el proyecto modernizador nacional.

En ambos casos, sobresale el rol fundamental de la educación universitaria como epicentro del impulso reformista, y que se vincula asimismo con la necesidad creciente de “instituciones legitimadoras”<sup>18</sup>, que buscan posicionarse a la altura de las de las grandes capitales mundiales, consagrando de este modo a las academias como los espacios por excelencia para la producción de conocimiento. Si bien se trata de un proceso cocinado a fuego lento -que se consolida recién en las primeras décadas del siglo pasado-, lo cierto es que ya en el período estudiado comienzan a perfilarse las bases que luego darían lugar a un verdadero movimiento de profesionalización e institucionalización de las distintas disciplinas, orientadas ya en torno a un saber especializado y organizadas dentro de un esquema reglamentado y más o menos constante y ordenado.

Cabe destacar, entonces, que tanto el despliegue de la cultura científica como el auge de las ciencias sociales -que desembarcan en el país en la segunda mitad del siglo diecinueve- estarán sumamente ligados con la consolidación de la vida universitaria. En este sentido, Carlos Altamirano subraya la centralidad de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires como espacio en el que convergen los nuevos actores que protagonizaran la escena intelectual argentina. De esta manera, el autor advierte que, lentamente, un pequeño conjunto de jóvenes nacidos alrededor de 1860 comenzarán a ser vistos como miembros pertenecientes -y hasta podría decirse, fundadores- de un nuevo grupo calificado como “elite intelectual”, que más allá de las disparidades relativas a la fortuna y los lazos familiares eran definidos a partir de la posesión de “capital cultural, ese conjunto de

---

<sup>18</sup> Gasparini, Sandra, “El Círculo Científico Literario en la década de 1870. Polémicas y promesas durante la modernización”, en Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y Vida Cultural, Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2014

saberes y destrezas de orden simbólico cuya acreditación formal pasará poco a poco a manos de la institución universitaria”.<sup>19</sup>

Siguiendo con esta idea, Altamirano advierte que una de las mayores modificaciones planteadas por el surgimiento de esta nueva instancia de autoridad cultural se apoya en las fuentes de las que emana su poder, dejando atrás las bases de reputación intelectual características de la élite ilustrada de la década de 1880, como “la creación literaria, el ejercicio del periodismo o las demostraciones de elocuencia e ingenio en los debates cívicos o en los clubes de caballeros”, para concentrarse en cambio en las credenciales obtenidas por medio del cultivo de “un saber docto, definido académicamente y practicado según el modelo desinteresado de la investigación científica”.<sup>20</sup>

De todos modos, el autor advierte que, de la misma manera en que no es posible establecer una segmentación tajante entre los miembros de esta nueva “elite intelectual” y sus predecesores –ubicados en su mayoría bajo el paraguas de la “Generación del 80”-, tampoco puede afirmarse la separación total entre los claustros universitarios y los despachos de gobierno, advirtiéndose todavía una línea de comunicación entre los espacios del saber y del poder. Más aún, se va a exacerbar en muchos casos la reivindicación de un papel dirigente para los “cerebros ilustrados” del país, fundada ahora no tanto en el reconocimiento de los intelectuales a nivel individual, sino de su conocimiento colectivo fundado en la ciencia.

A propósito de esta cuestión, Ángel Rama, en su ya clásico libro *La ciudad letrada*, propone que para el período estudiado, ubicado en su narrativa bajo el título de “La ciudad modernizada”, se asiste a una verdadera idealización de las funciones intelectuales, que ya no involucra solamente a los miembros de la alta sociedad, sino que también se escurre dentro del pensamiento de aquellos con un origen socioeconómico más modesto. Destaca, en este sentido, que si para éstos últimos el uso de la letra se asocia con la idea de ascenso social y respetabilidad pública, para los primeros, y sobre todo para aquellos caracterizados como “letrados académicos”, se presentará cada vez más como una posibilidad emancipadora, que permite

---

<sup>19</sup> Altamirano, Carlos, “Entre el naturalismo y la psicología: El comienzo de la ciencia social en la Argentina”, en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (Comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p.34

<sup>20</sup> Ídem, p.35

encauzar las actividades intelectuales por senderos más autónomos y alejados de los círculos del poder, “aunque ambicionando, obsesivamente, infiltrarse en el poder central, pues en definitiva se lo siguió viendo como el dispensador de derechos, jerarquías y bienes.”<sup>21</sup>

Y es que, en efecto, la pregunta respecto de cómo debían vincularse las actividades intelectuales con las dinámicas políticas y las coordinadas estatales va a subyacer a la totalidad de las asociaciones culturales de la segunda mitad del siglo diecinueve, interrogante que con el correr de las décadas parece definirse a favor de una intervención cada vez mayor de las distintas agrupaciones en los debates de la vida pública de espesor político.<sup>22</sup>

### **3. Desarrollo cultural y poder político: autonomía, acercamientos y tensiones**

Siguiendo con la idea esbozada en el apartado anterior, uno de los temas ineludibles para el estudio de este período es la relación que se estableció entre el universo de la cultura y el poder político, más específicamente, el grado de autonomía que poseía la primera respecto del segundo, pero también las formas en que ambos elementos se influenciaban mutuamente. En este sentido, es notable como en la ciudad de Buenos Aires a partir de la caída de Rosas la multiplicación de instituciones vinculadas con el ámbito cultural -como imprentas, librerías y espacios de sociabilidad- se encontraban compartiendo el mismo espacio que los edificios públicos que simbolizaban el poder político, apiñadas ambas en unas pocas cuadras que constituían el centro cívico de la ciudad.<sup>23</sup>

Evidentemente, existe una tradición historiográfica consolidada que tiende a encontrar para este período una imbricación ineludible entre el poder político y el desarrollo cultural, sobre todo a partir de la concomitancia e identidad entre la elite dirigente y la elite intelectual. En este sentido, autores como José Luis Romero van a proponer una vinculación entre estos dos mundos –el de la política y el de la cultura- en el que ambos se sitúan bajo los designios de un mismo grupo caracterizado por sus tendencias liberales y positivistas, que unirá sus ideas al

---

<sup>21</sup> Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998, p.63

<sup>22</sup> Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y Vida Cultural, Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2014, p. 21

<sup>23</sup> Eujanián, Alejandro, “La cultura: público, autores y editores”, en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 4. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999

desarrollo de un proyecto de país determinado –signado por el anhelo civilizatorio y la emulación del modelo europeo, especialmente Inglaterra y Francia- del que se considera conductor indiscutido.<sup>24</sup>

Sin embargo, sería incorrecto hablar de un desarrollo tan lineal y carente de conflicto. Aún si aceptamos, por ejemplo, que para 1880 la influencia positivista y científicista fue la que determinó las posturas de la mayor parte de los agentes culturales ubicados en la parte superior de la pirámide social y/o cultural, lo cierto es que estos mismos hombres que asumían como suya la responsabilidad de liderar la modernización nacional no demostraban una confianza indefectible en los efectos que las reformas que ellos propiciaban podían traer para el conjunto de la sociedad, apelando muchas veces al acervo romántico para manifestar su disconformidad con el avasallamiento de ciertos pilares en los que se fundaba la organización pasada.<sup>25</sup>

En este sentido, es preciso matizar aquellas visiones que señalan un cambio rotundo para 1880, año que funcionaría como bisagra entre la clausura del romanticismo y el advenimiento del positivismo. Asimismo, conviene señalar que si el período finisecular ha sido caracterizado frecuentemente como un momento en que “la dirección del país y la producción y el consumo de la literatura son monopolio y definición de una clase”<sup>26</sup>, lo cierto es que para fines de siglo ésta encontrará que si su predominio no es abiertamente contestado, tampoco puede mantenerse sin ningún tipo de esfuerzo. Y es precisamente en los pequeños intersticios que deja ese mundo vertebrado por los clubes, los reglamentos y los apellidos tradicionales, que comenzará a emerger otro más modesto vinculado con los cafés, la bohemia, y la irrupción de nuevos escritores que buscarán su propio lugar en la esfera cultural, apelando a las credenciales de la innovación, el ingenio estético, y la conquista de un público cada vez más vasto y entusiasta.

También en el terreno de las artes plásticas sucede algo similar. Dado que en las últimas décadas del siglo diecinueve este ámbito ha sido discutido “en relación con la política y la

---

<sup>24</sup> Romero, José Luis, *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Taurus, 2004

<sup>25</sup> Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000

<sup>26</sup> Viñas, David, *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2005, p.155

economía en términos que hoy resultan sorprendentes<sup>27</sup>, muchas interpretaciones posteriores han tendido a verlo como un apéndice de estos dos poderes, que respondía en gran medida a los intereses del estado para construir una nación cohesiva por medio de la exaltación de sus bellas artes. Aún más, se ha propuesto frecuentemente una caracterización de los artistas argentinos finiseculares como receptores pasivos y dóciles de las influencias europeas. Si bien estos argumentos pueden tener una cuota de verdad, también ofrecen un panorama un tanto rígido y, en cierta medida, caricaturizante, que conviene matizar. En efecto, si es cierto que existió una relación muy fuerte entre el poder político y los principales representantes del mundo de las artes plásticas, fueron en verdad estos últimos los que tomaron las decisiones más asertivas en múltiples ocasiones.

Esto se verifica, por ejemplo, en la descripción que la historiadora del arte Laura Malosetti Costa realiza de los artistas nucleados alrededor de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes fundada en 1975, que según la autora confirma el desarrollo de un proyecto concreto vinculado con la preocupación por avanzar soluciones eficaces a los grandes debates respecto de la nación posible, asumiendo la causa del arte como misión patriótica gracias a su capacidad civilizadora. De esta manera, el esfuerzo desplegado en pos de la profesionalización y dignificación de la actividad artística correrá en paralelo con la creciente presencia del arte en los proyectos estatales, sobre todo a partir de la incorporación de secciones de bellas artes a las exposiciones industriales, evidenciándose de esta forma la relación simbiótica de ambos elementos que constituyen, en verdad, un único proceso con matices muy diversos.

\*\*\*

Como puede verse, entonces, la principal novedad inaugurada en la década de 1860, especialmente si se la contrapone al período rosista, es “la apertura de una multiplicidad de zonas culturales en el ámbito porteño”, que denota la imposibilidad de identificar un único grupo o espacio de sociabilidad intelectual preponderante.<sup>28</sup> Tanto la proliferación de

---

<sup>27</sup> Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fin del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p.15

<sup>28</sup> Bruno, Paula, “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual”, *Anuario IEHS*, 24, 2009, p. 342

sociabilidades y asociaciones culturales e intelectuales, como la multiplicación de medios de prensa, y el impulso de las actividades editoriales y de revistas culturales, entre otros, formaron parte del clima de ideas que se impuso luego de la batalla de Caseros, en el que la república de las letras no solamente era considerada como indispensable para el desarrollo de proyectos vinculados con el avance de la cultura nacional y el progreso intelectual del país, sino que constituía uno de los medios más eficaces para alcanzar la tan anhelada civilización que se demoraba en llegar.

De esta manera, a los ojos de los contemporáneos se abría un telón que dejaba descubierto un escenario caracterizado por una multiplicidad de posibilidades, y que invitaba a los espectadores a transformarse en protagonistas de la Argentina futura. “Se trató, ni más ni menos, de un espacio tan virginal y efervescente como el país mismo”<sup>29</sup>, en el que los diversos actores encontraban un sinfín de espacios para incorporarse al Estado, pero también para trascenderlo, participando de un contexto dinámico que posibilitaba recorridos tan diversos y estimulantes como inciertos, siendo uno de sus rasgos más salientes la composición heterogénea, fruto de la incorporación constante de intelectuales de otras latitudes y la convivencia de distintas generaciones, que daban por resultado una paleta ampliada y de colores vibrantes, habilitando la mezcla, la superposición y, por sobre todo, la búsqueda incesante de nuevos matices.

Es precisamente en este contexto descripto más arriba en el que se vuelve sumamente valioso el estudio de los escritos periodísticos de Eduarda Mansilla, sobre todo si se tiene en cuenta el lugar destacado de esta mujer de letras en todos los ámbitos mencionados previamente. En cuanto a la primera cuestión, basta con repasar sus datos biográficos para comprender la centralidad de Mansilla en la esfera pública decimonónica: hija de una familia de elite vinculada con la lucha por la Independencia, sobrina de Juan Manuel de Rosas y, posteriormente, esposa del diplomático Manuel Rafael García, reunía todas las credenciales

---

<sup>29</sup> Bruno, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, SXXI, 2011

necesarias para constituirse en una dama distinguida y desempeñar su rol de matrona de la alta sociedad porteña, asistiendo a tertulias y fiestas privadas organizadas por miembros de linajes aristocráticos, como también a eventos públicos y artísticos como la ópera y el teatro, y ocupándose de todas aquellas actividades reservadas para las damas de los círculos más acomodados, como la caridad y la beneficencia. Conviene destacar, no obstante, que esta posición le valió un protagonismo inimaginable para muchas mujeres de su mismo grupo social, oficiando frecuentemente como anfitriona de reuniones en las que podían encontrarse los hombres más destacados del mundo de la política y la cultura, con quienes mantenía un trato constante y fluido.

En este sentido, resulta indispensable destacar el lugar de respeto ganado por esta escritora en los círculos intelectuales de la época, tanto aquellos reservados para quienes pudieran acreditar su membresía al exclusivo club designado bajo el título de “Generación del 80”, como los que se componían por individuos más jóvenes, que procuraban alejarse un tanto del universo de la política para concentrarse en cambio en el desarrollo de las letras nacionales. Dentro de este marco, es absolutamente significativo que Mansilla haya sido nombrada socia honoraria del Círculo Científico Literario en el año 1879, como lo confirma el agradecimiento público firmado por la autora y publicado el 29 de junio de dicho año en la *Revista Literaria*, órgano de difusión de esa sociedad, entonces presidida por Julio Emilio Mitre.

Como menciona Sandra Gasparini, la periodización de los años de actividad del Círculo resulta un tanto difusa, afirmando algunos miembros que éste era el sucesor directo de la sociedad Estímulo Literario, clausurada en el año 1873, mientras que otros le atribuyen un trayecto vital más efímero, apenas de 1878 a 1879.<sup>30</sup> De cualquier manera, lo verdaderamente interesante son las aspiraciones de este grupo de jóvenes intelectuales, “casi adolescentes”, determinados en consolidar la literatura nacional a partir de la renovación de la sensibilidad estética, y alcanzando la consagración por medio de la innovación. En este sentido, hay que tener en cuenta que no se trataba de una generación marcada por las disputas políticas de los tiempos de Rosas y criada en el exilio, sino de una camada posterior, confiada de los beneficios del progreso y la educación y, sobre todo, del valor de la juventud como motor del cambio.

---

<sup>30</sup> Gasparini, Sandra, “El Círculo Científico Literario en la década de 1870. Polémicas y promesas durante la modernización”, en Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y Vida Cultural, Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2014, p. 66

Asimismo, es de interés atender a los lugares de reunión favorecidos por este grupo, advirtiéndose un amplio espectro de circulación que iba de los novedosos cafés del centro de la ciudad a las encumbradas y alejadas quintas pertenecientes a la familia de algunos de los miembros del Círculo, y de las aulas del Colegio Nacional de Buenos Aires –espacio de formación común a la mayoría de estos intelectuales- a la redacción *La Nación*, donde muchos de estos jóvenes buscaban ganarse un lugar de reconocimiento. De esta manera, se observa muy claramente como los espacios reservados para el desarrollo de la cultura comienzan a expandirse no solamente en términos cuantitativos y geográficos, sino también en un sentido que podríamos llamar temporal, vinculándose simultáneamente con la tradición y la modernidad.

Siguiendo con la idea anterior, podemos comprender más claramente el hecho de que este grupo de jóvenes entusiastas haya elegido a Eduarda Mansilla, nacida casi 30 años antes que la mayoría de ellos, como socia honoraria de su círculo intelectual. Como veremos más adelante, también ella profesa una convicción notable por la innovación artística, en especial a la hora de escribir, y registra asimismo una capacidad absoluta para combinar elementos pertenecientes al pasado, con una devoción acérrima por los sucesos futuros, ofreciendo en todas sus publicaciones un espacio de encuentro entre el acervo histórico nacional y el porvenir que se avecina.

A partir de esta descripción, podemos adivinar también el destacado papel que va a tener Mansilla en la esfera cultural. Sin entrar en detalles de su actividad como escritora, lo cierto es que mantuvo también un rol muy activo como patrona de las artes, en especial en lo que refiere al ámbito de la música, pero incentivando también el desarrollo cultural en todas sus vertientes siempre que le fuera posible. Es de notar, también, la preocupación constante que se advierte en el pensamiento de esta autora a propósito de la relación entre el mundo del arte y el Estado, que además no se limita únicamente a explorar los límites que este último debería o no establecer, sino que ofrece asimismo una meditada reflexión respecto de los modos en que la cultura puede –e incluso debe- contribuir a la consolidación y el progreso nacional. Nos detendremos en esta cuestión en el próximo capítulo, a propósito de los escritos periodísticos de Eduarda Mansilla.

## Capítulo II Una cartografía del mundo periodístico de fin-de-siglo

*"Eduarda ha pugnado como mujer diez años por abrirse las puertas cerradas a la mujer, para entrar como cualquier cronista o reportero en el cielo reservado a los escogidos machos, hasta que al fin ha obtenido un boleto de entrada, a su riesgo peligro"* D. F. Sarmiento (*El Nacional*, 1885)

Eduarda Mansilla se distingue como una escritora asidua y destacada novelista, pero que supo también construir una voz propia por medio de la prensa. Y es precisamente el reconocimiento que le valió esta actividad, así como también el estilo y el registro particular con el que se desarrolló, lo que la vuelve sumamente singular y habilita el estudio de su producción periodística, que además se devela como herramienta idónea para iluminar toda una época, enlazando las ideas de esta escritora con las tramas sociales y culturales en las que se inscriben.<sup>31</sup>

A lo largo de este capítulo, repasaremos en primer lugar las características más salientes del ámbito en que la literata desarrolló sus actividades periodísticas, esto es, el universo de la prensa porteña en el tramo final del siglo XIX.

Posteriormente, y partiendo de esta cartografía general, intentaremos delimitar el lugar que ocupó Eduarda Mansilla dentro de este mundo. Como veremos, se trata de una posición de absoluta relevancia, fenómeno que intentaremos ilustrar y explicar sirviéndonos de los artículos periódicos de la época que hacen referencia a esta escritora, algunos de su propia autoría, otros firmados por sus contemporáneos.

Nos detendremos, además, en las particularidades de la escritura de Mansilla, que sirven no solamente para poner en relieve una posible aproximación al lugar destacado ocupado por esta mujer de letras, sino que también para alcanzar una visión más acabada sobre el mundo de la prensa en su conjunto. En este sentido, se prestará especial atención a la relación que esta

---

<sup>31</sup> Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005

escritora mantenía con su público, atendiendo siempre al estilo y los registros utilizados en la confección de sus artículos.

Por último, se propone un recorrido –que de ninguna manera se pretende exhaustivo– por los artículos publicados de esta escritora, analizando los principales tópicos transitados y el posicionamiento de la autora al respecto.

## **1. El mundo periodístico en la segunda mitad del siglo XIX**

Si, como mencionamos en el capítulo anterior, las asociaciones ocuparon un lugar privilegiado a los ojos de las elites ilustradas decimonónicas por ser consideradas como baluartes fundamentales de modernización y progreso, es preciso destacar que también la prensa fue connotada de manera sumamente positiva y, aún más, catalogada como “primer instrumento de civilización” por las personalidades más influyentes de la esfera pública nacional.<sup>32</sup> De ahí que su rápida expansión en la segunda mitad del siglo diecinueve no constituyera meramente un hecho empírico verificable a través de la proliferación de diarios, periódicos, revistas y panfletos, sino que también se presentara como una aspiración de los cuadros dirigentes, destacándose como una pieza clave de los proyectos de modernización social y política.

En efecto, después de la batalla de Caseros la prensa se convertirá en un elemento clave de la vida política, entronizada como elemento insoslayable para cualquiera que quisiera participar del debate en la vida pública.<sup>33</sup> Esto se tradujo en una multiplicación notable de las publicaciones. Si bien muchas de ellas tenían una vida efímera, ya sea por problemas internos al grupo editor o, más frecuentemente, por dificultades de financiación, lo cierto es que esta renovación constante dio por resultado cifras verdaderamente sorprendentes en cuanto a cantidad de publicaciones pero también de ejemplares en circulación, especialmente para la ciudad de Buenos Aires, dónde la expansión fue mucho más vertiginosa que en el resto del país.

---

<sup>32</sup> Sabato, Hilda, “La vida pública en Buenos Aires”, en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 4. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999

<sup>33</sup> Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998

Para ilustrar este fenómeno, basta con observar el desarrollo de los principales diarios de este período. Si para la década de 1860 *La Tribuna* y *La Nación Argentina*, por nombrar algunos, declaraban tener una tirada de tres a cuatro mil ejemplares, a medida que nos acercamos al cambio de siglo, las publicaciones de mayor circulación como *La Nación* y *La Prensa* situarían su producción, de acuerdo con el censo de 1887, en unos dieciocho mil ejemplares. De esta manera, Buenos Aires se posicionaba para esa fecha como una de las ciudades más destacadas en cuanto a la amplitud e intensidad de su prensa escrita, produciéndose un ejemplar por cada cuatro habitantes.<sup>34</sup>

Como puede verse, las publicaciones periódicas de mayor envergadura eran las que se ocupaban principalmente de asuntos políticos y económicos. Inmediatamente después de la caída de Rosas, éstas eran vistas como un arma indispensable para la lucha facciosa, especialmente en el período de escisión entre Buenos Aires y la Confederación, en el que la prensa era considerada como una prolongación del campo de batalla, desatándose feroces disputas casi siempre vinculadas con la oposición de distintos proyectos de país que muchas veces se mezclaban con acusaciones y agravios de índole personal, erigiéndose el terreno de la palabra escrita como locación ideal para la polémica. Esto se explica, asimismo, por otros elementos constitutivos a la prensa de esos años tan convulsionados, principalmente por los estrechos límites que condicionaban al mundo periodístico, tanto en términos de público como de financiamiento, volviéndolo extremadamente dependiente de la subvención estatal, que por supuesto implicaba también ciertos lineamientos ideológicos, constituyendo Buenos Aires la única excepción.<sup>35</sup>

No obstante, es preciso mencionar que a la par de estas publicaciones fueron surgiendo otras no tan vinculadas con los acontecimientos políticos y económicos, por ejemplo, aquellas destinadas a la circulación de ideas científicas o asuntos culturales. Frecuentemente editadas en formato de revista, muchas de ellas eran el resultado de emprendimientos personales de destacadas figuras del mundo intelectual, que buscaban poner en relieve los principales debates del momento y articular sus opiniones por medio de la discusión pública. Por otra parte, muchas de estas empresas funcionaron como órgano de difusión de instituciones oficiales, como por

---

<sup>34</sup> Sabato, Hilda, "La vida pública en Buenos Aires", en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 4. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999

<sup>35</sup> Halperín Donghi, Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985

ejemplo la *Revista del Archivo*, publicada entre 1869 y 1872, y la *Revista de la Biblioteca Pública*, de circulación más acotada, entre 1879 y 1881. Conviene mencionar, además, aquellas revistas especializadas y destinadas a un público específico, dentro de las que se destacan las publicaciones representativas de algún sector profesional, como pueden ser *Anales de la Educación Común* (1858-1874), dirigida primero por Domingo Faustino Sarmiento y luego por Juana Manso, la *Revista Médico Quirúrgica* (1864-1887) y la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* (1869-1880), entre otras. Como menciona Claudia Román, la “atomización excluyente” que se propone a través de estos nuevos medios “no sólo informa acerca de la creencia en que cada uno encontraría lectores dispuestos a financiar su salida (...) sino que sugiere una apuesta mayor: la de construir esos públicos como redes sociales de afinidad que complementaban otras previas (...) e incluso podían promoverlas.”<sup>36</sup>

Asimismo, hay que destacar el lugar preponderante que fue adquiriendo la prensa en idioma extranjero, especialmente la que respondía a los intereses de diversas comunidades de inmigrantes. Como es sabido, los italianos ocuparon un lugar privilegiado dentro de este grupo, utilizando las publicaciones periódicas no solamente como instrumento aglutinador, sino también como medio para expresar y defender sus intereses. Sin embargo, es preciso mencionar que la prensa de estos inmigrantes de ultramar no se consolidó sino hasta la década de 1870, cuando se fundaron las editoriales más sobresalientes como *L'Operario Italiano* y *La Patria*. En verdad, los primeros periódicos en lengua extranjera, algunos de ellos inaugurados incluso en la primera mitad del siglo diecinueve, fueron de origen inglés y francés, destacándose el diario *The Standard* (1861-1900) y *Le Courier del Plata* (1865-1946), respectivamente. De esta manera, encontramos que para 1887, del total de las publicaciones que circulaban en Buenos Aires, 82 estaban redactadas en español, 7 en italiano, 5 en francés, 4 en inglés y 4 en alemán, según un estudio conducido por Ernesto Quesada.<sup>37</sup> A esto hay que agregarle, además, la prensa editada por y para el sector de la población afrodescendiente desde fines de 1850 y que se sostiene casi hasta el cambio de siglo, registrándose la fundación de 14 periódicos solo para la década de 1870.

---

<sup>36</sup> Román, Claudia, “La modernización de la prensa periódica, entre La Patria Argentina (1879) y Caras y Caretas (1898), en Laera, Alejandra (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina*, Volumen III: El brote de los géneros, Buenos Aires, Emecé Editores, 2010, p.20

<sup>37</sup> Quesada, Ernesto, “El periodismo argentino (1877-1883)”, 1883

Por otra parte, surgieron también en esta época publicaciones que se distinguían no solamente por el tipo de información que brindaban ni la porción del público lector al que apuntaban, sino por las especificidades de la edición, en las que las imágenes ocupaban un lugar fundamental. Dentro de este grupo, al que podríamos englobar bajo el rótulo de prensa ilustrada, se destacan los periódicos de tipo satírico, que buscaban ofrecer un enfoque diferente, incorporando un marcado componente humorístico a la narración de los principales acontecimientos del momento. Sin dudas, se distingue dentro este conjunto la publicación *El Mosquito* (1863-1893), fundada por el dibujante y litógrafo francés Henry Meyer, quién fue sucedido en la dirección por Henry Stein en 1872. Evidentemente, una de las principales contribuciones de este tipo de prensa está vinculada con su capacidad para ampliar el espectro de consumidores de periódicos, atrayendo al público por medio de las imágenes pero también de textos más reducidos y de carácter lúdico. Conviene destacar, además, que el precio de estos impresos solía ser inferior al del resto de las publicaciones, volviéndolos más accesibles para los sectores de menores recursos.

Pero las imágenes no se hicieron presentes únicamente en las publicaciones con aspiraciones jocosas, sino que las mejoras técnicas las volvieron apetecibles para una multiplicidad de medios diversos, al punto que la combinación entre palabras e ilustraciones impresas acabó por modificar la comunicación periodística, dando pie a un sinnúmero de combinaciones entre ambos lenguajes, que en algunos casos se tornó incluso en una feroz competencia. Conviene señalar, en este sentido, que si bien la decisión de incluir estas reproducciones implicaba un notable aumento en los costos de publicación, éste se vio compensado no solamente por el atractivo que los dibujos suscitaban en los lectores, sino también porque este fenómeno fue acompañado de otro de enorme magnitud y grandes réditos para los editores: el advenimiento del aviso publicitario ilustrado.<sup>38</sup>

Evidentemente, puede advertirse un consenso historiográfico muy consolidado que señala un cambio de dirección de la prensa en la segunda mitad del siglo diecinueve, alejándose cada vez más de las tendencias facciosas para consolidarse como espacio propicio para el debate de ideas y la formación de la opinión pública hacia la década de 1870. Esto se relaciona, por un lado, con una marcada expansión del público lector, vinculada al avance de la lectoescritura a

---

<sup>38</sup> Román, Claudia, *op. Cit.*, p. 28

través de las campañas de alfabetización realizadas durante la presidencia de Sarmiento y que se continúan en los años setenta y ochenta. En Buenos Aires, por ejemplo, se calcula que para 1887 la cantidad de varones y mujeres que sabían leer y escribir rondaban el 64% y 57%, respectivamente. En este sentido, Adolfo Prieto destaca “el poder casi mítico con que la capacidad de leer, pieza maestra del proyecto del liberalismo, fue aceptada tanto por los que buscaban asimilarse a ese proyecto como por los que abiertamente querían subvertirlo desde una perspectiva ideológica contraria”, sancionando así la irrupción de un nuevo tipo de lector, para quién el modelo tradicional de la cultura letrada mantenía un papel predominante “pero ya no exclusivo ni excluyente.”<sup>39</sup>

Sin embargo, la ampliación del público potencial no fue el único factor explicativo –ni tampoco el más importante- de la proliferación de la prensa. Conviene destacar entonces los esfuerzos de esta última para satisfacer a esta demanda ampliada pero también para crearla allí dónde no era suficiente. Por un lado, se produjeron durante este período transformaciones de índole de lo material, vinculadas con las modificaciones del impreso en términos formales a partir de la posibilidad de mecanización de la actividad de imprenta, que en el período que va aproximadamente de 1850 a 1870 abandonó su carácter manual. Fue en verdad el desarrollo del mercado de los textos escolares, con un fuerte respaldo del Estado por detrás, el que permitió la consolidación de las empresas editoriales en Argentina, que posteriormente se avocarían a la producción de diferentes bienes culturales más vinculados con otras áreas como la literatura.<sup>40</sup>

Por otro lado, la expansión del público lector fue también acompañada por una diversificación del mismo, que comenzaba a adquirir nuevas nociones de gusto y costumbres. Esto se verificó no solamente en la proliferación y dinamización de la prensa, que buscaba reinventarse para satisfacer las nuevas demandas, sino también en la multiplicación de imprentas y librerías, surgiendo comercios cada vez más especializados y constituyéndose al mismo tiempo en espacios de sociabilidad, propicios por ejemplo para realizar tertulias culturales al servicio del intercambio intelectual.

---

<sup>39</sup> Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006

<sup>40</sup> Eujanián, Alejandro, “La cultura: público, autores y editores”, en Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo 4. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999

Las estrategias desplegadas por las empresas periodísticas para captar, fomentar e incluso crear nuevos públicos fueron múltiples y absolutamente diversas. Se registran, por un lado, nuevas estrategias de ventas, dentro de las que sobresale sin dudas el voceo callejero, apuntado no solamente a quienes no disponían del tiempo suficiente para acercarse a la imprenta a conseguir un ejemplar, sino también a aquellos para quienes la suscripción anual a determinado periódico no era una opción, ya sea por falta de recursos o de interés. Dentro de este marco, la incorporación de nuevos formatos y secciones se volvió completamente indispensable. Y es que ya no se trataba únicamente de una aspiración general –casi ilusoria– a la ampliación del público lector, sino de una verdadera competencia por captar la atención de esos consumidores potenciales que estaban ahí y había que salir a conquistar con las mejores armas que estuvieran disponibles.

En este contexto, la tecnología cumplió un rol fundamental, especialmente a partir de la invención del telégrafo electromagnético, creado por el estadounidense Samuel Morse en 1844 y la fundación contemporánea de distintas agencias de noticias, originadas con el objetivo de concentrar y redirigir la información de eventos a escala internacional. Si bien la prensa porteña tardó en incorporar estos adelantos, contentándose en un principio con la transcripción de los principales artículos de los diarios extranjeros que llegaban por vía marítima o haciendo uso de la correspondencia informal con distintos individuos que se hallaban en el exterior, lo cierto es que a medida que nos adentramos en la segunda mitad del siglo diecinueve comenzarán a valorar cada vez más la publicación de noticias internacionales y buscarán incrementar la celeridad y calidad de las mismas. Encontramos, entonces, que publicaciones como *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna* buscaron establecer acuerdos a largo plazo con ciertas empresas periodísticas extranjeras, con el objetivo de que les fueran enviados varios ejemplares de estos periódicos para entregar a los lectores junto con la edición local. Para 1877, estos periódicos harían anuncio, además, de la contratación de servicios de la agencia Havas-Reuter, consiguiendo así con apenas un día de diferencia las noticias que anteriormente tardaban, como mínimo, quince días en llegar.

Como puede verse, una de las características más salientes del medio periodístico en la segunda mitad del siglo diecinueve remite al constante intercambio tácito de prácticas y estrategias por parte de los integrantes de las distintas empresas editoriales, que se traduce en

experiencias de cooperación en pos de la consecución de una prensa más ampliada y consolidada, pero también de competencia para asegurarse un lugar preponderante dentro de este universo en gestación.

En las últimas décadas del siglo diecinueve se asiste, entonces, a un fenómeno novedoso para la Argentina: la constitución de un mercado de bienes culturales, para el que la prensa se erige como impulso motor fundamental.<sup>41</sup> En este contexto, la incorporación de los letrados al seno del Estado por medio del encargo oficial que relegará la actividad literaria a un segundo plano correrá en paralelo con otro fenómeno finisecular: la profesionalización de la escritura. Ésta dará sus primeros pasos a comienzos de la década del ochenta, para consolidarse plenamente con el cambio de siglo. Dentro de este marco, la prensa ofrecerá no solamente un espacio de publicación y retribución económica, sino también un aparato de distribución y circulación inimaginables unos años antes.

Se observa, de esta manera, un fenómeno doble a partir de la profesionalización, porque si ésta permite a un número cada vez mayor de individuos poder vivir de las bellas letras, dedicándose exclusivamente a la producción artística, lo cierto es que también alcanza a muchos escritores de periódicos, que se alejarán de aquella prensa de opinión política característica de los primeros años posteriores a la caída de Rosas para acercarse en su lugar a la prensa de información, dentro de la cual el desarrollo de la noticia adquirirá un rol preponderante. No obstante, conviene destacar que, si bien en teoría muchos contemporáneos verán la labor periodística como profesión antagónica a la actividad intelectual, lo cierto es que en la práctica ambas estaban mucho más imbricadas, desempeñándose muchos profesionales tanto como cronistas para la prensa como como escritores literarios. Aún más, es preciso subrayar que muchas de estas nuevas publicaciones, deseosas por captar un público ampliado y diversificar sus contenidos, van a reservar un lugar especial a la publicación de novelas en formato de folletín, a la vez medio para incrementar las ventas y para desarrollar la profesionalización de los escritores.

---

<sup>41</sup> Laera, Alejandra, "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)", en Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (Ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008

A partir de estas coordenadas, entonces, se puede adivinar que uno de los rasgos más salientes de la prensa decimonónica es la falta de patrones fuertemente delimitados y asentados, que se verifica no solamente a partir del análisis de las distintas publicaciones materiales, sino también de la recuperación de los itinerarios recorridos por aquellos individuos que se encontraban detrás de las letras de molde. Como puede verse, el acceso al mundo periodístico no solo no se encontraba restringido a cierto grupo socioeconómico, sino que tampoco privilegiaba algún origen de procedencia en particular ni favorecía un único tipo de formación. Pero, por sobre todo, llama la atención la variedad de propósitos que confluían en una redacción periodística: mientras que algunos se acercaban al mundo de la prensa como forma de sustento, otros lo hacían para ganarse un lugar de prestigio en la esfera pública, para alentar ciertas empresas de índole política, o bien como medio para poder difundir su arte generalmente vinculado con el mundo de la literatura y la poesía. De ahí que una de las particularidades esenciales atribuidas a los hombres de prensa es que prácticamente ninguno de ellos se dedicaba por completo a esta actividad, sino que constituía uno más de sus múltiples emprendimientos.

Pero si la incursión en el mundo periodístico podía responder a tantos objetivos disímiles y muchas veces superpuestos como individuos hubiera interesados en desempeñar ese trabajo, lo cierto es que queda por responder una pregunta más general vinculada con el modo en el que la prensa era vista por sus hacedores y el rol que se le asignaba dentro de la sociedad. Como vimos al comienzo del capítulo, desde las clases dirigentes buscaba difundirse una ecuación simple y poderosa, en la que el mundo del periodismo se ligaba inmediatamente con el avance de la civilización. Analizando muchos de los artículos publicados en los diarios decimonónicos que reflexionan sobre esta cuestión, encontramos que este anhelo de los círculos gobernantes se traduce en una asociación inmediata entre los impresos y la instrucción del pueblo, articulando de esta manera una visión de los periódicos como dispositivos pedagógicos. Siguiendo con esta idea, el objetivo principal de la prensa sería guiar la opinión de sus lectores, no para influenciarlos de manera tendenciosa como el anticuado periodismo faccioso que habría dominado la primera parte del siglo, sino para indicarles el camino que llevaría de manera certera al bienestar de la sociedad en su conjunto.

Serán frecuentes, dentro de este marco, las campañas realizadas a través de la prensa para generar debate y adhesión popular a determinadas causas –como puede ser la necesidad de

una reforma judicial-, así como se advierte también la relevancia de estos órganos de difusión como medio para movilizar al pueblo, que muchas veces se vincula con su capacidad de convocatoria para eventos y festividades específicas que requerían de la participación de la sociedad. Se destaca, en este sentido, la imagen de la ciudad de Buenos Aires que la mayoría de las publicaciones de la segunda mitad del siglo diecinueve buscaban construir, exaltando el ejercicio del civismo, la vida asociativa, y la proliferación del desarrollo cultural, que se enmarcaban frecuentemente dentro de las coordenadas de contención y organización de las instituciones estatales.<sup>42</sup>

No obstante, es de notar que muchos escritos decimonónicos dejan entrever una mirada bastante desencantada, tanto de los periódicos como de sus lectores. En efecto, muchos de ellos refieren a los peligros de la propagación de la prensa, ese “monstruo” de los tiempos modernos, que parece tener un poder absoluto sobre sus consumidores, contribuyendo de esta manera a la concepción de un público que si no aparece completamente ignorante, sí se presenta absolutamente obediente frente a los mandatos esgrimidos desde las páginas de los principales diarios.<sup>43</sup>

En síntesis, la tarea de reconstrucción del mundo periodístico en la segunda mitad del siglo diecinueve nos devuelve una imagen fragmentaria, o mejor, una multiplicidad de imágenes, casi como piezas de un rompecabezas que falta completar. Y es que, en efecto, para el período analizado el mundo de la prensa se encontraba todavía en proceso de construcción, siendo quizás esta su característica más saliente. Encontramos entonces que la búsqueda de reconocimiento perseguida por muchos escritores convive con la falta de individualización presente en la mayor parte de los artículos, firmados de forma anónima o, en algunos casos, con seudónimos. De manera similar, el predominio creciente de la noticia convive con la pervivencia de extensos artículos de opinión y resulta difícil delimitar claramente el rol que los hombres de prensa le asignaban a esta actividad, oscilando constantemente entre posturas esperanzadas y desencantadas.

---

<sup>42</sup> Sabato, Hilda, “La vida pública en Buenos Aires”...

<sup>43</sup> Puede verse Bruno, Paula, “Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas”, en *Cuadernos Americanos*, nro. 123, 2008

En lo que refiere al contenido y la orientación de los periódicos decimonónicos, también se devela una visión de conjunto caleidoscópica. Como mencionamos previamente, no es que la prensa política haya dejado de existir para cederle paso por completo a otro tipo de publicaciones, sino que, en todo caso, va a modificarse con el transcurso del tiempo, pero manteniendo siempre un lugar preponderante. De esta forma, en paralelo al surgimiento de publicaciones efímeras que continuarán emergiendo en perfecta sincronía con el lanzamiento de las distintas campañas electorales que se suceden en el territorio argentino -por lo general destinadas únicamente a los simpatizantes partidarios y a los redactores de la oposición-, otras empresas editoriales de más largo aliento serán concebidas por sus creadores como la herramienta más idónea para debatir los distintos proyectos que debieran implementarse para garantizar el correcto desarrollo del Estado, signando el pasaje del “puesto de combate” a la “tribuna de doctrina”.<sup>44</sup> Asimismo, ganarán cada vez más espacio otras iniciativas vinculadas con el mundo de la cultura, la ciencia y las colectividades extranjeras, entre otras.

Se trata, sin dudas, de un terreno absolutamente fértil, vibrante, en ebullición, con aspiraciones de grandeza pero sin una fórmula comprobada que la garantice. Un campo magnético que atrae todo tipo de colaboradores: literatos, gobernantes, hombres de ciencia, jóvenes entusiastas que buscan abrirse un camino y ganar reconocimiento, inmigrantes que buscan representar los intereses de su comunidad y otros interesados en emprender proyectos personales. Pero también mujeres, que se atreven incluso a traspasar los límites reservados a las publicaciones femeninas, irrumpiendo en el seno de la prensa y animándose a desafiar el olvido colectivo por medio de la palabra escrita.

## **2. El lugar de Eduarda Mansilla en el mundo periodístico**

Como mencionamos en la introducción, una de las posibles puertas para explorar la relevancia de los escritos periodísticos de Eduarda Mansilla se vincula con los medios en los que publicó, encontrando artículos de su autoría en los principales diarios porteños como *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación*. Asimismo, conviene destacar que su pluma no estuvo circunscripta a cierto tipo de proyecto editorial en particular, sino que encontramos en verdad

---

<sup>44</sup> Román Claudia, *op. cit.*, p. 15

una producción bastante diversificada, que le permitió ganarse un lugar en espacios sumamente disímiles, como por ejemplo *La Ondina del Plata. Revista Semanal de literatura y modas*, en la que participó un gran número de mujeres escritoras tanto americanas como europeas, y fue una de las publicaciones más consolidadas destinadas al público femenino. También, se destaca su presencia en *La Gaceta Musical*, en la que se desempeñó como crítica y encargada de la sección de folletín, y su participación en medios del exterior, como *El Americano*, editado en París por Héctor Varela.

Si bien Mansilla ya había incursionado en el mundo del periodismo durante sus años en el exterior, primero en Estados Unidos, hacia donde partió en el año 1861 acompañando a su marido en sus viajes diplomáticos, y posteriormente en Europa, lo cierto es que recién en el año 1879, es decir, cuando regresa a la Argentina sin la compañía de su familia, es cuando nuestra escritora va a dedicarse de lleno a la producción de escritos para la prensa, constituyéndose la década del ochenta como el período más activo de su carrera. En este sentido, conviene destacar que es precisamente el año de su regreso en el que se registra la mayor cantidad de artículos firmados por la pluma de Eduarda, lo que nos da la pauta de la avidez de esta escritora por publicar en los medios nacionales. Sin dudas, este hecho sirve también para mostrar la buena recepción que tuvo su llegada en el público y el círculo editor local, que se mostraba verdaderamente complacido de tenerla como una de sus colaboradoras.

Siguiendo con la idea anterior, es interesante notar cómo Eduarda Mansilla ya se había ganado un lugar como escritora para el momento de su regreso al país, destacándose por ejemplo la bienvenida de *El Nacional* a “la distinguida literata (...) después de 18 años de ausencia de su ciudad natal”<sup>45</sup>, o la de *La Ondina del Plata* a “la celebrada escritora argentina”<sup>46</sup>. Como puede verse, el rasgo principal que eligen estas publicaciones para caracterizarla no está vinculado con su matrimonio o con su posición social, entre otras, sino que apuntan directamente a su vinculación con el mundo de las letras, destacando la calidad de su pluma como el rasgo más saliente de esta mujer multifacética. Más aún, el lugar privilegiado de Mansilla como escritora puede verse, por ejemplo, en un artículo publicado el 11 de julio de

---

<sup>45</sup> *El Nacional*, n° 9.779, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.291

<sup>46</sup> *La Ondina del Plata*, n° 10, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 292

1879, es decir, apenas transcurrido un mes desde su regreso, en el diario *La Libertad*, en el que un cronista anónimo afirma: “De los toilettes no hay nada que decir (...); solo la pluma elegante y fina de una mujer espiritual, de la señora Garcia, por ejemplo, podría hacer una descripción digna de ser leída con interés”<sup>47</sup>. A partir de esta afirmación, entonces, encontramos no solamente el reconocimiento que Eduarda Mansilla merece por la calidad de su escritura, sino que puede entreverse también el vínculo afectivo con el público, que solamente estaría interesado en una descripción de ese tipo si estuviera firmada con el nombre de esta literata, reafirmando nuevamente su posición destacada como periodista en el medio local.

Se comprende, entonces, que una de las maneras para verificar la importancia de Mansilla en la prensa decimonónica estaría fuertemente vinculada con la forma en que esta escritora es presentada al público lector. En este sentido, es notable que no solamente se anuncien sus próximas publicaciones programadas, o incluso las promesas de publicaciones - que en muchos casos no llegan a concretarse-, sino que también se explicita cuando no le será posible enviar sus colaboraciones. Sin dudas, esto habla a las claras del interés del público, que evidentemente espera con ansias sus artículos, pero también da una pista acerca del funcionamiento del medio periodístico en su conjunto.

En efecto, es probable que los anuncios se deban a que muchos consumidores compraran el diario exclusivamente por los escritos de ciertos periodistas, como puede ser el caso de Eduarda Mansilla. Hay que tener en cuenta que se trata de un período en el que, como mencionamos previamente, se realizan muchos esfuerzos por parte del sector editorial para poder consolidar una prensa vigorosa y rentable, de modo que la publicación de autores reconocidos y avalados por el público constituía una de las posibles estrategias para alcanzar este objetivo. De ahí también que podamos encontrar, por ejemplo, el siguiente anuncio en las páginas de *La Gaceta Musical*: “Llamamos la atención de nuestros lectores sobre este interesante escrito, que colocamos en la *sección principal del periódico*, rindiéndole así los honores que se merece la inteligente escritora (...).”<sup>48</sup> Evidentemente, los honores a los que

---

<sup>47</sup> *La Libertad*, n° 1663, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 332

<sup>48</sup> “Nuestra colaboradora”, *La Gaceta Musical*, n° 9, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 316

hace mención este artículo no van destinados únicamente a Eduarda Mansilla, sino también al público, que es recompensado con un artículo que seguramente esperan con avidez.

Asimismo, la importancia de Eduarda Mansilla en el medio gráfico puede advertirse a partir del modo de circulación y difusión que tuvieron sus escritos. Conviene destacar, por ejemplo, cómo sus artículos fueron frecuentemente reproducidos en otros periódicos tras confirmar el éxito de su primera publicación, evidenciando el interés del público pero también el modo en que los distintos medios se ayudaban mutuamente con el objetivo de consolidar el desarrollo de la prensa nacional. De manera similar, podían encontrarse frecuentemente artículos en diversos diarios que anunciaban la próxima colaboración de Mansilla en otro medio, alentando a sus lectores a comprar determinada publicación pura y exclusivamente por contener un artículo de esta escritora.

Como puede verse, entonces, la importancia de Eduarda Mansilla en el mundo periodístico está muy vinculada con la repercusión que tuvieron sus escritos. Para comprobarlo, basta con repasar brevemente los comentarios que siguieron al segundo artículo publicado por *La Gaceta Musical* tras el regreso de Europa de la literata, redactado en forma de carta a una amiga suya que vive en París, fechada el 10 de Julio de 1879. Esta publicación fue posteriormente destacada por periódicos como *El Nacional* y *La Tribuna*, asegurando este último que “*La Gaceta Musical* será sin duda buscada hoy con mucho interés.”<sup>49</sup>

Conviene destacar, además, un artículo publicado en *La Gaceta* la semana posterior, en el que se anuncia lo siguiente: “Nos refieren que el lunes en la tertulia que hubo en la casa del Sr. Presidente de la República, y en un grupo numeroso de damas y caballeros uno de estos leyó en alta voz, en <La Gaceta Musical> del Domingo pasado, la interesantísima carta de nuestra ilustrada colaboradora la Sra. de García. *Como era natural, mereció la aprobación unánime de todos los oyentes.*”<sup>50</sup> Estas líneas merecen una atención especial, no solamente porque confirman que los escritos de Mansilla captaban el interés incluso de las personalidades más destacadas del país, dando cuenta una vez más del reconocimiento con el que contaba esta

---

<sup>49</sup> *La Tribuna*, n° 8865, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 344

<sup>50</sup> *La Gaceta Musical*, n° 12, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.346

escritora, sino también porque en la última oración se advierte a las claras la autoridad de la palabra de esta escritora, que pareciera absolutamente incontestable y frente a la cual la única reacción posible pareciera ser la aprobación inmediata.

En efecto, como puede leerse en *La Ondina del Plata* del 20 de Julio: “Tanta y tan general ha sido la aceptación que ha merecido el número del Domingo pasado de la <La Gaceta>, que varios suscriptores han venido á solicitar de á dos, de á cuatro, hasta de seis y una hasta diez números, todos ellos con el objeto de enviarlos á Europa.”<sup>51</sup> A partir de estas líneas podemos inferir, entonces, la vasta repercusión y circulación de los escritos de Mansilla que, además, develan nuevamente la admiración y el respeto que despertaban los escritos de la autora, en este caso particular en materia de análisis y descripción de la sociedad, puesto que el artículo publicado en *La Gaceta* versaba sobre las celebraciones del 9 de Julio en el Teatro Colón. A propósito de esta cuestión, resulta pertinente destacar el reconocimiento internacional que poseía “la madame de Stael argentina”- como es referida en un diario uruguayo en 1880<sup>52</sup> – quién fue incluida por ejemplo en la compilación “América Literaria”, editada por Lagomaggiore en 1883, como lo mejor de las letras americanas, e incluida asimismo en el diccionario de escritoras americanas editado en España en 1892 por la revista *La España Moderna*.

Sin dudas, la relevancia de Mansilla en el medio periodístico se advierte muy claramente en un artículo publicado en *El Nacional* el 28 de Junio de 1879, que comienza de la siguiente manera: “La señora de Garcia, nos pide la publicación de las siguientes líneas”<sup>53</sup>. Como puede verse, no se trata de una colaboración solicitada a la autora, sino de un espacio que ella pide y que el periódico le concede. Este gesto adquiere una relevancia aún mayor si se tiene en cuenta el tema tratado en la publicación, en la que Mansilla procura realizar una defensa de la gestión diplomática de su esposo. Este escrito es particularmente interesante porque no solamente puede adivinarse la posición de autoridad que la escritora ocupa y le permite expresarse

---

<sup>51</sup> *La Ondina del Plata*, n° 29, 1879 en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 347

<sup>52</sup> Álvarez, Cayetano, *El Siglo*, noviembre de 1880 en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 399

<sup>53</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Una argentina á tres argentinos”, *El Nacional*, n° 9874, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 306

públicamente cuando lo desee, sino porque aparece también muy fuertemente la autopercepción de Mansilla respecto de su lugar en la prensa:

“Desapruebo que las damas se mezclen en cuestiones del género que hoy trato, pero mi deber como escritora argentina me ha impuesto la grata tarea de responder con los medios á mi alcance, por el buen nombre del patriota que me honró con el suyo”<sup>54</sup>.

En primer lugar, se destaca el hecho de que Mansilla justifique su intervención por considerarse una escritora argentina, introduciendo en su argumentación algo del orden del capital simbólico del intelectual<sup>55</sup>, que la habilitaría a opinar sobre tópicos que no le corresponderían en primer lugar por haber nacido mujer, anteponiendo de esta manera su profesión a su género. Asimismo, es interesante notar cómo las credenciales que le otorga su actividad como escritora son las que le permiten manifestarse a favor de su marido, recurriendo de alguna manera a su imagen pública para realizar una defensa de algo más vinculado con el mundo de lo privado, es decir, el honor de su cónyuge, mezclándose de esta forma la política con lo íntimo y lo afectivo.

Cambiando el foco de análisis, podemos advertir la relevancia de esta autora a partir de la forma en que es introducida en la prensa porteña decimonónica. Se destaca, por ejemplo, que cuando *La Gaceta Musical* anuncia la suspensión de su publicación en noviembre de 1879, “la estimable señora Eduarda M. de García”<sup>56</sup> es la primera colaboradora a la que le agradecen públicamente, de la misma manera que, al anunciar la reanudación de sus actividades para el año 1880, la única escritora mencionada es Eduarda Mansilla “cuyas producciones tanto llamaron la atención y tanto interés despertaron en el anterior, y esperamos poderlas ofrecer

---

<sup>54</sup> *Ibíd*em

<sup>55</sup> Cuando utilizamos términos como capital intelectual/cultural lo hacemos en un sentido descriptivo y general, no en alusión estricta a las prescripciones concebidas por Pierre Bourdieu – pensadas además a partir de un ámbito mucho más regulado, conformado por estructuras e instancias legitimadoras que son inexistentes para este período de la Historia Argentina-. Como apuntan Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano “Bourdieu tiene presente, fundamentalmente, el tipo de campo intelectual constituido en las sociedades occidentales modernas a partir de un proceso que tiene su primera manifestación en el Renacimiento, se eclipsa transitoriamente bajo el peso del absolutismo monárquico en los siglos XVII y XVIII, para cristalizar en el curso del XIX”. Para más información puede verse Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

<sup>56</sup> “Despedida”, *La Gaceta Musical*, n° 30, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 359

con mas frecuencia que entonces”<sup>57</sup>. De manera similar, en el año 1882, cuando *La Gaceta* se vuelve una publicación anual, se anuncia que la única escritora que firmará con su nombre y no de forma anónima o por medio de un seudónimo será “la distinguida escritora argentina Sra. Eduarda M. de García, que tendrá a su cargo la sección de folletín”<sup>58</sup> reforzando nuevamente no solo la posición destacada de esta autora, sino también su estatus de absoluta singularidad en el contexto de la prensa finisecular.

Como puede verse, para el público porteño decimonónico consumidor de periódicos el nombre de Eduarda Mansilla estaba muy fuertemente asociado a la noción de prestigio, contribuyendo asimismo a la relevancia de esta escritora como periodista en un proceso de retroalimentación constante. No solamente era una autora muy solicitada y ocupaba siempre un lugar destacado en los medios gráficos de la época, sino que también podemos encontrarnos reiteradas veces con artículos en los que aparece mencionada porque se solicita su influencia para llamar la atención sobre causas muy diversas, ya sea alentando a la población a donar fondos o a asistir a cierto evento, o haciendo lobby para la sanción de alguna ley o política pública.

En este sentido, resulta muy elocuente una publicación de *El Nacional* del 9 de Noviembre de 1882, en la que se busca promover la comercialización de un periódico italiano, *L’Operatorio Italiano*, con el fin de que lo recaudado sirva para ayudar a la población inundada de dicho país europeo. Es de notar que en esta edición no solamente se solicita la participación de Eduarda Mansilla, sino que su escrito se encuentra inmediatamente después de uno firmado por el entonces presidente de la república, Julio Argentino Roca, y previo al de personalidades sumamente distinguidas de la nación como Nicolás Avellaneda, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, lo que da la pauta del importantísimo lugar que ocupaba Eduarda Mansilla tanto en la prensa y en la esfera literaria como en la sociedad porteña en su conjunto.

Además, es preciso agregar que la relevancia de Eduarda Mansilla en el medio periodístico se evidencia de manera muy contundente a partir de la repercusión que tuvieron en

---

<sup>57</sup> “¡Un año mas!”, *La Gaceta Musical*, n° 1, Buenos Aires, 1880, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 365

<sup>58</sup> “Sus condiciones actuales”, *La Gaceta Musical*, n° 1, Buenos Aires, 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 526

la prensa no solo los escritos destinados a este espacio, sino la totalidad de la producción literaria de la autora. Ésta incluye sus novelas, como *El Médico de San Luis* y *Lucía*, publicadas ambas en el año 1860, y también *Pablo o La Vida en Las Pampas*, escrita en francés y publicada primero en Francia en forma de folletín, traducida posteriormente por su hermano, Lucio V. Mansilla, y publicada en el país en 1870. Se destaca también la repercusión que tuvieron sus *Cuentos*, una selección de narraciones para niños editada en 1881, y contaron, entre otras, con una muy extensa y elogiosa reseña del ex presidente Domingo Faustino Sarmiento, en el diario *El Nacional*.

Evidentemente, las producciones de Mansilla que contaron con mayor repercusión en la prensa finisecular porteña son aquellas en las que la escritora incursionó en el género dramático, participando también posteriormente en la puesta en escena de estas obras, como *La Marquesa de Altamira*, representada por primera vez en Octubre de 1881 en el Teatro de la Alegría, y *Los Carpani*, estrenada en Mayo de 1883 en el Teatro de la Opera. A propósito de la primera, no es ocioso destacar que incluso recibió una crítica del afamado escritor y periodista cubano José Martí. Además, resulta interesante notar el modo en que, a pesar de que estas obras no hayan tenido una recepción extremadamente favorable, se destaca sin embargo la figura de Eduarda Mansilla, que sobresale siempre como mujer de talento insoslayable y de intensa luminosidad propia que acaba por opacar todo lo que tiene en derredor: “Se aplaudió es cierto, y mucho, pero los aplausos eran solo para la autora, cuyo talento se traslucía a pesar de las deficiencias é irregularidades de los cómicos”<sup>59</sup>, afirma el crítico de *El Nacional* en referencia a la primera presentación de *La Marquesa de Altamira*.

Finalmente, otro elemento que sirve para registrar la importancia de la voz que Eduarda Mansilla supo transmitir a través de la prensa es la capacidad para conservar ese lugar destacado por un período de tiempo muy extenso, que se vio interrumpido únicamente por su fallecimiento en el año 1892. En este sentido, es interesante observar cómo después del año 1884, que signa el comienzo de una larga enfermedad que le impide publicar con frecuencia, pueden encontrarse

---

<sup>59</sup> “El drama de anoche”, *El Nacional*, n° 10555, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 505

sin embargo muchos artículos que hacen mención a esta escritora y desean no solamente su pronta recuperación, sino también poder volver a contarla dentro de sus colaboradores.

Aún más, la vigencia de los escritos de Mansilla se verifica, por ejemplo, cuando en 1891 *La Nación* reproduce una carta publicada por la autora en el diario *El Americano* casi veinte años atrás, pero que sin embargo “es nueva todavía, -por la repetición periódica de los hechos que describe, la sanción del tiempo á muchas de las ideas en ella desarrolladas, y la belleza de la forma, que hace imperecederas las obras de arte”.<sup>60</sup> A propósito de esta publicación, resulta interesante notar, además, que fue anunciada por el diario como un verdadero hallazgo, una carta que nunca había llegado a manos del público hasta ese entonces, error que no tardaron en señalar muchos suscriptores. Si bien *La Nación* negó rotundamente estas acusaciones, el hecho de que los lectores de este periódico recordaran un artículo escrito por Mansilla casi veinte años atrás denota muy claramente el interés y la pregnancia que rodeaban a todos los escritos delineados por la pluma de esta mujer de letras decimonónica.

### 3. Modo de escribir: estilo, registro y destinatarios

En una carta dedicada a la Srta. Isabel de Lagantenerie y publicada por *La Gaceta Musical* el 13 de Julio de 1879, Eduarda Mansilla confiesa:

“Tengo la manía de dormir encerrada entre colgaduras; se me figura que de esa suerte no penetran hasta mi influencias exteriores, me gusta adormecerme acariciando mi último pensamiento, *atesorando mis impresiones*. Ud. me ha llamado y con razón <la pródiga avara>”.

61

Este apartado resulta sumamente significativo si se tiene en cuenta que en él podemos encontrar muchas pistas para comprender la escritura de Mansilla y el posible atractivo que despertó a los ojos de sus contemporáneos. Si bien la autora lo menciona un poco a modo de chanza, lo cierto es que sus impresiones son verdaderos tesoros, que le permiten, entre otras

---

<sup>60</sup> *La Nación*, n° 6272, Buenos Aires, 1891, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 606

<sup>61</sup> *La Gaceta Musical*, n° 11, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 334

cosas, distinguirse como escritora al recurrir al acervo de su memoria difícilmente replicable. Conviene destacar, no obstante, que la Eduarda Mansilla que aparece a través de las páginas de la prensa decimonónica no es en absoluto avara, más bien todo lo contrario. En efecto, si su experiencia la convierte en un personaje interesante y singular, lo cierto es que la capacidad de transmitir esas vivencias, tanto como protagonista como como testigo, es la que va a marcar su sello y le ganará una posición inimitable en los medios porteños.

Puede argumentarse, en este sentido, que Eduarda Mansilla se erige como una traductora en el sentido amplio del término, puesto que no solamente es capaz de moldear sus pensamientos de modo tal de volverlos comprensibles para el público, sino que estos mismos recuerdos le permiten posicionarse como puente entre distintas culturas, geografías y épocas, acercándoselas al lector por medio de la palabra.

A propósito de esta cuestión, es preciso tener muy presente el momento en que se publican los artículos de Mansilla. Se trata de un contexto signado por el advenimiento de la modernidad, que deja al descubierto muchas inseguridades respecto del futuro y acompañadas, en muchos casos, de nostalgias respecto del pasado. Asimismo, es un período marcado por una fuerte globalización a nivel mundial, que implica un doble movimiento, por un lado, de expansión de las fronteras conocidas y por otro, de acercamiento entre países por medio de los nuevos medios de comunicación, que brindan información sobre lugares que resultan cada vez menos remotos, provocando entusiasmo y una avidez de noticias significativa entre la población.

Siguiendo con la idea anterior, Paula Bruno destaca que para el cambio de siglo, el mundo estaba atravesando una época de intensas transformaciones, traccionadas en muchos casos por grandes movimientos humanos, pero manteniendo asimismo un margen considerable de acción para diversas reconfiguraciones culturales que podían originarse a partir de intervenciones individuales de embajadores intelectuales y políticos. Si bien la autora está pensando en las distintas visitas de hombres de la cultura que desembarcaron en el país en las primeras décadas del siglo veinte –de Einstein a Marinetti-, lo cierto es que algo de esa avidez demostrada por el público local frente a estos referentes extranjeros puede percibirse también en el interés suscitado por los artículos periodísticos de Eduarda Mansilla, que se posiciona

asimismo como una suerte de bisagra entre Argentina y el mundo, pero también como puente entre pasado, presente y futuro.<sup>62</sup>

Dentro de este marco, cabe señalar que la biografía de Eduarda Mansilla resulta una herramienta de gran utilidad para realizar esta labor de mediadora previamente mencionada. Por un lado, sus recuerdos de niña la unen inextricablemente con la siempre idealizada memoria colectiva sobre la Independencia argentina, sobre todo por medio de su padre, militar de carrera y héroe patrio. Por otro, la profesión de su marido y su status como escritora y dama distinguida de la alta sociedad le permiten viajar constantemente y entrar en contacto directo con otras latitudes y culturas, que posteriormente recuperará a la hora de escribir sus artículos periodísticos. Éstos contienen por lo general opiniones muy fuertes fundadas en la subjetividad de la experiencia y permiten al lector de esta manera ingresar en otros universos desconocidos, tanto en un sentido temporal como geográfico.

Evidentemente, esta habilidad de Eduarda Mansilla para “atesorar sus impresiones” fue un hecho frecuentemente observado por sus contemporáneos. Podemos encontrar, por ejemplo, a su amigo Domingo Faustino Sarmiento destacando la capacidad de la escritora de *Cuentos* para hacerse pequeña nuevamente, y poder producir de esta forma exquisitas narraciones para niños valiéndose de sus recuerdos y su gran empatía.<sup>63</sup> De manera similar, en una carta firmada por el Conde de París, Luis Felipe de Orléans, en Marzo de 1883, puede leerse a propósito de algunos *Recuerdos de Viaje* de la autora que “Toda su descripción de la sociedad Americana en esa época, de sus costumbres, de sus gustos, me ha interesado vivamente. Cuanta gracia, cuanta lucidez, cuanta benevolencia hay en esas páginas (...) y me ha conmovido en extremo la manera como ha conservado V. esos recuerdos que datan de veinte años”.<sup>64</sup>

En cuanto a la forma de los escritos introducidos por Mansilla en la prensa porteña se destaca, en primer lugar, el uso por parte de la autora de registros muy diversos, que va alternando según el tópico tratado en cada artículo. Dentro de este conjunto sobresalen, sin embargo, las producciones desarrolladas en forma epistolar, que de acuerdo con *La Gaceta*

---

<sup>62</sup> Bruno, Paula (Coord.), *Visitas culturales en la Argentina (1898-1936)*, Buenos Aires, Biblos, 2014

<sup>63</sup> *El Nacional*, n° 10.378, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 445

<sup>64</sup> *El Nacional*, n° 10.994, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 568

*Musical* se debe a la adopción de “el estilo moderno de las escritoras notables de la época, transmitiendo sus impresiones por medio de cartas familiares a una amiga ausente”.<sup>65</sup> Asimismo, hallamos que muchas veces la autora se refiere a sus publicaciones como “charlas”, a la manera de las célebres *causeries* de su hermano, Lucio V. Mansilla. En efecto, podemos encontrar en los escritos de Eduarda la utilización de recursos muy similares a los del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, como el uso de la digresión y la apelación directa al lector en busca de complicidad.

Además, en muchos de los artículos de Mansilla se hace presente una alternancia constante entre elementos de ficción y realidad, que podrían vincularse con un rasgo general de la prensa decimonónica finisecular, en la que se buscaba combinar un factor de entretenimiento y diversión del lector con la provisión de información. Sin dudas, este es un movimiento que se ajusta muy bien al estilo narrativo de nuestra escritora, que maneja de manera excepcional la imbricación entre literatura y periodismo, realizando por ejemplo introducciones con exquisitas descripciones para captar la atención del lector y, una vez alcanzado este cometido, desarrollar su opinión sobre algún tópico que le interesa explorar, frecuentemente con el objetivo de convencer al lector o, al menos, hacerlo reflexionar en profundidad.

En cuanto a la manera de escribir de Mansilla conviene destacar que, si bien la autora estaba muy preocupada por las formas, esto es, el modo de presentación de los escritos y lo que se conocía en la época como “toilette literaria”, es decir, el trabajo de edición y revisión del texto -que en caso de estar mal corregido o mal puntuado “se asemeja a una mujer hermosa vestida ricamente y adornada de pedrerías, pero con la cara cubierta de manchas de afeitado mal colocadas”<sup>66</sup>- lo cierto es que abogaba también por una escritura simple y sencilla. A continuación una cita que nos permite comprender con mayor claridad la opinión de la autora sobre esta cuestión:

“Si se reflexiona cuán fácil es escribir como se habla, como se piensa, sin afectación de giros diferentes de los usuales, se verá que el pensamiento fluye más fácilmente cuando no lo

---

<sup>65</sup> *La Gaceta Musical*, n° 9, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 315

<sup>66</sup> “Carta de la autora de Kate”, *La Ondina del Plata*, n° 37, Buenos Aires, 1877, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 276

encadenan falsos afeites y que el secreto único de los grandes escritores modernos, consiste justamente en expresar grandes pensamientos con imágenes sencillas”.<sup>67</sup>

Como puede verse, Mansilla mantenía una posición muy fuerte respecto de cómo debiera expresarse un “gran escritor moderno”. Aún más, al suscribir ella misma a las reglas previamente citadas pareciera auto colocarse dentro de este grupo selecto y a la vanguardia de la producción literaria. Porque, en efecto, una de las características más destacadas por sus contemporáneos de la escritura de esta autora es la sencillez que imprime a todos sus textos, sin por eso dejar de lado la delicadeza y la armonía, dando por resultado una obra que no es solamente bella, sino que también penetra muy fácilmente en el corazón de sus lectores.

Además, esta operación promovida por Mansilla de “escribir como se piensa” impregna a sus artículos de una gran frescura, algo que posiblemente pueda explicar parte del éxito de esta escritora al presentarse frente a sus lectores de una manera natural, propiciando un acercamiento que resulta seguramente más genuino para quienes se encuentran del otro lado del periódico. Como menciona Sarmiento a propósito de esta cuestión, uno de los factores que más contribuyen a la singularidad de esta escritora es su capacidad para combinar el “fondo de ilustración” proveniente de sus vastos conocimientos con un estilo “lleno de esa suelta espontaneidad que es un atributo del talento”.<sup>68</sup>

Por otro lado, es importante destacar que detrás de estas reflexiones que Eduarda Mansilla expone respecto del modo de escribir podemos encontrar un gesto muy moderno por parte de la autora. En efecto, como menciona en una carta dedicada a su hermano Carlitos publicada en *La Gaceta Musical*, el atractivo de los escritores que logran “saber escribir como hablan” radica en que “las lenguas son eminentemente democráticas y el número las domina”.<sup>69</sup> De esta manera, Mansilla renuncia a ciertas formas de expresión más artificiosas que quizás le parecerían más bonitas y privilegia el estilo natural devenido de las manifestaciones del habla,

---

<sup>67</sup> Ídem, p. 279

<sup>68</sup> *La Nación*, n° 3685, Buenos Aires, 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 552

<sup>69</sup> “Carta de la autora de Kate”, *La Ondina del Plata*, n° 37, Buenos Aires, 1877, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 280

incluso cuando esto implique la necesidad de quebrar ciertas normas o ajustar el sistema de escritura de modo que se ponga a tono con los códigos de la oralidad.

Como menciona la autora algunas líneas más abajo, esta postura se debe en gran medida a que la encuentra como la única posibilidad para lograr el entendimiento común al fijarse unas únicas reglas claras a seguir, sin tantas variaciones del lenguaje que acaban por confundir tanto a lectores como escritores: “mi solo conato es estimular á mis compatriotas á cultivar el estilo sencillo y fácil, haciendo que nuestra lengua obtenga lo que las demás lenguas modernas han obtenido: unificación”.<sup>70</sup> Como puede verse, entonces, para Mansilla ésta no es solamente una cuestión que atañe al universo literario, sino que se vincula directamente con el desarrollo y el progreso del país, y con su posicionamiento dentro del concierto de naciones mundiales, ubicando así en su lista de prioridades a la república argentina por encima de la república de las letras.

Sin embargo, resulta conveniente destacar que, si como menciona Mansilla, esta posición se funda de algún modo en la idea de volver a las lenguas más “democráticas”, adoptando las formas utilizadas en ese momento por la mayor parte de la población en lugar de aquellas prefijadas anteriormente, esto se contradice con ciertas características de la escritura de esta autora, como por ejemplo el uso constante de palabras o frases en lenguas extranjeras, principalmente el francés. De hecho, podemos encontrar referencias a esta cuestión en las producciones periodísticas de la escritora, en las que destaca siempre la dificultad de saber muchos idiomas a la hora de escribir, porque resulta mucho más arduo escoger qué términos utilizar. La conclusión que se desprende a partir del análisis de sus artículos, es que Eduarda pareciera solucionar este dilema incorporando muchas veces expresiones en otros idiomas. Entonces, si esta decisión se basara en el deseo de la literata de darse a entender mejor -al no encontrar una manera de transmitir la misma idea en castellano-, podría interpretarse como una pista contundente respecto del público potencial de esta autora, que seguramente maneje con fluidez el cambio idiomático, al tiempo que revela la falta de interés de Mansilla por expandir el círculo de lectores fuera de un núcleo determinado.

---

<sup>70</sup> Ídem, 281

Siguiendo con la idea anterior, podemos observar también un hecho algo curioso en lo que refiere a los destinatarios de los artículos de Mansilla, dado que en teoría estos están pensados para ser leídos por mujeres, como se explicita frecuentemente en la presentación de los escritos, pero se encuentran en verdad muchas más referencias a lectores hombres, ya sea en las dedicatorias de las cartas publicadas o en aquellos textos que refieren a la repercusión de las publicaciones de esta autora. Sin dudas, este fenómeno puede servir para ilustrar una de las mayores dificultades de las escritoras decimonónicas, que debían conseguir el reconocimiento de los varones para ganarse un lugar en el mundo de las letras, al tiempo que se esperaba que lograran despertar un sentimiento de identificación por parte de las mujeres.<sup>71</sup> En el caso de Eduarda Mansilla, parece claro que la referencia a un público exclusivamente femenino es meramente una formalidad, y basta con repasar los intercambios que mantiene con diversos hombres públicos a raíz de sus artículos para comprobar este hecho.

Como mencionamos previamente, a partir de los distintos modos en los que Eduarda Mansilla aparece retratada en la prensa decimonónica se evidencia una relación muy fluida y cercana con su público, anunciándose incluso los regalos que la autora recibe frecuentemente por sus publicaciones, “mis títulos de nobleza literaria”<sup>72</sup> como los llama la literata, para quién el reconocimiento es sin dudas un pilar sumamente importante de su carrera como escritora.

Además, conviene destacar que los escritos de Mansilla se publicaban muchas veces en formato de folletín, lo que implica un compromiso por parte de los lectores, que debían esperar a la siguiente entrega para avanzar con la lectura, y una preocupación constante de la escritora por mantener esa cuota de intriga que llevaba al público a buscar con avidez el siguiente número del periódico. Aquí, nuevamente, se puede ver la imbricación entre literatura y periodismo que se hace presente en los escritos periodísticos de la autora, puesto que la publicación de novelas en forma de folletín fue una constante durante todo el siglo diecinueve, que en las últimas décadas devino en medio no solamente para incrementar las ventas, sino también para sostener la profesionalización de los escritores.

---

<sup>71</sup> Batticuore, Graciela, *op. cit.*

<sup>72</sup> *El Nacional*, n° 11.077, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 618

Volviendo a la relación de esta autora con su público, puede advertirse a lo largo de sus escritos una intención muy marcada por parte de Mansilla de despertar la complicidad de sus lectores, que frecuentemente se explicita en sus artículos periodísticos. Como mencionamos más arriba, muchos de los textos de esta escritora tienen como finalidad última convencer a quién está leyendo de cierta opinión, y para ello resulta de gran ayuda el uso de un lenguaje intimista que la acerque a sus decodificadores. Frecuentemente, entonces, sus esfuerzos de persuasión devienen en la adopción de un tono que podríamos calificar como pedagógico, transformándose en una guía para quienes se encuentran del otro lado del periódico y haciendo casi siempre uso de su experiencia para posicionarse en un lugar superior, en el sentido de que su acervo biográfico le permite estar informada sobre ciertos tópicos a los que sería muy difícil acceder de otra manera.

Por otro lado, en la escritura de Mansilla se destaca el uso constante de la ironía, exponente asimismo de la sagacidad y el ingenio de la autora, y sin dudas uno de los rasgos más asociados a la herencia literaria de su hermano, Lucio V. Mansilla. Se advierte, además, que introduce en sus artículos una cuota importante de humor, frecuentemente por medio de bromas o ligeras chanzas. Siguiendo la idea del párrafo anterior, podríamos considerar estas incorporaciones como recursos a los que Eduarda apela para ganarse la gracia de sus lectores. Pero también es pertinente notar que muchas veces pareciera tratarse de una estrategia desplegada para alivianar, en cierta forma, temas que son en verdad serios. Más aún, puede argumentarse que el verdadero objetivo es el de llamar la atención sobre ciertas cuestiones, pero deslizándolas de manera “inocente”, posición a la que recurre mucho a lo largo de sus escritos, de modo tal de evitar un alejamiento del público o incluso una censura al escudarse detrás del elemento lúdico. El párrafo citado a continuación, extraído de un artículo publicado por *La Moda* y reproducido por el diario *El Nacional* en 1881, sirve perfectamente para ilustrar este argumento:

“Eso sí, la yankee no admite se le engañe, se le burle; se reserve exclusivamente tal derecho, *como compensación a lo mucho que las leyes, aun en Estados Unidos, niegan al sexo débil*. Pero no obstante debo reconocer que esas mismas leyes protejen, amparan y defienden á la mujer engañada que viene usando de su derecho, látigo o revolver en mano, á encararse con el fementido. Libreme Dios, compatriotas más, de aconsejaros el revolver homicida ni aún el

látigo humillante que cruza el rostro del traidor; pero francamente, casos hay en los cuales casi dan ganas de ser yankee. ¿Verdad?”<sup>73</sup>

Como puede verse, la primera impresión que nos dan estas palabras remite a una broma por parte de la autora para divertir a sus lectoras. Se advierte además, como mencionamos previamente, el uso de su propia experiencia en el país del Norte para captar la atención del público y dar una suerte de sustento empírico a su argumento. Sin embargo, si observamos más detenidamente podemos ver que el tema al que se refiere Mansilla es mucho más profundo, incursionando de lleno en la cuestión de los (no) derechos de las mujeres, y las fallas del sistema judicial, que “aun en Estados Unidos”, país que para Mansilla simboliza sin dudas el progreso en muchos aspectos, todavía tiene un largo camino por recorrer para alcanzar la justicia. Es de notar, a propósito de esta cuestión, que se trata de una estrategia que Mansilla utiliza sobre todo cuando aborda temas tocantes al rol de la mujer en la sociedad y que se repite a lo largo de toda su carrera como colaboradora de distintos periódicos.

De acuerdo con Marina L. Guidotti, una de las claves para leer la producción periodística de Mansilla es “desde su visión como mujer comprometida con el entorno”. En efecto, a través de sus escritos nos encontramos con una gran observadora de la sociedad, que no solamente es extremadamente minuciosa en sus descripciones y análisis, sino que demuestra una clara voluntad por transmitir sus impresiones al público, siempre con el objetivo de entretener pero, por sobre todo, de trazar una clara distinción entre lo que considera que está bien y lo que está mal, lo correcto y lo incorrecto, lo moral y lo inmoral, procurando en última instancia que el lector se ubique en el mismo cuadrante que ella y lo piense al menos dos veces antes de cruzar la línea divisoria.

#### **4. Artículos periodísticos de Eduarda Mansilla**

---

<sup>73</sup> Mansilla de García, Eduarda, “De la flirtation”, *El Nacional*, n° 10.335, Buenos Aires, 1881, en “Carta de la autora de Kate”, *La Ondina del Plata*, n° 37, Buenos Aires, 1877, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 429

Sin lugar a dudas, el elemento que vertebra la mayor parte de las intervenciones de Eduarda Mansilla en la prensa porteña se vincula con la cuestión de la nacionalidad, evidenciándose en cada uno de sus artículos una preocupación latente por la patria argentina y los modos más idóneos para engrandecerla. En este sentido, conviene tener presente el particular contexto en el que se publican estas producciones, que comienzan justo al unísono con la inauguración de lo que Natalio Botana daría en llamar “el orden conservador”, que según el autor se extiende desde 1880 hasta 1916.<sup>74</sup> Se trata de un período signado por el afán de consolidación del Estado Nacional cristalizado en el lema de “paz y administración” propuesto por la primera presidencia de Julio A. Roca, caracterizada en lo económico por el modelo agroexportador, y signada en su conjunto por el ideal de progreso.

Asimismo, es preciso destacar, dentro de este marco, la importancia creciente que se le dará a la reflexión en torno a la nacionalidad argentina, que frecuentemente se manifestó por medio de un álgido debate a propósito de la “construcción de la tradición nacional”, y se tradujo en un principio en “la instauración de una pedagogía de las estatuas.”<sup>75</sup> Evidentemente, se trata de un fenómeno muy ligado a la masiva experiencia inmigratoria que está atravesando la Argentina –atribuido en gran medida a la crisis agraria acaecida en Europa y las excelentes oportunidades económicas que ofrecía el país del Sur, tanto para trabajadores con intención de “hacer la América” como para grandes inversores-, y que hará eclosión hacia el cambio de siglo, cuando se lanzarán vigorosas estrategias de “argentinización” desde el estado<sup>76</sup>, pero que invitará asimismo a la reflexión personal de muchas de las personalidades más destacadas de la esfera política e intelectual, que comienzan a dar señales de alarma desde principios de la década del ochenta.

En este contexto, serán frecuentes las voces que se alzan para discutir respecto de cuál es el mejor camino para el desarrollo de la nación argentina, aquél que llevará indefectiblemente al tan anhelado progreso. Evidentemente, esta es una preocupación que se percibe de manera muy clara a partir de los escritos de Eduarda Mansilla, quién hace uso frecuente del recurso

---

<sup>74</sup> Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Edhasa, 1977

<sup>75</sup> Devoto, Fernando, *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 259

<sup>76</sup> Para un apunte más detallado de la relación entre inmigración y construcción de la nacionalidad pueden verse los trabajos de Lilia Ana Bertoni, por ejemplo, Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001

comparativo para establecer la posición en la que se encuentra Argentina y los cambios que a su juicio debieran realizarse. Se advierte, nuevamente, la importancia de la experiencia de la autora a la hora de escribir, ya que es precisamente su conocimiento de diversas latitudes geográficas el que le permite establecer estas comparaciones y señalar el camino que le resulta más idóneo, confiando siempre en la virtud de su subjetividad. Es preciso notar, a propósito de esta cuestión, que si bien Mansilla suele rescatar el valor de lo americano/argentino frente a producciones extranjeras, lo cierto es que Estados Unidos y Europa continúan siendo un punto de referencia insoslayable para la autora –y para la mayor parte de intelectuales de la época– una marca que, en todo caso, se puede mejorar, pero nunca superar en el sentido de darle la espalda por completo.

No es un dato menor, siguiendo con la idea anterior, que la primera colaboración publicada por Mansilla tras su regreso de Europa esté dedicada al estudio del sistema carcelario de Buenos Aires, como se anuncia desde las páginas del diario *El Nacional* el 13 de Junio de 1879. El artículo, titulado “Una visita á la Penitenciaría” y dedicado a la madre de la autora – Agustina Ortíz de Rosas-, fue reproducido por dicho periódico en la sección literaria y en formato de dos entregas, fechadas el 17 y 18 de Junio. “Es mi propósito estudiar esa fisonomía privada, íntima, real, de mi patria y para ello no me limito á buscarla en ese primer golpe de vista, tan atractivo que ofrecen sus galas más aparentes”<sup>77</sup>, advierte Mansilla al comienzo del artículo, denotando ese afán por el conocimiento y esa persistencia en pos de develar la esencia de cada fenómeno que atestigua, que se acerca mucho a lo que hoy catalogaríamos como estudio sociológico y se manifiesta a lo largo de toda la producción escrita de la autora.<sup>78</sup>

Como mencionamos previamente, pueden hallarse a lo largo de todo este artículo referencias a otras geografías con el fin de medir el grado de aptitud de la Penitenciaría porteña “cuya construcción puede rivalizar con las Penitenciarias de Inglaterra y Estados Unidos”.<sup>79</sup>

---

<sup>77</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Una visita á la Penitenciaría”, *El Nacional*, n° 9.865, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 295

<sup>78</sup> En relación al tópic sobre el que discurre el artículo citado, Claudia Román apunta que a partir de 1880 serán frecuentes los “reportajes” a cualquier elemento que sirva para denotar “los contornos del peligro urbano”, destacándose sobre todo la audacia del reporter, que no solamente consigue obtener una historia sino también regresar sano y salvo para contarla.

<sup>79</sup> Ídem, p. 302

Así advertimos, por ejemplo, que ésta se encuentra llena de luz, no hallándose “un solo rincón en donde el sol, el gran amigo de la naturaleza, no tenga el derecho de penetrar libremente”; y que cuenta además con un sorpresivo nivel de confort, que nada tiene que envidiarle en limpieza y comodidad a la de la Escuela Naval Francesa.<sup>80</sup> Se destaca asimismo reiteradas veces el “gesto suave y paternal” del Gobernador, Enrique O’Gorman, para con los reclusos, y el clima general de orden y respeto que impera en el ambiente.

“Pero el estudio de la vida en sus manifestaciones serias y severas ha despertado en mí la necesidad de juzgar con mayor severidad aquello que más amo”<sup>81</sup>, afirma la autora, y es por ello que se ve en la obligación de apuntar aquello que encuentra defectuoso, enfatizando sobre todo la imprudencia de mezclar en un mismo espacio a criminales ya juzgados y castigados, con individuos que aún no han recibido ningún tipo de veredicto por parte de la justicia, hecho que para la escritora se revela aún más grave al no conocerse “ninguna Penitenciaría del mundo que se halle en tales condiciones”.<sup>82</sup> Estas últimas líneas del artículo de Mansilla resultan muy interesantes no solo porque ilustran muy claramente el método de la comparación utilizado por la autora, sino porque refuerzan asimismo la confianza de la escritora en su propia subjetividad, por no decir intuición, que mencionábamos más arriba. En efecto, Mansilla aclara casi sobre el final que si bien no ha estudiado seriamente estas instituciones, esto es, que no ha realizado una verdadera investigación detallada y sistemática, cree sin embargo no equivocarse en su apreciación, lo que nos lleva nuevamente a esa mezcla de espontaneidad e ilustración que apuntaba Sarmiento a propósito del modo de escribir de Eduarda.

Por otro lado, se advierte a partir de los escritos periodísticos de la autora que sus pensamientos están muy marcados por el advenimiento de la modernidad, y los cambios que ésta suscita tanto a nivel internacional como nacional, y también en la relación entre estos dos planos. En un momento de la historia en el que a los intelectuales se les asignaba un rol protagónico como formadores de opinión, y en el que los lectores buscaban referentes para poder procesar los cambios vertiginosos que se sucedían, esta escritora va a encontrar en las

---

<sup>80</sup> Ídem, p. 298

<sup>81</sup> Ídem, p.296

<sup>82</sup> Ídem, p.303

páginas de la prensa un lugar privilegiado a través del cual transmitir sus inquietudes, temores y certezas frente al mundo en constante ebullición del que oficia como testigo.

Más aún, como apunta Julio Ramos en su libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, la crónica periodística va a ganar un papel absolutamente preponderante en aquellas ciudades que se encuentran en vías de modernización para el fin de siglo, destacándose sobre todo la autoridad de la palabra que emana de la pluma del corresponsal, quién tiene a su cargo la representación de la vida urbana de alguna ciudad desarrollada. Siguiendo al autor, encontramos que “la flexibilidad formal de la crónica le permitió convertirse en un archivo de los <peligros> de la nueva experiencia urbana; una puesta en orden de la cotidianeidad aún <inclasificada> por los saberes <instituidos>.”<sup>83</sup> Evidentemente, podemos encontrar muchas de estas características en los escritos periodísticos de Mansilla, que si bien no podría catalogarse como una corresponsal en el sentido estricto del término, cumplía muchas veces las mismas funciones, habilitada en gran medida por la asiduidad de sus desplazamientos geográficos, pero también por sus destacados atributos como observadora y narradora.

Conviene señalar, no obstante, que a diferencia de las crónicas modernistas, en los artículos de Eduarda Mansilla no asistimos a una “espectacularización de los signos amenazantes del progreso”, como propone Ramos, si no que encontramos que las más de las veces el tono de denuncia reemplaza a la estilización propuesta por la vanguardia literaria. Asimismo, es interesante notar que la palabra de esta escritora no es buscada únicamente por su conocimiento respecto de otras latitudes situadas en la proa de la modernización, sino que también despiertan mucha curiosidad sus observaciones a propósito de la sociedad argentina y, sobre todo, las relaciones, variaciones y superposiciones que Mansilla se permite realizar entre ambos planos geográficos, sociales y culturales.

En este sentido, una de las cuestiones que se repite a lo largo de su producción está vinculada con las nuevas actitudes observadas en la alta sociedad argentina, que para el período finisecular comienza a desarrollar un gusto cada vez mayor por la ostentación y el consumo, especialmente de artefactos comprados en el exterior, actitud que Mansilla reprueba y condena

---

<sup>83</sup> Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Caracas, El perro y la rana, 2009, p.214

en reiteradas oportunidades.<sup>84</sup> Esto se observa de manera muy marcada en un artículo publicado en el diario *El Nacional* el día martes 2 de Noviembre de 1880, en la sección de Modas, bajo el título “A propósito de fiestas”. Llama la atención, inicialmente, que este escrito esté dedicado “A mis compatriotas”, denotando la intención de nuestra autora por captar la atención de las mujeres argentinas como colectivo, en lugar de utilizar las habituales referencias a alguna amiga en particular, quizás con el objetivo de demostrar que se trata de un artículo que debiera ser de interés general. Allí, la autora se dedica de lleno a desacreditar esa reverencia que observa en las damas argentinas por todo aquello que haya sido “traído de afuera”, especialmente de París, dejando de lado su propio gusto y comodidad por copiar aquello que supuestamente está de moda en el viejo continente.

“Cuántas veces en ese París prestigioso, *mi fibra patriótica se estremeció acongojada*. <C-est pour l-exportation> decían con desdén las sacerdotistas de aquellos santuarios como el de Laferriere y Worth (...) Para la exportación, en esas casas son las telas que las Francesas desechan, los colores que no han tenido éxito, las formas estrafalarias que las caprichosas clientes no aceptan y todo aquello que representa mucho gasto y poco valor intrínseco.”<sup>85</sup>

Conviene señalar, no obstante, que no se trata de una opinión aislada. Como observa Francine Masiello en su libro *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, la defensa de lo que esta autora cataloga como “americanismo” y el rechazo de la copia de los modelos europeos se encuentran dentro de los rasgos más característicos del periodismo femenino de la época.<sup>86</sup> Sin embargo, lo que sí resulta novedoso es la posición a partir de la que Mansilla elige transmitir su visión. En algún punto, pareciera percibirse hasta un sentimiento de vergüenza respecto de sus propias compatriotas, que no están a la altura de las circunstancias y se rehúsan al “estudio difícil, pero grato, de aquello que les sienta bien”. De esta manera, si bien la autora afirma que “aquí una mujer de buen gusto puede

---

<sup>84</sup> Para más información sobre las nuevas costumbres adoptadas por la alta sociedad argentina, especialmente en cuanto a viajes, consumo, pasatiempos y conductas puede verse Losada, Leandro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008

<sup>85</sup> Mansilla de García, Eduarda, “A propósito de fiestas”, *El Nacional*, n° 10. 269, Buenos Aires, 1880, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 395

<sup>86</sup> Masiello, Francine, *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994

darse el tono de imponer la moda, como en todas partes”<sup>87</sup>, lo cierto es que parece ubicarse a ella misma en una posición de superioridad, adjudicándose el deber de abrirle los ojos a las damas de la sociedad argentina que, enceguecidas por el prestigio de “lo traído”, parecen incapaces de ver más allá del ruedo de esos vestidos de segunda mano.

Evidentemente, esta preocupación por el lugar de lo extranjero frente a lo nacional se ubica dentro de una problemática mayor que refiere al desconsuelo frente a la pérdida de costumbres propias que registran muchos observadores de la época. Así lo evidencia Eduarda Mansilla en una colaboración, publicada también en el diario *El Nacional* algunos meses después de la citada previamente, esta vez ubicada en la sección de Folletín bajo el título “Siempre sobre moda”.

“En nuestra sociedad ya no hay costumbres propias”, argumenta la autora, “los usos de nuestros mayores van desapareciendo uno a uno, suplantados ó por fantásticas creaciones de viajeros argentinos que no conocen de la Europa sino lo exterior (...) ó falseados por la mescolanza de extranjeros presuntuosos, mimados en este país como no lo fueron nunca en el suyo, por no pertenecer allí, y aquí viene de perlas, á lo mas distinguido de la sociedad.”<sup>88</sup>

Como puede verse, entonces, si bien la escritora afirma reiteradas veces a lo largo de su producción periodística el lugar especial que siempre le reserva a su patria, para con la que le resulta imposible ser imparcial sin destacar siempre que puede sus aspectos más grandilocuentes, lo cierto es que esta filosofía de “amar lo que admiro y admirar lo que amo” - extraída de su maestro Bermúdez de Castro- parece empañarse frecuentemente con apreciaciones como la previamente citada, que dejan al descubierto una mirada mucho más crítica y desencantada de la que podríamos adivinar en un primer momento.

Otro aspecto sumamente interesante del artículo citado algunas líneas más arriba, es que allí Mansilla hace alusión a la cuestión nacional en relación con el fenómeno inmigratorio. Si

---

<sup>87</sup> Mansilla de García, Eduarda, “A propósito de fiestas”, *El Nacional*, n° 10. 269, Buenos Aires, 1880, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 397

<sup>88</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Siempre sobre Moda”, *El Nacional*, n° 10.308, Buenos Aires, 1880, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 409

bien este es uno de los tópicos más frecuentes en el medio periodístico finisecular, y que responde en gran medida a los cambios observados en la dinámica social frente a una población en constante crecimiento –solamente entre 1880 y 1889 se registra un saldo inmigratorio de 622.202 habitantes-<sup>89</sup>, llama la atención que no es un tema al que la autora refiera en muchos de sus escritos. Es de notar, además, que si bien éste es uno de los pocos artículos en los que aborda el tema y, aún más, que elige hacerlo de manera casi indirecta, con un único comentario a propósito del argumento que venía desarrollando, lo cierto es que se trata también de una opinión muy contundente, que deja al descubierto el desagrado de Mansilla frente a los cambios que se suceden en la República Argentina.

A propósito de esta cuestión, resulta pertinente destacar un último artículo, publicado también en el diario *El Nacional*, el día 23 de Abril de 1883, en ocasión de la presentación de la obra teatral *Flor de un día*. Allí encontramos que la sala de la Opera exhibía el día del estreno una fisonomía un tanto peculiar, encontrándose “semblantes risueños, caras de esas que rara vez se ven los teatros (...) *En la cazuela noté hasta a una negra, ya algo anciana, que seguía con atención de crítico, la representación y aún parecía murmurar sotto voce, con sus carnudos labios los versos del Drama*”.<sup>90</sup>

Como puede verse, entonces, ya en las últimas décadas del siglo diecinueve empieza a registrarse una incomodidad por parte de la elite frente al ascenso social de ciertos grupos, y sobre todo, frente a su creciente visibilidad en ámbitos de la esfera pública que solían estar reservados para aquellas familias más encumbradas, provocando un creciente fastidio que, cada vez más, se irá mezclando con el temor frente a estos individuos que están alterando de manera permanente el *status quo* de esa “gran aldea” que desaparece ante sus ojos, traccionando a su paso una escalada de conflictos que harán eclosión con el cambio de siglo. En este sentido, resulta muy interesante notar que lo que más pareciera preocupar a Mansilla en el artículo citado no es la sorpresa al encontrar “una negra” en la cazuela de la Ópera, sino que ésta tenga la audacia de atreverse incluso a recitar los versos de la obra, desafiando de esta manera una ley

---

<sup>89</sup> Moya, José C., *Primos y extranjeros: La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004

<sup>90</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Páginas de Eduarda”, *El Nacional*, n° 11.002, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 573

tácita pero universalmente conocida, aquélla que determina a qué conocimientos le está permitido acceder a cada grupo socioeconómico, asegurando de esta forma que la alta cultura quede reservada únicamente para los miembros de la alta sociedad.

Siguiendo con esta idea, Fernando Devoto, en su ya clásico libro *Historia de la Inmigración en la Argentina*, propone que a partir de la década de 1880 –cuando se registra la primera gran oleada de inmigración masiva al Río de la Plata- la rotulación del migrante va a asociarse cada vez más a la idea de “trabajador, bueno o brutal, pero al que le están negados- al igual que a sus hijos-, por su código genético o por su herencia social, el supuesto refinamiento de las elites y por ende el acceder a sus círculos sociales.”<sup>91</sup> De esta manera, advierte el autor que las aprensiones generadas por la presencia masiva de extranjeros no se circunscribían únicamente a la preocupación por la cuestión de la identidad nacional, sino que emanaban también de la amenaza percibida por las elites sociales, “imaginariamente asediadas” por el ascenso social de algunos recién llegados.<sup>92</sup>

Sin dudas, se trata de una actitud que no solamente puede observarse en Eduarda Mansilla, sino que es característica de los altos círculos de la época, atrapados en esa eterna disyuntiva entre la voluntad de contribuir con el avance del progreso del país por medio de la inmigración y del desarrollo del circuito cultural, y la preocupación simultánea porque esta expansión no vaya demasiado lejos, por fuera de los márgenes que los propios impulsores puedan controlar. En este sentido, es preciso mencionar que la expansión del universo de la cultura y su irradiación a nuevos sectores no tan vinculados con la elite letrada darán impulso a una nueva división, contraponiéndose por ejemplo las bibliotecas populares que comenzaron a construirse durante la presidencia de Sarmiento, con la proliferación de bibliotecas privadas, más vinculadas con las aspiraciones de poder y el prestigio que emanaba de “la posesión y exposición de libros, prolijamente ordenados y lujosamente instalados”.<sup>93</sup> En esta misma línea, las elites demostrarán un interés cada vez mayor por controlar el acceso de las clases más bajas a los medios culturales, que irá desde la preocupación por la corrupción moral de las masas por

---

<sup>91</sup> Devoto, Fernando, *op. cit.*, p.34

<sup>92</sup> Ídem, p. 258

<sup>93</sup> Eujanián, Alejandro, “La cultura: público, autores y editores” ..., p. 563

medio de instrumentos como la lectura, a la preocupación por la corrupción de la esfera cultural frente al avance de colectivos sociales de distinto origen o posición socioeconómica.

A partir de estas coordenadas, entonces, podemos comprender en mayor medida las estrategias desplegadas por Mansilla a la hora de escribir sus colaboraciones para la prensa porteña. Si, como mencionamos previamente, éstas suelen tener una fuerte inclinación pedagógica y persuasiva, encontramos también muchas veces un tono que podríamos catalogar como “moralizador”, en el sentido de que la escritora intenta recordar a sus lectores los valores sobre los que debiera fundarse la sociedad, al tiempo que invita a reflexionar sobre el comportamiento a nivel individual. Este aspecto de la escritura de la autora se advierte sobre todo en aquellas páginas en las que se ocupa de dar su opinión sobre la cuestión de la religión, realizando siempre una defensa acérrima de la importancia de las creencias en general, y del catolicismo en particular.

En este sentido, conviene señalar, nuevamente, el particular contexto en el que se inscriben estos escritos. Porque si hubo un tópico recurrente en las páginas de la prensa a lo largo de las últimas décadas del siglo diecinueve, debe destacarse indudablemente aquél vinculado con el anticlericalismo. Éste se instaló como uno de los temas principales de la agenda pública de diversas maneras. Por un lado, estaba apoyado en un distanciamiento por parte de las elites respecto de la tradición colonial ligada a la corona española y el poder de la Iglesia. Por otro, se enmarcaba en un clima de ideas más amplio cristalizado en el conflicto entre la religión y la ciencia. De esta manera, los defensores del movimiento secularizador iban a basar sus opiniones en una asumida incompatibilidad entre la herencia católica y el mundo moderno, que se verificaba asimismo en una oposición entre la herencia cultural de la Europa católica, sinónimo de atraso y decadencia, y la Europa nórdica y protestante, símbolo de progreso, industria, y civilización al que aspiran las elites ilustradas argentinas. Siguiendo a Halperín Donghi, entonces, el principal debate político-ideológico que se abre en 1880 y responde a la polémica en torno a la sanción de las leyes laicas, será en verdad muy pobre debido a que “se libra contra una fuerza que aparece en retirada, luego de haber sufrido golpes que parecen decisivos a su prestigio”.<sup>94</sup>

---

<sup>94</sup> Halperín Donghi, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 244

A propósito de esta cuestión, el historiador Roberto Di Stefano propone que hasta la década de 1860 resulta imposible hablar de una “relación” entre la Iglesia y el Estado, puesto que éstas no constituían bajo ningún punto de vista dos esferas separadas, sino que la primera era considerada un órgano constituyente del cuerpo político. Señala, asimismo, que uno de los principales motivos de escisión –más allá de los mencionados en el párrafo anterior- se vincula muy directamente con el fenómeno de la inmigración. En efecto, si el caudal inmigratorio era considerado como uno de los impulsos motores indiscutidos del progreso futuro, a los ojos de sus promotores liberales la institución eclesiástica no representaba más que un obstáculo, una expresión de sociedad jerárquica y corporativa que se revelaba absolutamente incompatible con la apetencia de éxito individual que se infiltraba cada vez más a lo largo y a lo ancho de la pirámide social argentina. De esta manera, apunta Di Stefano, para comienzos de la década del noventa los entusiastas católicos ya no tendrán prácticamente más opción que refugiarse detrás de la acción social, relegando la intervención política a un segundo plano.<sup>95</sup>

Este contexto adverso, sin embargo, no detendrá a Eduarda, más bien todo lo contrario. Ya en 1873, mientras la autora se encuentra todavía fuera del país, se publica en el diario *El Americano*, editado en París por Héctor Varela, una correspondencia escrita por Mansilla bajo el título “Una carta interesante”, en la que “la notable escritora americana” se ocupa de “una de las cuestiones sociales de mas trascendencia y tal vez de mas actualidad en los momentos que corren- la cuestión religiosa”.<sup>96</sup> Allí, la autora se propone relatar una historia transmitida por tradición oral sobre la llegada de una estatua milagrosa de la Virgen a las orillas del Boulogne y la conmemoración celebrada todos los años en dicho lugar, aprovechando para reflexionar sobre el espíritu religioso, su relevancia, y las distintas maneras en que éste se manifiesta en diversas partes del mundo y entre distintas generaciones.

Entonces, recurriendo nuevamente al humor para manifestarse sobre los tópicos a los que asigna mayor importancia, Mansilla apunta: “Felizmente, si tomamos la frivolidad, la ligereza francesa, bien podemos también por moda imitar este movimiento religioso que

---

<sup>95</sup> Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000, p. 342-353

<sup>96</sup> “Una carta interesante”, *El Americano*, n° 37, París, 1873, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 256

empieza á abrirse paso frente a la incredulidad y el materialismo”. Y agrega: “Se me figura que nuestros pensadores y políticos argentinos descuidan por demás un elemento social y político que nuestros americanos del Norte cultivan con especial ahínco: el espíritu religioso.”<sup>97</sup>

Como mencionamos más arriba, éste es un tópico al que Mansilla volverá con asiduidad en sus colaboraciones periodísticas, introduciéndolo siempre que le resulta posible con el objetivo de reivindicar la importancia de la religión en todas sus facetas. De esta manera encontramos, por ejemplo, en el artículo previamente citado que versa sobre la visita a la Penitenciaría, que la religión resulta indispensable para los reclusos porque “consuela y enseña a esperar”.<sup>98</sup> De manera similar, argumenta en varias oportunidades la significancia que tienen las creencias bien arraigadas para el sexo femenino, sobre todo si se tienen en cuenta las grandes penurias a las que debe someterse. Es de notar, además, que esta línea argumental suele ir siempre acompañada de una reflexión respecto de la tensión entre ciencia y religión, tópico muy frecuentado en el período finisecular:

“No soy liberal á la manera de los que hacen gala de no creer. (...) ¡Felices los que pueden bastarse a sí mismos y hallar en las horas amargas de la vida, aliento y consuelo en la ciencia pura! Esos son los aristócratas del pensamiento”, argumenta la autora en un artículo publicado en el diario *La Nación* el 28 de Julio de 1883.<sup>99</sup> Casi un año después, puede leerse en las páginas de *El Nacional* una colaboración de Mansilla bajo el título “Opinión de una dama. Ser ó no ser”, en la que apunta, por un lado, que “no es posible, que los espíritus más adelantados en este país, pretendan hacer de sus esposas, de sus hijas ó de sus hermanas, libres pensadoras ó protestantes”, agregando más adelante que “es tiempo ya de decirlo bien alto: se puede ser católica é instruida á la vez”.<sup>100</sup>

---

<sup>97</sup> Ídem, p. 267

<sup>98</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Una visita á la Penitenciaría”, *El Nacional*, n° 9.866, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 299

<sup>99</sup> Mansilla de García, Eduarda, “La educación de la mujer”, *La Nación*, n° 3.872, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 625

<sup>100</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Ser ó no ser”, *El Nacional*, n° 11.321, Buenos Aires, 1884, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 645,646

Como puede verse, es frecuente advertir en el pensamiento de Mansilla oscilaciones constantes, que justamente por hacerse presentes a lo largo de toda su escritura ya no resultan contradictorias a los ojos de los lectores, sino que forman parte de su estilo personal. En muchos casos, estas intervenciones pueden relacionarse con esa cuota de inocencia mencionada anteriormente, que la habilita a hilvanar pensamientos que parecieran totalmente disímiles, y sin embargo ella los vuelve una herramienta para consolidar su posición de escritora al reiterarlos a lo largo de toda su producción. Como apuntamos algunas líneas más arriba, y puede advertirse en la última oración del párrafo citado previamente, este juego, por llamarlo de alguna manera, se patentiza sobre todo en aquellas colaboraciones que refieren a la cuestión de la mujer, en el sentido amplio del término.

Siguiendo con la idea anterior, encontramos por ejemplo un artículo escrito por Mansilla desde Estados Unidos y publicado en 1878 por *La Biblioteca Popular de Buenos Aires*, en el que la autora recomienda a la obra *Evangelina* de Longfellow como un presente apropiado para regalarle a una mujer, ya sea ésta hija o amante, porque “hoy las galas femeninas han de tener mucho de intelectuales para ser durables y no pasar de moda. El mundo no volverá jamás a las sombras de que vá saliendo y la moda hoy reinante no cambiará: la mujer, compañera y no juguete del hombre”.<sup>101</sup> Sin embargo, pasado un año de este escrito, en una colaboración para el diario *El Nacional* a propósito de “El gran baile del Progreso”, Mansilla recrea en la introducción una escena protagonizada por doncellas y caballeros, incorporando también diosas griegas y romanas, con el fin de puntualizar que también ellas “realzaban los divinos atractivos”, puesto que para el sexo femenino “ley de naturaleza es agradar”.<sup>102</sup> Más aún, la autora afirma que el arte de embellecerse forma parte del “arsenal de combate de la mujer”, quién según la autora conoce *instintivamente* las leyes de la estética que le permiten oficiar como *complemento* de la belleza de la naturaleza.

De esta manera, advertimos cómo Mansilla adopta para su producción periodística una línea argumental pendular, que va de la reivindicación de la intelectualidad femenina y su

---

<sup>101</sup> “Crítica literaria de la *Evangelina* de Longfellow”, *La Biblioteca Popular de Buenos Aires*, 1878, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 289

<sup>102</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Date Lilia”, *El Nacional*, n° 9.883, Buenos Aires, 1879, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 321

equiparación con el sexo masculino, por lo menos en los roles dentro de la propia pareja, es decir, lo que refiere a la esfera privada, a disertaciones que parecieran ubicarse en el extremo opuesto, destacando a la belleza como atributo máximo al que una mujer puede aspirar, y más aún, estableciéndolo como algo dado por las leyes de la naturaleza, que ubicarían al sexo femenino siempre en una posición si no de inferioridad, por lo menos de complemento, y permanentemente a la espera de la aprobación externa, negando así la posibilidad de autorrealización.

También en una colaboración para el periódico *El Nacional*, publicada en la sección literaria el 15 de Enero de 1881 bajo el título “Publicidad”, puede advertirse esta posición dicotómica por parte de la autora, en este caso en un artículo que versa sobre la situación actual del periodismo, y sobre todo, los límites que éste no debiera cruzar, como puede ser el caso de la intromisión en la vida privada o, en otra escala, el hecho de pronunciarse sobre materias científicas. Allí, Mansilla va a afirmar que las mujeres no debieran entrar en contacto con el mundo de la prensa, haciendo hincapié en la debilidad de los corazones femeninos, que según la autora no estarían preparados para soportar aquellas “descripciones brutales, groseras, repugnantes” que abundan en las páginas de los diarios y “hieren las fibras mas puras, delicadas de la fracción femenina de la sociedad.”<sup>103</sup>

Sin embargo, a la par de estas caracterizaciones, que ubican nuevamente a la mujer en un lugar de inferioridad, indefensa e incapaz de controlar sus emociones, la autora advierte: “Téngase en cuenta que el diarismo vive precisamente del sufragio universal, ese soberano absoluto del siglo XIX constituido en gran parte en América por las mujeres”. De esta forma, si bien Mansilla adhiere en un primer momento a las concepciones de la época que asocian a la mujer con una posición de debilidad, lo cierto es que también acaba por reivindicarlas como *consumidoras*, advirtiendo a los editores sobre los peligros de descuidar a esa porción del público lector, no por cuestiones morales sino por razones más prácticas vinculadas con el financiamiento de la industria.

---

<sup>103</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Publicidad”, *El Nacional*, n° 10.328, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 428

De manera similar, en el artículo previamente citado publicado en 1833 por el diario *La Nación* y dedicado al Sr. Francisco Lagomaggiore, Mansilla comienza abogando por el trabajo manual para la mujer, no solamente como pasatiempo de las damas acomodadas, sino como una de las ocupaciones “que hacen vivir aquí a muchas familias”<sup>104</sup>, destacando que las costureras se encuentran dentro de las mujeres “que más ganan con su trabajo” y respaldando, de alguna manera, la opción del desarrollo profesional para el sexo femenino, al reconocerlo como dato de la realidad social argentina y mundial. Resulta curioso, sin embargo, que el argumento destacado por la autora para abogar a favor de la ocupación manual sea que ésta es recomendada incluso para los oficiales del ejército, asignándole de esta forma supuestos beneficios por tratarse de una actividad desempeñada por varones, como si esto trajera aparejado algún componente de superioridad. Más aún, sobre el final del texto la autora afirma: “no soy partidaria de la emancipación de la mujer, en el sentido de creer que ésta podrá luchar con el hombre en el terreno de las ciencias y en su aplicación profesional”<sup>105</sup>, de modo que no solamente queda desestimado su comentario inicial respecto de la inserción de la mujer en el mundo laboral, sino que también nos obliga a preguntarnos respecto de cuál era su posicionamiento respecto de su propia carrera profesional como escritora, puesto que a lo largo de su producción nunca se advierte duda alguna sobre su desempeño por el simple hecho de haber nacido mujer.

En este sentido, resulta sumamente interesante un artículo atribuido a D. F. Sarmiento, publicado el 2 de Abril de 1880 en el diario *El Nacional*, bajo el título “Cartas a señoras”, y que comienza de la siguiente manera: “Hace tiempo que hemos protestado contra las costumbres políticas tan hombrunas de nuestro pueblo, que excluyen a las mujeres de tomar su parte en los actos públicos, tales como asistir a los debates de Congreso (...)”. De esta manera, y luego de defender enfáticamente la participación política de la población femenina, asegurando incluso que el candidato que opinara de igual manera tendría garantizada la presidencia, el autor pasa a citar un fragmento de una carta escrita por Eduarda Mansilla, en la que la escritora manifiesta su completo apoyo al liderazgo político de Sarmiento, advirtiendo previamente que “es preciso

---

<sup>104</sup> Mansilla de García, Eduarda, “La educación de la mujer”, *La Nación*, n° 3.872, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 621

<sup>105</sup> Ídem, p.629

ser mujer y mujer de letras, y autora de bellas composiciones, para escribirle a un cófrade con su letra diplomática, es decir grande y clara (aquellas palabras)”.<sup>106</sup>

Es de notar, siguiendo con la idea anterior, el modo en que este cronista caracteriza a Eduarda Mansilla, especialmente si se tiene en cuenta que se trata de un artículo que versa sobre la participación política de la mujer, y más aún si se repara en que, como mencionamos más arriba, es una cuestión frente a la que esta escritora solía posicionarse en contra, al menos en lo discursivo. Y es esta última una salvedad muy importante, porque si el dicho propone: “haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago”, en la figura de Mansilla pareciera verificarse la operación contraria, presentando argumentos que frecuentemente no se condicen con su accionar, faceta en la que muestra su costado más disruptivo con las reglas socioculturales de la época, y que puede llevar a un observador contemporáneo como Sarmiento a ubicarla como referente de mujer profesional exitosa, anteponiendo de alguna manera sus datos biográficos a sus reflexiones escritas.

Se asiste, como mencionamos previamente, a un juego pendular introducido por la autora, que alterna constantemente entre la crítica y la conformidad, la acción y la pasividad. Esto puede observarse de manera transparente en un artículo publicado por *El Nacional* el día 11 de Abril de 1881, titulado “A los cazadores”, donde Eduarda se pronuncia en contra de la caza indiscriminada, y reclama por la imposición de multas para quienes realicen esta actividad sin el permiso debido. Resulta muy elocuente destacar el modo en que está organizado el relato, dedicando casi la totalidad del escrito a proveer una descripción minuciosa respecto del funcionamiento de la caza en el viejo continente y sistematizando una comparación entre países como Francia, Inglaterra y Escocia, para luego transmitir su verdadera preocupación recién en los últimos dos párrafos, agregando finalmente lo siguiente: “Pero olvidaba que no tenemos al efecto disposiciones ni cosa que se le parezca; y como yo no soy legislador, solo puedo esclamar como el chiquillo. Quien cuida aquí de los pájaros, quien?”<sup>107</sup>

---

<sup>106</sup> Sarmiento, Domingo Faustino, “Cartas a señoras”, *El Nacional*, n° 10.097, Buenos Aires, 1880 en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.363

<sup>107</sup> Mansilla de García, Eduarda, “A los cazadores”, *El Nacional*, n° 10.397, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 642

Conviene puntualizar entonces que no se trata de una organización inocente, sino que la autora elige deliberadamente realizar esa extensa descripción como forma de mostrar su vasto conocimiento respecto del asunto que está tratando. Y precisamente por este motivo resulta difícil de concebir que la comparación de sí misma con un infante haya sido azarosa, especialmente si se tiene en cuenta que durante la época era muy frecuente la equiparación de la condición de las mujeres con la de los niños, sobre todo en materia de derechos. De la misma manera, es oportuno observar que si bien aclara que no tiene el cargo de “legislador”, y en ningún momento lo reclama abiertamente, lo cierto es que se ocupa de dejar en claro que sabe muchísimo más que cualquiera que sí esté en posición de sancionar leyes, recurriendo nuevamente al uso de estos elementos disruptivos parciales, de la introducción de la protesta casi “camuflada”, capaz de resultar completamente imperceptible para quién así lo desee.

\*\*\*

Tal como expusimos al comienzo de este capítulo, la segunda mitad del siglo diecinueve nos enfrenta a una prensa que se encuentra aún en vías de construcción, un laboratorio de experimentación en el que el camino a seguir se decide a fuerza de prueba y error. Dentro de este marco, una de las mayores aspiraciones será dejar atrás el periodismo faccioso característico del período anterior a la batalla de Caseros. Notamos, sin embargo, que la prensa política no perderá su lugar protagónico, sino que perfeccionará su actuación al tiempo que comenzará a compartir cartel con otro tipo de publicaciones, vinculadas con el universo intelectual y cultural pero también nucleadas en torno a determinadas colectividades de ultramar o definidas por particularidades del soporte material.

Siguiendo con la idea anterior, advertimos que la preocupación por el desarrollo de una prensa vigorosa y estable –sobre todo en términos de financiamiento- se servirá de diferentes estrategias, algunas vinculadas con la implementación de nueva tecnología- ya sea por medio de nuevas técnicas de impresión o aprovechando los beneficios que ofrecen novedosos instrumentos como el telégrafo- otras ligadas a renovados métodos de comercialización, como puede ser el voceo callejero, y la modificación del contenido de los periódicos. Es de notar, en este sentido, el creciente esfuerzo desplegado por los hombres de prensa no solamente para

satisfacer las demandas del público lector, que se amplía notablemente gracias a la inmigración ultramarina y las campañas de alfabetización, sino también para crear consumidores, sirviéndose para ello de distintos métodos que apuntan a la mejora del producto.

Como mencionamos más arriba, es probable que la característica más saliente de la prensa porteña decimonónica sea su diversidad, que se verifica no solamente en relación al amplio espectro de publicaciones, sino también si se tiene en cuenta la heterogeneidad de los equipos de trabajo que la hacían posible, tanto en términos de origen y actividad desempeñada como en cuanto a objetivos personales. De esta manera, ambiciones más vinculadas con lo político convivían con otras más cercanas al desarrollo artístico o la consolidación de la imagen pública, por lo que podría afirmarse que el periodismo no era casi nunca la única actividad desarrollada por sus hacedores, así como tampoco solía considerarse como un fin en sí mismo. Conviene destacar, además, que si bien muchos individuos de los cuadros dirigentes veían a la prensa como un elemento insoslayable para el desarrollo del civismo, la consolidación del Estado y el progreso del país en su conjunto, era posible encontrar también opiniones más reticentes y desencantadas, contribuyendo así a la construcción de esa imagen vibrante y escurridiza que nos ofrece el cuadro del mundo periodístico decimonónico a orillas del Río de la Plata.

Siguiendo con la idea anterior, es interesante notar como Eduarda Mansilla se adecuaba a muchas de las características previamente presentadas, destacándose su aparición en la prensa porteña no solamente gracias a sus colaboraciones periodísticas, sino también por medio de la mención al resto de sus actividades, tanto sociales y culturales como profesionales, destacándose sus dotes para la sociabilidad así como también su desempeño como literata y dramaturga.

Como vimos, el lugar de absoluta relevancia que Mansilla supo conquistar por medio sus artículos periodísticos puede ser analizado desde distintos focos, ya sea atendiendo a los medios en los que publicó –contando en su haber no solamente a los diarios más influyentes sino que destacándose también su amplio repertorio-, como analizando la forma en que es introducida y descripta por sus contemporáneos y, por supuesto, reparando en la estrecha relación que mantuvo con su público.

A propósito de esta última cuestión, mencionamos que el fructífero diálogo que Mansilla estableció con sus lectores pudo deberse, entre otras cosas, a las principales características de su escritura. En este sentido, destacamos, por un lado, su compromiso con un estilo sencillo, despojado de pomposidades y muy cercano a los códigos de la oralidad, que sin dudas vuelve a sus textos no solo más accesibles sino también más pregnantes, apelando a la simpleza sin perder de vista la armonía y la belleza. También en esta línea, apuntamos la espontaneidad que la escritora supo imprimirle a sus textos, acercándola a sus lectores por medio de la confidencia, el humor y la ironía, pero haciendo uso también de una marcada vocación de complicidad.

Destacamos, además, el recorrido que realiza la autora por distintos registros y, sobre todo, la apelación constante a su acervo biográfico, que no solamente le garantiza un posicionamiento único, ubicándose simultáneamente como protagonista y testigo de los sucesos narrados, sino también como traductora en el sentido amplio del término, mediadora entre sociedades y culturas, escritora viajera que vincula mundos y lenguas y funciona de alguna manera como un puente que acerca a sus lectores no solamente a distintas latitudes y geografías, sino también a otras épocas y tradiciones por medio de la palabra escrita.

Como vimos, dentro de los principales tópicos transitados por Mansilla a lo largo de sus colaboraciones para la prensa se destacan sus reflexiones respecto de la nación, la modernidad, la religión y el rol de la mujer, entre otras, advirtiéndose frecuentemente una intención marcadamente pedagógica en su escritura, que la convierte de alguna manera en un perro lazarillo para sus lectores, indicándoles el camino que deberían seguir y recurriendo incluso a estrategias vinculadas con un esfuerzo moralizador.

Notamos, también, que subyace a muchas de estas exposiciones un movimiento pendular, que va de la crítica abierta a la aceptación, de la confrontación a la pasividad, de la chanza a la seriedad, en un juego infinito que normaliza las contradicciones al volverlas parte constitutiva de la voz que Mansilla ofrece públicamente. Nos detendremos en esta cuestión en el próximo capítulo.

### Capítulo III Eduarda Mansilla y la construcción de su propia excepcionalidad

*“El talento de Eduarda Mansilla es tan vario, tan general, tan brillante, tan adaptable á todas las manifestaciones de la inteligencia humana, que nada me sorprendería verla uno de estos días pulsando la lira, ensayando hacerse coronar también como Carolina Coronado, ó Gertrudis Gómez de Avellaneda”*<sup>108</sup>

El objetivo del presente capítulo es el de analizar el lugar particular a partir del cual Eduarda Mansilla construyó su inconfundible voz en la prensa porteña decimonónica. El análisis parte de una observación que subyace a todos los artículos recopilados que hacen mención a esta literata y refiere puntualmente a la posición de absoluta excepcionalidad con que era referida por parte de sus contemporáneos, como puede adivinarse por ejemplo a partir de las líneas citadas más arriba, que la describen como una mujer poseedora de un talento tan singular como abarcativo.

Sin embargo, la aproximación que se propone en las páginas subsiguientes intentará demostrar que esta posición excepcional no se reduce solamente a una caracterización de Eduarda Mansilla realizada por sus coetáneos, sino que se trata en verdad de una imagen auto construida por la propia escritora, una decisión consciente que tiene por objetivo lograr un posicionamiento determinado dentro del medio periodístico finisecular.

Siguiendo con esta idea, se relevarán en el segundo apartado los obituarios publicados en la prensa nacional a propósito del fallecimiento de Eduarda Mansilla, con el fin último de analizar el modo en que los principales medios vigentes decidieron recordarla y, especialmente, el lugar que se le dio –o no- a la imagen que la literata buscó construir de sí misma por medio de la palabra escrita.

---

<sup>108</sup> “Mujeres Célebres Americanas. Eduarda Mansilla de García”, *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, 28 de Diciembre de 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 558

## 1. Eduarda Mansilla y la construcción de su propia excepcionalidad

En una carta firmada por Lucio V. Mansilla, publicada el 28 de Octubre de 1879 por el diario *El Nacional*, y dedicada –como indica el título- “A mi hermana Eduarda”, puede leerse la siguiente oración introductoria: “Eres en extremo original”. Punto y aparte. Apenas cuatro palabras le bastan al creador de descripciones tan meditadas, extensas y detalladas como las que se encuentran en *Una excursión a los indios ranqueles* para presentar a su hermana públicamente de la manera más sincera, fidedigna y contundente. Es que, en efecto, si hay un elemento de la personalidad de Eduarda Mansilla que sobresale a partir de las letras de molde que ofrecen los periódicos finiseculares porteños esa es precisamente su singularidad, que se patentiza a partir de esa originalidad extrema a la que remite su hermano, convirtiéndola no solamente en una figura única e irremplazable, sino también absolutamente excepcional.

A propósito de esta cuestión, conviene destacar que si bien el atractivo de Eduarda Mansilla excede con creces a su núcleo familiar, lo cierto es que éste no puede soslayarse, especialmente si se tiene en cuenta que se trata de una familia sumamente singular en el contexto de la elite porteña. En este sentido, podría argumentarse que es esta coyuntura de formación un tanto atípica la que posteriormente permitirá a Eduarda, en algún punto, desenvolverse cómodamente por fuera de los ámbitos que se suponían reservados para una dama proveniente de los círculos más acomodados en el período finisecular. Si, como la mayoría de las niñas de su grupo social, Mansilla recibió una formación intelectual y artística que incluía idiomas y lenguaje musical, entre otros, el hecho de que estas lecciones se impartieran en el seno de una familia compuesta, por parte paterna, por un general militar – Lucio Norberto Mansilla- asociado con una larga tradición de defensa de la patria, primero como héroe de la Independencia y posteriormente como protagonista de la batalla de Vuelta de Obligado, y por parte materna, por Doña Agustina Ortiz de Rosas, la hermana menor de una de las figuras más relevantes de la historia nacional, Juan Manuel de Rosas, agregan a su biografía una cuota de excentricidad y particularidad difícilmente replicables.

Dos anécdotas bastan para ilustrar la singularidad de la familia Mansilla, y también la de Eduarda. En primer lugar, aquella historia que relata su hermano, Lucio V. Mansilla, en una de sus causeries más famosas “¿Por qué?”, en la que se propone develar los motivos de su temprano viaje a Oriente, aludiendo que se debió a que un día su padre, después de encontrarlo

leyendo *El contrato social* de Rousseau, le advirtió: “Mi amigo, cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rosas no lee *El Contrato Social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho”. Si bien es probable que se trate de una escena ficcional utilizada por el propio Mansilla con el fin de crear para sí una imagen de excepcionalidad, lo importante es que los datos con los que cuenta el público acerca de esta familia la vuelven verosímil. Asimismo, la caracterización de Eduarda como una niña que se encontraba por fuera de los parámetros establecidos se vuelve patente en aquella escena tan citada, en la que nuestra protagonista, con apenas once años, debe officiar de intérprete entre su tío, que no sabía francés, y el conde Walewski, enviado del rey Luis Felipe para unas negociaciones diplomáticas. De esta manera, podemos ver a la pequeña Eduarda desenvolviéndose con soltura en un ámbito que debiera serle totalmente ajeno, algo que se repetirá en diversas circunstancias a lo largo de toda su vida, confirmando así el pasaje de niña a mujer atípica, y contribuyendo asimismo a la singularidad de la familia Mansilla en su conjunto.

Sin lugar a dudas, esta posición de marcada excepcionalidad es avalada, sostenida y alimentada por sus contemporáneos, que no pierden ocasión de retratarla de esta manera desde las páginas de la prensa. De esta manera encontramos, por ejemplo, que los cronistas de la época se reservan siempre un apartado especial para referirse a Eduarda Mansilla. “Entre las matronas que concurrieron recordamos á las señoras de Ocampo, Palacios, Lastra (...) y la distinguida literata Eduarda Mansilla de García”, puede leerse en una crónica publicada en el diario *La República* a propósito del “Baile en el Progreso”, destacándose nuestra autora como la única que no se ubica bajo la categoría de “esposa de”, conservando no solamente su apellido, sino que resaltándose también sus atributos profesionales. Lo mismo sucede en un artículo que versa sobre un baile organizado en la casa del Dr. D. Diego de Alvear, que reunió a “nuestra más elegante y aristocrática sociedad”, de la que sobresale “la distinguida literata argentina Eduarda Mansilla de García, que vierte en sus conversaciones la sal ática de su génio espiritual y brillante”.<sup>109</sup> Nuevamente, es preciso mencionar que Eduarda no solamente es una de las pocas

---

<sup>109</sup> “El gran baile de anoche”, *El Nacional*, n° 10.230, Buenos Aires, 1880, en “Mujeres Célebres Americanas. Eduarda Mansilla de García”, *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, 28 de Diciembre de 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 387, 390

damas en recibir una caracterización tan extensa, sino que es la única que amerita una mención de sus cualidades intelectuales.

De manera similar, puede leerse en la edición de *El Nacional* del 23 de Octubre de 1883, a propósito de una reunión en la residencia de Mansilla que “La *impareggiabile* dueña de casa sabe imprimir á sus recibos el *cachet* de artística originalidad que le es peculiar, reuniendo en derredor suyo una pléyade brillante que, en la especialidad que á cada uno es personal, forma el detalle de un conjunto del que Eduarda es el centro radiante”.<sup>110</sup> Pero estas palabras no se destacan únicamente por el modo en que retratan a la “incomparable” anfitriona y su “signo característico” de originalidad, sino porque también mencionan más abajo una cualidad típica del comportamiento de Eduarda, capaz de “multiplicarse” y “desdoblarse” hasta el infinito para realizar todo tipo de actividades, en las que por supuesto se desempeña de manera eximia.

En efecto, al adentrarse el lector en las publicaciones periódicas decimonónicas, se encuentra con una Eduarda Mansilla completamente multifacética y absolutamente infalible, que reporta un desempeño único en todo lo que se propone. No resulta sorprendente, entonces, que sea catalogada, entre otras distinciones, como la pionera absoluta en lo que refiere al desarrollo de la dramaturgia argentina. “¿Quién será el osado paladín que se atreva á dar principio á la hora del combate?”, se pregunta un colaborador anónimo del periódico *La Libertad* a propósito de esta cuestión, y responde “¡Una mujer!”<sup>111</sup>, confirmando nuevamente la capacidad de Mansilla para apartarse del camino vulgarmente conocido, con su originalidad excepcional como estandarte.

Pero no solamente sus contemporáneos hacían gala de la singularidad de Mansilla, sino que también ella misma se preocupaba por sostener esta caracterización. Aún más, podríamos afirmar que fue en verdad Eduarda la artífice de su propia excepcionalidad, construyendo para sí una imagen pública determinada que se fue consolidando a lo largo de su vida hasta quedar inmortalizada después de su fallecimiento.

---

<sup>110</sup> “Chez Eduarda”, *El Nacional*, n° 11.158, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 638

<sup>111</sup> *La Libertad*, n° 2.394, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 588

“Yo que no me parezco a ciertos viajeros modelo, vanidosos en exceso, no tengo el menor inconveniente en *confesar*, no haber visitado ciertos países o lugares notables...”, así comienza un artículo publicado por el diario *El Nacional* en Junio de 1881, en el que agrega además que “como soy incorregible” de nada sirve ocultar que tampoco conoce ciertas óperas famosas y ya canonizadas por los supuestos expertos “aun a truce de escandalizar a muchos diletanti enragés, que se espeluznan y horripilan, al oírme decir tranquilamente, como si se tratara de asunto menos magno <No había oído nunca el Roberto de Meyerbeer> Horror!”.<sup>112</sup>

Se advierte, en primer lugar, una resonancia muy familiar al comienzo de *Las Confesiones* de J.J. Rousseau, cuando el autor afirma que “No soy como ninguno de cuantos he visto, y me atrevo a decir que no soy como ninguno de cuantos existen. Si no soy mejor, a lo menos soy distinto de ellos”. Como puede verse, también Mansilla elige “confesar” su diferencia, y al igual que el pionero romántico, denota cierto rastro de orgullo en su expresión, afirmando además que es “incorregible”, o mejor, que no tiene ningún tipo de interés en modificar su proceder.

Es notable, además, el juego que realiza Mansilla entre el ser y el deber ser, bailando hábilmente en la cornisa que marca el límite estipulado por los códigos sociales y formales existentes. Porque el simple hecho de que esté reivindicando su individualidad y su conducta singular revela que, en algún punto, y si bien nunca lo manifestaría abiertamente, siente la necesidad de dar explicaciones respecto de su comportamiento inusual. Y esto es así no porque la autora esté demasiado preocupada por el qué dirán o por la preservación de su imagen, sino porque forma parte de una estrategia más amplia vinculada con el espacio de intervención que elige para sí, esto es, con el desarrollo de su carrera profesional como escritora. En efecto, si Eduarda Mansilla decide realizar aclaraciones públicas respecto de su accionar es porque le es absolutamente funcional, porque es la forma que elige para presentarse ante sus lectores y para captar su atención y porque, en definitiva, éste es el pilar sobre el que funda toda su producción como cronista: la autoconstrucción como personaje excepcional.

---

<sup>112</sup> Mansilla de García, Eduarda, “En Colon”, *El Nacional*, n° 10.457, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 489,490

Como mencionamos previamente, Mansilla elige frecuentemente sostener esta posición valiéndose de sus originales datos biográficos. De esta manera encontramos, en una colaboración enviada al periódico *La Tribuna* a propósito de la llegada al país de los restos de San Martín que “Mi corazón latía con violencia (...) Aquel suntuoso carro contenía los despojos mortales del héroe por excelencia, del guerrero *que en mis tempranos años aprendí a respetar y admirar, sentada en las rodillas de mi padre, su compañero de armas*”. Y agrega además: “Todo un pueblo sentía al unísono ante aquellas cenizas orgullo y patriotismo (...) *pero yo, yo sola experimentaba ante aquellos despojos un sentimiento complejo tan bello como profundo. A mi hijo, un niño ayer le había cabido el alto honor de conducir en compañía de dos bravos gefes aquellos ilustres restos a la lejana patria*”.<sup>113</sup>

Sin dudas, las líneas citadas previamente ilustran de manera contundente esta suerte de oscilación que se advierte a lo largo de todos los escritos periodísticos de Mansilla, procurando mimetizarse y diferenciarse de su público simultáneamente. Porque si todos los allí presentes estaban extremadamente conmovidos, la escritora necesita aclarar que sin embargo ninguno experimentaba un nivel de emoción equiparable al suyo y, más importante aún, que tampoco podrían hacerlo, puesto que solamente ella estaba ligada a ese acontecimiento por lazos tan personales e íntimos. En este sentido, resulta muy interesante notar cómo vuelve a aparecer aquí la idea de Mansilla como puente que acerca dos marcos espacio-temporales muy distintos, condensando de alguna manera en su figura prácticamente la totalidad de la Historia argentina, desde aquél momento fundacional de Independencia, atestiguado desde el regazo de su padre, hasta los acontecimientos más recientes, de los que se presenta casi como protagonista por el rol desempeñado por su hijo. Evidentemente, se trata de una estrategia muy astuta por parte de la autora, que logra de esta forma diferenciarse de ese pueblo que vibraba al unísono, añadiendo un valor incalculable a su testimonio al explicitar los motivos que lo vuelven absolutamente irreplicable, y contribuyendo asimismo a la construcción de su propia excepcionalidad.

Por otro lado, Mansilla elige frecuentemente respaldar esta caracterización por medio de la introducción, a lo largo de sus relatos, de ciertos gestos de rebeldía, que confirman su deseo consciente de apartarse del camino que *a priori* “debería haber seguido”, y

---

<sup>113</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Accourez, accourez multitudes”, *La Tribuna*, n° 8.985, Buenos Aires, 1880, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 379

reemplazándolo por otro radicalmente diferente, convirtiendo de esta forma lo inesperado en la norma, y entronizando a la individualidad como máxima virtud. Esto se advierte, por ejemplo, en un artículo publicado en el diario *El Nacional* el 28 de Abril de 1881, en el que Eduarda ensaya una despedida “á mi amigo, á mi maestro, á mi padre intelectual”<sup>114</sup>, el filósofo y poeta español Jacobo Bermudez de Castro. Allí, entre sentidos cumplidos, anécdotas personales y reminiscencias biográficas, encontramos también, casi imperceptible en una primera lectura, cómo Mansilla introduce pistas respecto de su propio comportamiento, muchas veces narrado a modo de travesura inocente, pero que demuestra que no siempre cumplía con las lecciones impartidas por su idolatrado maestro, sino que ya de muy joven confiaba en su instinto y valoraba su libertad para el aprendizaje. “Cuanto se ofendió un día que me halló con un tomo de Augusto Comte!”, desliza la autora casi a modo de juego, luego de “confesar” que no siempre lo complacía, barnizando de esta forma esos momentos de irreverencia frente a la autoridad con la pátina de inocencia que cubre la mayor parte de su producción periodística.

Algo similar, aunque mucho más exacerbado, encontramos en una colaboración publicada por *La Ilustración Argentina* bajo el nombre “La Cruz de Brillantes” en agosto de 1882. Introducida con el epígrafe “Recordar es vivir”, atribuido a Bermúdez de Castro, Mansilla se propone allí recuperar una anécdota transcurrida en la casa del célebre compositor decimonónico Gioachino Rossini. Es preciso notar, en primer lugar, el modo en el que la autora elige comenzar el artículo, realizando una descripción minuciosa y detallada de la ciudad de París, retratando también el advenimiento de la modernidad y las transformaciones que trae aparejada, destacándose por ejemplo el puente de Asnières “envuelto en el humo gris de las locomotoras”.<sup>115</sup> De alguna manera, puede argumentarse que es ésta una forma que Mansilla encuentra para impregnar de verosimilitud a la narración posterior, introduciendo al lector en esa atmósfera lejana que la autora recupera por medio de la palabra, al tiempo que acredita en cierta forma su posición de testigo y protagonista de los hechos que se desencadenarán a continuación. Es notable, en este sentido, el modo en que la literata va rodeando el núcleo de la

---

<sup>114</sup> Mansilla de García, Eduarda, “Filósofo y poeta”, *El Nacional*, n° 10.420, Buenos Aires, 1881, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 470

<sup>115</sup> Mansilla de García, Eduarda, “La cruz de brillantes”, *La Ilustración Argentina*, n° 23, Buenos Aires, 1882, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 543

historia por medio de círculos concéntricos vinculados no solamente con lo espacial en sentido geográfico, esto es, guiando al público por las calles de la ciudad de las luces hasta la casa del maestro Rossini, sino que también se advierte un recorrido vinculado con la noción de lo público/privado. En efecto, si el relato comienza en las calles de París, con una descripción muy pegada a los signos urbanísticos, se volverá sin embargo cada vez intimista, ofreciendo generosas caracterizaciones de las personalidades reunidas en el salón del compositor, e incorporando incluso chismes y comentarios cargados de cierta malicia para captar la atención del lector y asegurarse su complicidad.

Todos los elementos mencionados previamente, entonces, se ponen en juego al llegar el punto crítico de la narración, justo después de que Rossini tocara para el público presente su nueva partitura o, en palabras de Mansilla, “aquella confusión de agrios sonidos”<sup>116</sup>, que sin embargo todos se apresuraron en aplaudir candorosamente. “No que en aquel salón faltaran conocedores, capaces de juzgar aquella música, con un criterio superior al mio. Pero quién en aquel santuario del arte, quién se hubiera atrevido á tener una opinión contraria á los dueños de casa! Sólo una inocentona como yo, podía faltar asi á la etiqueta severa de aquella reunion”<sup>117</sup>. Pero, como era de esperar, la autora afirma inmediatamente después que “Mi triunfo fue grande cuando el maestro, ofreciéndome el brazo, me condujo á un saloncito contiguo (...)”.<sup>118</sup>

Nuevamente, Mansilla decide presentarse a sí misma como una figura excepcional, la única capaz de contradecir la opinión mayoritaria. Y, como en los casos mencionados previamente, no lo atribuye a una decidida voluntad de diferenciarse del resto y rebelarse frente a lo establecido, sino a su personalidad “inocentona”, casi aññada, que la lleva a vociferar que el rey está desnudo sin advertir las consecuencias de sus actos. Por supuesto, se trata de una puesta en escena absolutamente consciente y funcional, que resulta extremadamente eficaz no solamente por lograr la complicidad con el lector, sino porque al hacerlo le permite a este último alinearse detrás de la figura de máxima autoridad en la materia, el maestro Rossini, presentado como si estuviera tomando un examen que solamente Eduarda fue capaz de aprobar, y ubicándola nuevamente en un pedestal separado del resto, que le vale el reconocimiento del

---

<sup>116</sup> Ídem, p. 548

<sup>117</sup> Ibídem

<sup>118</sup> Ídem, p.549

compositor y, en consecuencia, de su público, reforzando de esta forma su singularidad excepcional como personaje y como escritora.

Por último, resulta muy significativo destacar un fragmento del discurso presentado por Mansilla en los salones de la Sociedad “Unión é Benevolencia” durante la Conferencia Concierto ocurrida el 1ro de Octubre de 1883 en beneficio de la familia del educacionista D. Nicomedes Antelo, titulada “Educación de las niñas”. Tal como lo recupera el número del día siguiente de *El Nacional*, uno de los puntos más enfatizados en la disertación refiere a los peligros del contacto del sexo femenino con el mundo de la prensa. “Ni en Inglaterra ni en Francia, leen diarios las señoritas”, afirma la autora para fundamentar su argumento, proponiendo además “la creación de un diario especial para las señoras (sin política) como los hay en Estados Unidos, en Inglaterra y en Alemania”, a lo que convendría incorporar, además, el formato de “diario doblado, con faja de papel, que equivale á un sobre, que *solo puede romper el padre de familia*”.<sup>119</sup> Siguiendo a la autora, estos resguardos deben atribuirse a que “el periodismo es un monstruo de los modernos tiempos” y, continuando con la idea anterior, aconseja: “Ese qué hay de nuevo tan grato á las que no salen de su casa (...) *Esperen la llegada del esposo, del hermano. Así hallará siempre pávulo la conversación.*”<sup>120</sup>

Como puede verse, en el discurso de Mansilla se advierte claramente la eclosión de preocupaciones más vinculadas con la cuestión del periodismo como parte de la reflexión respecto de los cambios suscitados por la modernidad, con otras estrictamente ligadas a la cuestión de género. De esta manera, el peligro no se orienta solamente a las noticias con las que las mujeres se pueden encontrar al leer un periódico, sino a las dificultades que puede traer para el funcionamiento familiar que las señoras salgan de la esfera privada, aunque sea por medio de la lectura, invadiendo de alguna forma el espacio reservado para el patriarca, que debiera funcionar como único lazo entre las integrantes mujeres de la familia y el mundo exterior. Llama la atención, entonces, el fragmento que se lee a continuación, apuntando Mansilla que: “Cierta día uno de mis hijitos, hoy un soldado, me preguntó con gracia suma, viéndome leer *La*

---

<sup>119</sup> Mansilla de García, Eduarda, “La educación de las niñas”, *El Nacional*, n° 11.140, Buenos Aires, 1883, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 633

<sup>120</sup> Ídem, p.634

*Liberté*, me hallaba en París: <Mamá, si tu lees también el diario, de qué hablarás luego con...Papá?...Ya Vdes. Ven – yo no lo he inventado”.<sup>121</sup>

Indudablemente, esta exposición condensa de manera muy contundente esa ambivalencia que vertebra la producción de Mansilla y estructura el modo en el que decide presentarse públicamente. Es sumamente significativo, además, el hecho de que luego de un discurso tan poderoso y persuasivo la autora elija deliberadamente contradecir todo lo dicho previamente a partir de la confidencia personal, demostrando así un nivel de singularidad tal que le permite incluso rechazar sus propias normas. Y es que, justamente, la imagen que Eduarda, con ayuda de sus contemporáneos, construye de sí misma la posiciona siempre en el lugar de excepción que confirma la regla, despegándose no solamente del resto de las mujeres por sus atributos intelectuales y desempeño profesional, ni de los miembros de su grupo social por su espontaneidad e “inocencia”, sino también de sus compañeros de carrera, al consagrarse en primer lugar como novelista para luego poder desarrollar su actividad como periodista, realizando de alguna manera el camino inverso al estipulado para la época.

## **2. El recuerdo de Eduarda Mansilla**

“Tenía de las personalidades bien acentuadas, buenas y malas, ó mezcla excepcional de ambas cosas, que bastaba designarla con su nombre de pila (...) para que se supiese en el acto de quién se trataba. Porque no había más que una Eduarda (...). Cruzó así el mundo de triunfo en triunfo: escritora, artista, versada en idiomas, maestra del buen decir, reina de los salones en los distintos países á que la llevó su alianza con el distinguido diplomático argentino: el Dr. Manuel R. Garcia” (*La Nación*, 21 de Diciembre de 1892)<sup>122</sup>

“Deber es de la prensa argentina dedicar un recuerdo á la gentil Eduarda, que tantas veces engalanó con sus charchas literarias, las columnas de los diarios. ¡Qué espíritu el suyo, tan artístico, tan refinado, tan Mansilla! Valía más como amiga, como mujer del hogar y de la familia, que como literata. Pobre Eduarda! Si ella pudiera escucharnos, quizá se ofendería por breves minutos, porque tenía la

---

<sup>121</sup> *Ibíd*em

<sup>122</sup> En Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 671

pasion de las letras y el culto de la memoria, alhajada con primor” (*El Nacional*, 21 de Diciembre de 1892)<sup>123</sup>

“No sé si es oportuno que yo diga en estos momentos las impresiones que experimentaba con su trato encantador, pero no puedo dejar de decir que no he conocido en América, ni en los círculos sociales de la Europa contemporánea, ni en ninguna otra parte, una mujer tan enérgica y resuelta en su voluntad, tan singular y casi extraña en su manera de sentir y tan fascinadora y atrayente por sus gracias” (*La Tribuna*, 22 de Diciembre de 1892)<sup>124</sup>

El 20 de diciembre de 1892, luego de batallar por casi 10 años con una enfermedad que afectó gravemente su salud, Eduarda Mansilla fallece, en la ciudad de Buenos Aires, a causa de una dolencia al corazón. De más está decir que al velatorio, celebrado con toda fastuosidad en el “Cementerio del Norte” – actualmente conocido como cementerio de La Recoleta-, asistieron las personalidades más destacadas de la sociabilidad porteña, tal como lo revela un detallado artículo publicado por el diario *La Prensa* el 22 de diciembre, en el que se listan más de 40 nombres, incluyendo por ejemplo a Miguel Cané y Carlos Guido y Spano, entre otros.

Conviene detenerse, en cambio, en las despedidas registradas a propósito de su fallecimiento en los periódicos nacionales finiseculares más importantes. Es que además de denotar la importancia de esta literata argentina, estos anuncios permiten documentar el modo en que era percibida por sus contemporáneos y, más aún, la manera en que eligieron recordarla.

Es preciso notar, en primer lugar, y en relación con la figura que Mansilla construyó sobre si misma explorada en el apartado anterior, el hecho de que las distintas editoriales hayan optado por retratarla como una mujer absolutamente excepcional, porque como apunta *La Nación* “no había más que una Eduarda”, confirmando de alguna manera esta noción de singularidad que vertebra todas sus intervenciones en la prensa decimonónica, y reafirmando la imposibilidad de repetición luego de su desaparición física. No deja de llamar la atención, sin embargo, el extremo al que se lleva esta característica, que aparece vinculada incluso con

---

<sup>123</sup> En Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 673

<sup>124</sup> Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

“inclinaciones a la extravagancia”<sup>125</sup>, despertando cierta fibra de fascinación como si se tratara de un Otro exótico y cautivante.

Sin dudas, esta caracterización se apoya en gran medida en los rasgos de la personalidad de Mansilla, “una dama bondadosa, discreta y elegante”<sup>126</sup>, “de clarísima inteligencia y de trato exquisito”<sup>127</sup>, pero también, y quizá fundamentalmente, en su desempeño como escritora y embajadora internacional de la república de las letras argentinas. Como apunta la editorial de *La Prensa*: “En este país (...) no puede sino encomiarse el empeño, al fin triunfante, de algunas mujeres argentinas por seguir las huellas de otras que figuran con brillo en las letras universales”.<sup>128</sup>

No deja de ser curioso, no obstante, el tratamiento que se hace de la profesión de Mansilla en los artículos previamente citados. Por un lado, es de notar que la editorial de *La Nación* haya elegido a la escritura como la primera y principal actividad en la que esta mujer multifacética obtuvo su más significativo “triunfo”, ubicando además a su desempeño en el ámbito de la sociabilidad en último lugar, esto es, reconociendo su talento como escritora por encima de sus obligaciones como dama de la alta sociedad porteña. En este sentido, resulta interesante que el obituario dedicado a esta autora haya sido titulado “Un recuerdo a su memoria”, ya que, como mencionamos más arriba, fue precisamente su capacidad para atesorar y transmitir sus impresiones la que le permitió hacer pie en el medio periodístico.

Sin embargo, encontramos también en este artículo un párrafo un tanto atípico, que remite directamente a la reflexión sobre las posibilidades y limitaciones a las que se veía sujeto el género femenino durante el siglo diecinueve, afirmando el redactor de *La Nación* que: “Hombre, habría dado mucho que hacer ó habría hecho mucho bien, según hubiese el destino dirigido sus pasos. Mujer, ha sido Eduarda: elegante, instruida, de gustos artísticos (...).”<sup>129</sup> Se percibe entonces a partir de estas palabras casi un lamento al repasar todo lo que Eduarda podría

---

<sup>125</sup> “En la tarde de ayer. Un recuerdo a su memoria”, *La Nación*, n° 6.849, Buenos Aires, 1892, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 671

<sup>126</sup> *La Voz de la Iglesia*, 21 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

<sup>127</sup> *La Tribuna*, 21 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

<sup>128</sup> *La Prensa*, 22 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

<sup>129</sup> “En la tarde de ayer. Un recuerdo a su memoria”, *La Nación*, n° 6.849, Buenos Aires, 1892, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 672

haber sido de haber nacido varón, todo el potencial inexplorado y los frutos que podría haber dado. No obstante, este pasaje no aparece en un primer momento como una crítica abierta a las reglas patriarcales decimonónicas, sino meramente como una anotación de la realidad que se asume invariable.

Siguiendo con la idea anterior, resulta muy interesante contrastar este obituario publicado por el diario *La Nación* con aquel editado por el periódico *El Nacional*. Se observa, en primer lugar, que también este último comienza destacando el desempeño de Mansilla como escritora, al afirmar que “Deber es de la prensa argentina, dedicar un recuerdo á la gentil Eduarda, que tantas veces engalanó con sus charchas literarias, las columnas de los diarios”<sup>130</sup>, incorporando de esta forma algo del orden de la reciprocidad que se hace presente en la industria de la prensa porteña decimonónica mencionada previamente, y se vincula en gran medida con las dificultades de producción y financiamiento que vuelven a la camaradería un componente indispensable. De alguna manera, esta editorial funcionaría entonces como agradecimiento a la autora por sus colaboraciones, algo absolutamente comprensible si tenemos en cuenta la asiduidad de sus intervenciones en este medio porteño, pero también como una forma de destacar la calidad de este medio periodístico, que supo contar con la participación de figuras de la talla de Mansilla.

Sin embargo, y a diferencia de la publicación analizada previamente, la redacción de *El Nacional* decide continuar su artículo destacando aquellos atributos de Eduarda Mansilla que se encuentran más vinculados con las gracias de su personalidad, y remiten no solamente a la esfera de lo privado sino también a las características típicamente ligadas con el universo de “lo femenino”. Si, por un lado, “era abundosa, picaresca, intencionada, para escribir sobre la sociedad, sus costumbres y sus debilidades”, el rasgo que prefieren inmortalizar desde las páginas de este periódico es su “bondad patriarcal, una bondad que nada ni nadie (...) consiguieron jamás apagar ó disimular”, relegando así a un segundo plano sus dotes como escritora. Esto se ve además muy claramente en el extracto citado al comienzo de este apartado, en el que se afirma que Eduarda Mansilla valía más como amiga, esposa y madre, es decir, como mujer, que como literata, trastocando de alguna forma la imagen que ella había construido

---

<sup>130</sup> Ídem, p.673

de sí misma, en la que su dedicación a las letras aparecía siempre al menos en igualdad de condiciones con los imperativos de su sexo, cuando no por encima.

No obstante, si realizamos una lectura más detenida de este artículo, podemos argumentar que, en algún sentido, los redactores están jugando a un juego muy similar al propuesto por Mansilla, diciendo “lo correcto”, pero deslizando simultáneamente la irreverencia. Si, por un lado, se encargan de alzar “la figura de la mujer, dulce, cariñosa, fina, inteligente y amable” por encima de su “natural vanidad literaria”, lo cierto es que también enfatizan que esto no es lo que la autora hubiera querido, aún más, que se ofendería al leer esas palabras, dejando asentado de esta manera su espíritu apasionado y su incansable devoción por la escritura. Más aún, puede leerse hacia el final de la nota que “*Eduarda* –y plácenos recordarla por su nombre periodístico- fue un gentil corazón, lleno de dulce y sabia filosofía. Había leído mucho; era una de las mujeres mas ilustradas de su país, y mejor informada sobre hombres y cosas, así de aquende como de allende el mar”<sup>131</sup>, acreditando de esta manera no solamente su autopercepción –o autoconstrucción- como escritora, sino que validando al mismo tiempo los cimientos sobre los que Mansilla fundó esta caracterización, esto es, su posición excepcional como intelectual criolla y cosmopolita, ilustrada e intuitiva, a la vez protagonista y testigo del mundo moderno pero con un fuerte anclaje en el pasado y, ante todo, mujer de bellas letras.

\*\*\*

A partir del recorrido propuesto en este capítulo encontramos que la noción de excepcionalidad acompañó a Eduarda Mansilla a lo largo de todo su trayecto vital. Evidentemente, las particularidades de su seno familiar hicieron que esta idea estuviera presente incluso antes de su nacimiento, y se exacerbara con cada paso dado en sus años de infancia, convirtiéndola en una niña absolutamente singular criada en un contexto con las mismas características. Como vimos, la impronta de Mansilla como mujer atípica se volvió una constante repetida en cada nuevo proyecto encarado por la escritora, ya sea éste de índole personal o profesional. Más aún, fue uno de los señalamientos principales al momento de su

---

<sup>131</sup> El Nacional, Diciembre de 1892, en Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p. 274

fallecimiento en el año 1892, virando incluso hacia los límites de la excentricidad, como fue observado en algunos de los obituarios analizados más arriba.

Pero si este aura de excepcionalidad fue una constante en la mayor parte de los artículos publicados en la prensa porteña decimonónica que hacían alusión a la figura de Eduarda, ya sea directamente -destacando por ejemplo sus inigualables dotes musicales o su destreza en el arte de la conversación- o indirectamente – al mencionarla casi siempre de manera individual y destacando además sus aptitudes intelectuales, entre otras- , la hipótesis que subyace a esta argumentación sostiene que esta caracterización obedece en verdad a una imagen autoconstruida por la propia Mansilla. Evidentemente, la autora se sirvió de muchos elementos previamente observados por sus contemporáneos, como la singularidad de su linaje, la controversia que rodeó a su matrimonio, o el exotismo de su estilo de vida prácticamente nómada y, en lugar de esconderlos o restarles importancia, eligió destacarlos como las plataformas a partir de las cuales buscaría construir un lugar propio como escritora.

De esta manera, observamos una imbricación muy marcada entre la escritura de Eduarda Mansilla y su imagen pública, afectándose una a otra en un espiral que se retroalimenta constantemente. Porque si la singularidad que rodea a esta mujer decimonónica es la que le permite acceder a ese lugar de privilegio como escritora y encontrar un espacio propio a partir del cual proyectar su voz, lo cierto es que también sus textos –que como vimos contienen una fuerte marca autorreferencial- son los que le facilitan el patentamiento de su excepcionalidad como marca registrada, contribuyendo sin dudas al atractivo de las crónicas firmadas por la pluma de esta autora.

## Consideraciones finales

Si bien el puntapié inicial que dio origen a este trabajo fue el interés suscitado por los artículos periodísticos de Eduarda Mansilla -prácticamente inexplorados en comparación con la producción literaria de la autora-, éstos se volvieron cada vez más una herramienta para explorar no solamente el particular contexto en que se inscriben, especialmente en lo que refiere al ámbito cultural porteño en la segunda mitad del siglo diecinueve, sino también para avanzar un nuevo aporte al conocimiento de esta singular escritora decimonónica. En este sentido, el objetivo principal evolucionó hacia la interrogación respecto de la voz que esta autora supo construir a través de la prensa, permitiéndonos de esta manera incursionar directamente en la relación entre la figura y el fondo, por tomar un concepto de la crítica de arte pictórico, y consiguiendo así un diálogo muchísimo más enriquecedor.

Como planteamos al comienzo del texto, una de las primeras preguntas que podían realizarse a raíz de los escritos publicados por Mansilla en la prensa periódica se vincula con la indagación respecto de los espacios de producción, circulación y consumo de bienes culturales en la segunda mitad del siglo diecinueve. Este tópico fue analizado en mayor medida en el capítulo I, donde nos propusimos trazar un esquema más o menos comprehensivo de la vida cultural argentina en el período posterior a la caída de Rosas, y encontramos que quizá los elementos más característicos de este fenómeno hayan sido su vigorosidad y heterogeneidad.

En efecto, los años posteriores a la batalla de Caseros, y en especial a partir del año 1862, fueron vistos tanto por los contemporáneos como por los estudiosos posteriores como una salida de esa suerte de Edad Media cultural que representó el período de gobierno rosista. Se destaca, en este contexto, el florecimiento de la sociabilidad y, sobre todo, la importancia cada vez mayor del asociacionismo, principalmente en Buenos Aires, constituida en un campo magnético de notables proporciones, que atraía, procesaba, alimentaba y traccionaba la mayor parte de los cambios ocurridos a escala nacional en un momento muy particular de la historia de la República Argentina, signado por la modernización, el progreso y la inserción al orden económico global por medio de la exportación de materias primas. Como vimos, entonces, uno de los rasgos más destacables de este período fue la diversidad de asociaciones que surgieron, desde aquellas nucleadas a partir de rasgos religiosos a otras agrupadas en torno a la

nacionalidad, la práctica de algún deporte o actividad artística, en un marco de creciente autonomización de la sociedad civil que se dio en paralelo a la consolidación del Estado nacional.

A partir de esta caracterización preliminar, enfocamos la lente en el universo intelectual, sin dudas uno de los ámbitos más destacados de la vida cultural decimonónica, que sufrió asimismo muchísimas transformaciones en el lapso de tiempo estudiado en este trabajo. Encontramos, por un lado, el surgimiento de espacios de reunión que se perfilaban cada vez más en torno a lineamientos profesionales o disciplinares. Por otro lado, destacamos también el fervor científico característico de esos años, impulsado fundamentalmente a raíz del esfuerzo desplegado por Domingo Faustino Sarmiento, así como también la tendencia juvenilista que se observa en muchas de las asociaciones previamente mencionadas, determinadas a contribuir al progreso del país por medio de la innovación artística y estilística, dejando cada vez más de lado las disputas ideológicas que signaron la primera mitad del siglo diecinueve.

Como vimos, la creciente relevancia que fue adquiriendo la Universidad en las últimas décadas del siglo diecinueve resulta clave para comprender el avance de las dos tendencias mencionadas en el párrafo anterior, esto es, el cientificismo y el juvenilismo. Asimismo, es preciso destacar cómo los claustros universitarios se erigieron en esta época como nuevas instituciones legitimadoras, ampliamente reconocidas, y capaces de validar aquellas credenciales vinculadas con la posesión de un tipo de conocimiento muy particular, vinculado de alguna manera con la noción de capital intelectual o cultural.

No obstante, aclaramos también que este fenómeno no supuso una escisión total entre el ámbito del saber y el ámbito del poder. Sin adherir a aquellas visiones que proponen un enlace total entre la elite intelectual y la elite gobernante- frecuentemente englobadas bajo el rótulo de Generación del 80, y caracterizadas por su adhesión al positivismo y férrea convicción en la idea del progreso- encontramos en cambio un panorama mucho más complejo y dinámico, plagado de acercamientos y distanciamientos, concomitancia y tensiones, sumisión y autonomía, que caracteriza el diálogo entre cultura y política en las últimas décadas del siglo diecinueve.

Tal como señalamos en el primer capítulo, entonces, a la caída de Rosas le sigue el florecimiento de una multiplicidad de zonas culturales, tanto para la Argentina en general, como para Buenos Aires en particular, escenario en el que nuestra protagonista se desenvuelve con absoluta destreza, ya sea participando de aquellos eventos convocantes de lo más selecto de la alta sociedad porteña y ejerciendo su rol de dama de caridad y patrona de las artes, como relacionándose con los grupos más avanzados en materia intelectual y cultural. Indudablemente, es preciso destacar dentro de este marco el esfuerzo desplegado por Mansilla para constituirse como embajadora de las bellas letras nacionales, afianzando de esta manera su posición como escritora sumamente multifacética y versátil, que cuenta en su haber con la publicación de novelas, cuentos, obras de teatro, diarios de viajes y artículos periodísticos.

A propósito de estos últimos, explorados mayoritariamente en el segundo y tercer capítulo, buscamos en primer lugar ofrecer una cartografía general del universo de la prensa porteña en la segunda mitad del siglo diecinueve. Como vimos, se trata de un ámbito que tiene muchos puntos en común con la escena cultural descrita previamente, como puede ser la posición ambivalente que mostraron muchos contemporáneos, destacando los beneficios de los medios gráficos como “instrumentos de civilización”, pero reflexionando simultáneamente acerca de las desventajas de estos dispositivos, catalogados frecuentemente como “monstruos de los tiempos modernos”, que amenazaban con erigirse en las principales fuentes de poder y liderazgo frente a la población civil. Subrayamos, asimismo, que el terreno de la prensa –como el de la cultura en general- se encontraba para estos años en pleno proceso de expansión, mostrando un altísimo potencial en cuanto a la fertilidad de su tierra, pero manteniendo todavía grandes parcelas que se encontraban prácticamente inexploradas o labradas de manera poco eficiente.

Se destaca, siguiendo con la idea anterior, la notable multiplicación de publicaciones que se registra para la segunda mitad del siglo diecinueve y, sobre todo, la diversidad que caracteriza a este conjunto de impresos. Esto se verifica tanto en términos de soporte material, encontrando gran variedad de diarios, panfletos, revistas, medios ilustrados, órganos de difusión de instituciones, etc., como en lo relativo al público al que apuntaban, distinguiéndose por ejemplo la importancia de la prensa en idioma extranjero. Como vimos, no se trató simplemente de un fenómeno impulsado por la expansión del público lector, sino de un proceso construido

en gran medida en base al esfuerzo de los propios círculos editores, que buscaron consolidar un mercado de bienes culturales, en muchos casos, creando su propia demanda cuando ésta no era suficiente.

A propósito de los hombres hacedores de periódicos, vimos también que la diversidad y la falta de patrones claramente delimitados parecían ser la norma. En efecto, en las redacciones de los medios decimonónicos no solamente se encontraban individuos de muy variada procedencia, ya sea en términos socioeconómicos, de nacionalidad o de trayectoria profesional, sino también con aspiraciones futuras absolutamente disímiles. Señalamos, entonces, que más allá de la heterogeneidad, uno de los elementos claves para caracterizar a estos hombres de prensa se vincula con su inmersión en una multiplicidad de actividades, constituyendo el periodismo muchas veces una ocupación más, un medio para obtener prestigio, dinero o exposición, en los albores de la profesionalización de la escritura.

Volviendo a Eduarda Mansilla, destacamos enfáticamente el rol protagónico que asumió dentro de este marco descripto previamente. En este sentido, uno de los ejercicios principales a la hora de articular este trabajo fue el de explorar los distintos enfoques que nos permitieran dar cuenta de la importancia de esta escritora en la prensa porteña finisecular. Tal como señalamos en la introducción, y ampliamos en el segundo capítulo, una de las posibles aproximaciones a esta pregunta, si se quiere, más fáctica, fue por medio del apunte de los distintos medios a los que esta autora ofreció sus colaboraciones. Advertimos entonces que Mansilla no solamente cuenta en su haber con la condecoración como única escritora mujer que alcanzó a publicar en primera plana, sino que también se abrió paso en las redacciones más reconocidas de la época, como *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Nación*, pero sin por ello dejar pasar la oportunidad de consagrarse en otras publicaciones, como pueden ser *La Ondina del Plata* y *La Gaceta Musical*, dando cuenta de su increíble versatilidad a la hora de escribir.

Señalamos, además, que otra fuente para explorar su relevancia se encuentra a partir de la forma en que fue introducida en la prensa decimonónica por sus contemporáneos. En primer lugar, notamos que Mansilla ya se había ganado un lugar como escritora al momento de su regreso a su ciudad natal en el año 1879, y así lo demuestran todas las editoriales de bienvenida publicadas a propósito de su llegada, como analizamos en el segundo apartado del capítulo II. Por otra parte, prestamos especial atención a la manera en que fueron presentados sus artículos

en los diferentes medios gráficos: siempre anunciados con antelación y anteponiendo incluso la autoría al tópico tratado, como si un nombre bastara para garantizar el valor de un escrito.

Evidentemente, estos elementos se relacionan con otro aspecto analizado a lo largo de este trabajo, que refiere a la relación que se estableció entre Mansilla y su público. Siguiendo con la idea del párrafo anterior, encontramos que el nombre de esta escritora se encontraba inextricablemente ligado a cierta noción de prestigio, de reconocimiento absoluto, otorgándole a cada palabra delineada por su pluma un halo de indiscutida autoridad. Como vimos, esto se tradujo notablemente en la amplia circulación y repercusión que tuvieron los artículos de la autora, muchas veces refrendados incluso por otros periódicos, y hasta reproducidos en medios competidores tras confirmar el éxito inicial de su primera publicación.

Vimos, además, que otra puerta que nos permitiría explorar la relevancia que esta literata supo conquistar por medio de sus escritos periodísticos se desprende de la vigencia que mantuvo por un período de tiempo muy prolongado, incluso muchos años después de haber publicado sus artículos. Y es que, en verdad, los años de intensa actividad como cronista no son tantos, concentrándose la mayor parte de su producción en el período inmediatamente posterior a su llegada al país. Sin embargo, encontramos que no solamente sus textos continúan republicándose, sino que son muy numerosas las editoriales que hacen expreso el anhelo de volver a contar con narraciones de Eduarda entre sus páginas, prometiendo incluso colaboraciones que nunca llegan a concretarse.

Sin dudas, esto último habla a las claras del diálogo establecido entre Mansilla y sus lectores, y fundamentalmente de la avidez de estos últimos por embeberse de las bellas letras prodigadas por la autora. En este sentido, uno de los interrogantes que apuntalaron este trabajo apuntaba directamente a desentrañar la manera en que esta escritora decidió presentarse frente a su público, prestando especial atención a todas aquellas estrategias utilizadas para alcanzar esa preponderancia indiscutida en la prensa porteña finisecular, incluyendo aquí elementos muy diversos como la forma en que organizó sus escritos, la manera de escribir, los distintos estilos, registros y tonos empleados, y los principales tópicos transitados, entre otros. En última instancia, este recorrido sirvió también como puntapié para explorar los objetivos perseguidos por Mansilla a la hora de plasmar sus ideas públicamente.

En relación a los aspectos más formales de la escritura de esta literata, encontramos que la organización y presentación de sus textos estaba muy ligada con el deseo de Mansilla de entablar –o aparentar- una relación cercana con sus lectores. De esta manera, son frecuentes los artículos redactados en forma de carta, destinados a personajes ficticios o personalidades conocidas, pero que le dan un tono absolutamente intimista a la narración. En este sentido, destacamos también que muchos recursos empleados por esta mujer de letras se corresponden con aquellos utilizados por su hermano, Lucio V. Mansilla, como la autopercepción de sus escritos como “charlas”, fijándose el lugar del lector como interlocutor por medio de un diálogo que muchas veces se explicita con referencias directas, o la apelación constante al recurso de la ironía.

Vimos, además, que uno de los atractivos de los artículos de Mansilla se vinculaba con su estilo de escritura sencillo y despojado de artificiosidad, pegado muchas veces a los códigos de la oralidad, pero que sin embargo resultaba igualmente armonioso, bello y pregnante. A propósito de esta cuestión, destacamos que uno de los aspectos más atrayentes del modo de narrar de esta autora se desprendía de esa cuota de espontaneidad, por decirlo de alguna manera, que imprimía a todas sus intervenciones en la prensa periódica. Argumentamos, en este sentido, que se trataba frecuentemente de una decisión consciente por parte de esta literata, que lograba así captar la atención de sus lectores y mantener con ellos un vínculo más cercano.

Siguiendo con la idea anterior, advertimos que otro recurso muy explotado por la autora fue la constante imbricación entre ficción y realidad en la que fundó muchos de sus textos, articulando hábilmente elementos más literarios con otros más estrictamente periodísticos. Señalamos, asimismo, que esta exploración estaba muy a tono con los cambios que estaba atravesando el mundo de la prensa en esos años, sintetizando a prueba y error nuevas fórmulas que trataran de combinar la provisión de información con elementos más lúdicos que cautivaran la atención de los lectores.

En esta misma línea, subrayamos que la intención última de los escritos de Mansilla no apuntaba únicamente a obtener la complicidad de sus interlocutores, sino que encontramos también una marcada intención pedagógica, en algunos casos hasta moralizante. Como vimos, también esta actitud se encontraba muy en sincronía con las tendencias generales de la época, tensionada entre ese pasado que se intentaba superar y recuperar simultáneamente, y las

ansiedades, expectativas y temores que suscitaba el futuro, dando por resultado una serie infinita de “manuales” personales que sirvieran como apoyo para afrontar esos delicados años de la historia nacional y mundial, en los que lo único verdaderamente permanente parecía ser el cambio. No llama la atención, entonces, que dentro de los principales tópicos explorados por esta cronista se encontraran referencias al advenimiento de la modernidad, el lugar de la religión, el rol de la mujer y la importancia de la patria, entre otras. Tal como apuntamos en el segundo capítulo, los artículos publicados por Eduarda Mansilla en la prensa decimonónica tenían una importante base “sociológica”, fundada principalmente en las observaciones de la propia autora, es decir, un conocimiento más vinculado con la empiria que con la teoría.

En relación a la idea anterior, uno de los principales argumentos explicitados en el capítulo II apuntaba al señalamiento de la importancia de la experiencia personal de la autora a la hora de construir una voz propia como cronista. Destacábamos, en esta línea, la capacidad de Mansilla para “atesorar sus impresiones” y, sobre todo, para transmitir las al público por medio de la palabra escrita. Como vimos, una de las particularidades más notables del posicionamiento conquistado por esta escritora estaba muy ligada a la forma en que Eduarda se ubicaba frente a muchos de los sucesos narrados, esto es, como protagonista y como testigo, simultáneamente. Más aún, agregamos aquí que el rol fundamental de esta literata se vincula con esa destreza absoluta que denota al momento de oficiar como una suerte de guía para sus lectores, permitiéndoles sumergirse de lleno en esos universos tan lejanos y extraños, pero que ella transforma por medio de su arte narrativa en entornos cercanos y familiares.

A propósito de esta cuestión, argumentamos más arriba que uno de los elementos más seductores de la escritura de Mansilla se desprende de su enorme capacidad para oficiar como mediadora, que se verifica no solamente por la habilidad que denota a la hora de plasmar sus ideas en palabras e impregnarlas de una connotación específica para quién las lee, sino también a partir de su destreza para erigirse como una suerte de puente entre su público y otras culturas, geografías, contextos y épocas muy disímiles, anclados todos en su prodigiosa memoria que por momentos pareciera infinita e inagotable. Como vimos, además, se trata de una cualidad destacada por muchos de sus contemporáneos, desde Domingo F. Sarmiento hasta el Conde de París.

Siguiendo con la idea anterior, señalamos también en el capítulo II la centralidad que adquieren los datos biográficos de la autora a la hora de analizar este ejercicio de mediación que describimos previamente. Destacamos, por un lado, cómo los recuerdos de la infancia la unen inextricablemente con los nudos más significativos de la historia argentina, sobre todo aquellos vinculados con el siempre idealizado proceso de Independencia, escena fundacional a partir de la que se construye la memoria colectiva nacional y que Mansilla recupera a partir de su linaje paterno. En este sentido, no deja de sorprender la ausencia de referencias a los años de gobierno rosista que encontramos en los artículos periodísticos de la autora, más aún si se los contrasta con los escritos de su hermano, Lucio V. Mansilla, en cuyas *causeries* fue moneda corriente la alusión al “Restaurador de las leyes”. Por otro lado, apuntamos que el estilo de vida nómada que desarrolla esta literata, en gran medida a causa de las actividades diplomáticas de su marido, la exponen constantemente a nuevas culturas y geografías que ella posteriormente ofrecerá a sus lectores. De alguna manera, podría decirse que este recorrido no es solamente espacial y territorial, sino que también “temporal”, en el sentido de que le permite conocer aquellos lugares donde se están inventando las nuevas prácticas de la modernidad, tanto en términos tecnológicos como políticos, económicos y sociales.

Tal como analizamos en el capítulo III, la trayectoria vital de la autora, especialmente los datos que se vinculan con su árbol genealógico, sirven también como primer punto de aproximación a la condición de absoluta excepcionalidad en que se funda la caracterización de Eduarda Mansilla ofrecida por la prensa decimonónica. Destacamos, en este sentido, la singularidad de la familia Mansilla en el contexto de la élite porteña, y avanzamos la posibilidad de que esta crianza particular haya sido uno de los factores explicativos del pasaje de niña a mujer atípica que se registra en las conductas de esta escritora y en las apreciaciones de sus coetáneos.

Sin embargo, el principal argumento desarrollado a lo largo del tercer capítulo del presente trabajo parte de la hipótesis de que esta noción de excepcionalidad, más que un producto de la subjetividad de quienes interactuaron con Mansilla a lo largo de su vida, es en verdad el resultado de una autoconstrucción orquestada por la propia escritora, que le permite encontrar un lugar de intervención propio dentro del universo periodístico finisecular. Se trató, sin dudas, de un fenómeno de retroalimentación constante, canalizado por medio del diálogo

establecido entre Eduarda y su público, y magnificado asimismo a partir de la imagen fragmentaria y caleidoscópica ofrecida por esta mujer/escritora/madre/cronista/patrona de las artes/intelectual/dama de sociedad/novelista/esposa, etc.

Y es que, en efecto, la originalidad que encontramos en la escritura de Mansilla, que como vimos en el capítulo II se manifiesta frecuentemente por medio de operaciones pendulares y asociaciones que en un principio parecerían contradictorias, pero que ella normaliza al volverlas parte constitutiva de su forma de narrar, se relaciona directamente con la singularidad que se desprende de su imagen pública, en la que se combinan también elementos disímiles y en principio cuasi contradictorios, -como el hecho de ser mujer y escritora- pero que Eduarda combina con absoluta destreza, convirtiendo la excepción en obviedad. Como vimos, se trata de una operación muy exitosa, que no solamente le permite a Mansilla hacer pie en el terreno periodístico, sino que le concede una posición inigualable al consagrarla como una suerte de “excepción que confirma la regla” en todos los ámbitos en los que incursiona, volviendo imposible su clasificación dentro de compartimientos estancos.

En relación a esto, uno de los interrogantes que abríamos al comienzo de este trabajo se vinculaba con la influencia de la inscripción social y el género a la hora de consagrarse como escritora en la segunda mitad del siglo diecinueve. En esta línea, la mayor parte de la bibliografía especializada apunta a las dificultades que debió enfrentar Eduarda Mansilla para insertarse en el mundo de las letras, principalmente por ser mujer, pero también por las ataduras acarreadas a partir de su condición de dama distinguida de la alta sociedad, que presupone no solamente un conjunto de obligaciones a cumplir sino también de barreras que no se deberían traspasar.

Sin embargo, a partir de los escritos periodísticos de la autora, y del perfil delineado sobre su figura en los medios de la época, encontramos una visión de conjunto un tanto diferente. Si, por un lado, observamos el amplísimo reconocimiento que recibió Eduarda Mansilla como escritora, tanto por sus editores y lectores como por las personalidades más distinguidas de la esfera cultural -nacional e internacional-, encontramos también que, al menos en el terreno de la prensa, la literata pareciera haberse desenvuelto con mucha mayor soltura de la que podría pensarse en un primer momento, ganándose un lugar como mujer de letras, y haciendo de esta combinación una virtud.

Siguiendo con la idea anterior, puede argumentarse que la alternancia entre distintas credenciales que le permiten el acceso a ciertos beneficios es sin dudas parte constitutiva de la escritura de Mansilla, una de sus múltiples estrategias para construir una voz propia en el medio periodístico. De esta manera, mujer y escritora conviven de manera armoniosa y sumamente fructífera, de la misma manera que lo hacen esposa y novelista, madre y viajera, nacionalista y cosmopolita, pasado y presente, tradición y modernidad: ningún desafío pareciera irrealizable para Eduarda, única y multifacética.

Teniendo en cuenta todas estas cuestiones, llama la atención, sin dudas, el escaso reconocimiento cosechado por Mansilla después de su muerte, especialmente si reparamos una vez más en la posición de absoluto prestigio que le conferían sus contemporáneos. En este sentido, resulta sumamente interesante que la mayor parte de la literatura apunte a su condición de mujer como el motivo más convincente a la hora de explicar el olvido colectivo que parece rodear los textos de esta escritora, una suerte de discriminación post-mortem que ignora por completo el lugar de privilegio ocupado por Eduarda durante la segunda mitad del siglo diecinueve.

Y es que hasta hace pocos años atrás Eduarda Mansilla era, en efecto, una escritora prácticamente ignota, que no solo se encontraba al margen de los grandes intereses editoriales, sino también por fuera del radar de la mayor parte de la crítica especializada -tradición que habría comenzado a principios del siglo anterior de la mano de Ricardo Rojas y su organización del canon literario nacional, en el que la literata apenas recibe una mención-. En este sentido, es preciso notar que no es sino hasta fines de los años noventa cuando comienzan a reeditarse algunos de sus textos, principalmente sus producciones literarias. Pero el verdadero esfuerzo por recuperar la obra de esta autora llegará recién después del año 2007, cuando se publican varios de los títulos firmados por Mansilla en la *Colección Los Raros*, de la Biblioteca Nacional-Colihue, y se terminará de consolidar en el año 2011, cuando la editorial Corregidor la incluye en sus Ediciones Académicas de la Literatura Argentina (EALA), publicando primero sus *Cuentos*, acompañados de un extenso sistema de anotaciones a cargo de Hebe Molina, luego sus *Creaciones*, con estudio crítico de Jimena Néspolo, y finalmente sus *Escritos periodísticos completos*, introducidos por Marina L. Guidotti.

Evidentemente, la gran mayoría de las aproximaciones académicas a la vida y la obra de esta escritora han sido impulsadas desde la perspectiva de los estudios de género. En un primer momento, este curso de investigación fue propiciado por investigadoras de la academia norteamericana, como Lily Sosa de Newton, Francine Masiello y Lea Fletcher, quienes despertaron el interés por estas escrituras femeninas inexploradas en otras investigadoras locales, como María Rosa Lojo, Gabriela Mizraje y Graciela Batticuore, entre otras. Frecuentemente, este marco teórico sirvió como puntapié para analizar hasta qué punto la figura de Eduarda Mansilla se adecuaba, o no, a los preceptos de “luchadora feminista”, rótulo escurridizo frente al que la escritora parecía posicionarse más como la excepción que como la norma.<sup>132</sup> Otros abordajes más recientes, buscaron inscribir la obra de la autora y su análisis correspondiente dentro de los preceptos dictados por alguna línea de teoría y crítica literaria, como puede ser el estudio de Guidotti en torno a las “escrituras del yo”.

A diferencia de estas líneas de investigación, el trabajo aquí realizado propone otro tipo de semblanza, que no parte de un marco teórico particular seleccionado *a priori*, sino de la recuperación de la voz que Mansilla supo construir por medio de sus escritos periodísticos-y también de la de sus contemporáneos-, con el objetivo de no limitar las múltiples potencialidades de estas fuentes al encasillarlas bajo una grilla conceptual determinada. Se propone, si se quiere, un recorrido inverso, en el sentido de que el objeto de estudio no es aproximado con el fin último de encontrar, o no, ciertos elementos que permitan ordenarlo dentro de unas estructuras de pensamiento preseleccionadas, sino que es indagado, en todo caso, por el diálogo que establece con su propio contexto de producción.

En este sentido, y como destacamos ya varias veces a lo largo de este trabajo, uno de los elementos principales que contribuyen al interés por la figura de Eduarda Mansilla como escritora, en general, y sus artículos periodísticos, en particular, es la relevancia que le otorgaron sus coetáneos. Como menciona Benedetta Craveri en su libro *La cultura de la conversación*, en el que se dispone investigar la importancia de la palabra dentro del ámbito de sociabilidad circunscripto a los salones organizados por mujeres en la Francia de los siglos XVII y XVIII, los primeros en otorgarle a estas figuras femeninas – *les salonnieres*- una función arquetípica

---

<sup>132</sup> Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015, p.12

fueron, sin duda alguna, sus propios contemporáneos, algo que a los ojos de la investigadora justifica con creces ese primer acercamiento e interés despertado pasados ya más de dos siglos.<sup>133</sup>

Si bien la obra de Craveri se ocupa de un tópico y un período absolutamente diferentes a los explorados en este trabajo, lo cierto es que ciertos lineamientos pueden servir también para enriquecer nuestra investigación, sobre todo a partir de la centralidad que adquiere el (saber) “decir” dentro de la sociedad, y la relación que se establece entre las mujeres y el arte de la palabra. Asimismo, es preciso destacar que, si como menciona la autora, el espacio para la “conversación mundana” se fue convirtiendo cada vez más en un lugar de debate intelectual y político a medida que el Antiguo Régimen experimentaba una separación cada vez mayor entre la sociedad civil y la esfera política, vimos que un fenómeno similar comenzó a operar en la Argentina a mediados del siglo XIX, cuando se inaugura el proceso de autonomización de la sociedad civil, que ya no pasará únicamente por reuniones que se ubican en el límite entre lo público y lo privado, sino que se desarrollará cada vez en el terreno de la prensa escrita.

Pero, sobre todo, la visión que ofrece Craveri nos permite re-pensar muchas de las características de la escritura de Mansilla. Si bien la investigadora italiana afirma que el mundo que ella describe se agota con la Revolución de 1879, lo cierto es que es posible asociar muchos elementos atribuidos a la “cultura de la conversación” con el desempeño tanto público como profesional de Eduarda, permitiéndonos enfatizar nuevamente la importancia de la experiencia de la escritora argentina, esta vez no solamente como una fuente de información a la que recurre a la hora de redactar sus artículos, sino también en un sentido formativo, puesto que como mencionamos previamente, Mansilla reside varios años en la Francia gobernada bajo el imperio de Napoleón III, concurriendo a los salones más prestigiosos de la época.

“(…) la naturalidad, la sencillez, el tacto, un modo de expresarse claro y elegante, un espíritu vivo y penetrante, la capacidad de contar y, sobre todo, el *savoir vivre*”<sup>134</sup>, sin dudas, esta enumeración podría responder tranquilamente a las características que observamos en el capítulo II respecto de los rasgos más prominentes del modo de escribir de Eduarda Mansilla, y sin embargo responden, en realidad, a una descripción de las cualidades que debía ostentar

---

<sup>133</sup> Craveri, Benedetta, *La cultura de la conversación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p.22

<sup>134</sup> Ídem, p. 367

una salonnier francesa para ser considerada como tal. Es notable, en este sentido, la definición que se ofrece en el libro de Craveri a propósito del término *savoir vivre*, connotado como “el estudio de los usos y las costumbres, (que) en el conocimiento de los hombres, y en especial de las mujeres, demostraba ser profunda y capaz de impartir buenas lecciones”. Como vimos, es ésta una de las particularidades más destacadas de los artículos periodísticos de Mansilla, esto es, su capacidad para observar y reflexionar sobre la sociedad, ofreciendo finalmente agudos y detallados “cuadros de costumbres” para sus lectores.

De manera similar, Craveri destaca que una de las características centrales a este ideal de conversación forjado en el siglo XVII es la habilidad para conjugar la búsqueda de la verdad con la tolerancia, la elegancia con el placer y, sobre todo, la ligereza con la profundidad, agregando también a esta sumatoria la celosa coexistencia entre la pasión por la novedad y el sentido de tradición aristocrática, el apego a las formas y el respeto por las costumbres del pasado. Nuevamente, se trata de elementos de los que muy fácilmente podríamos servirnos para realizar una descripción de los escritos analizados a lo largo de este trabajo. Más aún si reparamos en la importancia que adquiriría el “arte de burlarse con ingenio y gastar bromas con finura” –connotado bajo la nomenclatura *rallierie*-, pero también la predisposición para sostener conversaciones serias, y especialmente aquellas direccionadas en un sentido pedagógico, frecuentemente asociado a las capacidades femeninas.

Conviene observar, en esta misma línea, que uno de los rasgos más señalados al explicar el éxito –o fracaso- de una salonnier se vinculaba con su capacidad para demostrar que obraba de manera ‘espontánea’, aunque se tratara de una espontaneidad prefabricada, dato que Craveri incorpora para ilustrar ese equilibrio entre “instinto y cultura” que prodigaban estas damas francesas, y puede compararse con la observación de Sarmiento respecto de la amalgama entre “espontaneidad e ilustración” que sabía inspirar Eduarda Mansilla. “Lo singular es que nadie advierta el esfuerzo que debo hacer para parecer lo que los demás piensan que realmente soy”, advierte Madmoiselle de Lespinasse, pero bien podría haberse tratado de una cita de la escritora argentina nacida casi un siglo después que, como vimos, fue artífice de su propia personalidad pública, muy vinculada con la noción de excepcionalidad.

Siguiendo a Craveri, encontramos que “para gustar hacía falta, antes que nada, <conocer el mundo>, lo que significaba dar a cada cual lo que le correspondía”<sup>135</sup>, afirmación que la autora ofrece en relación al poder encantador de la conversación mundana proferida por estas damas del Antiguo Régimen. Evidentemente, este es un rasgo que se advierte muy claramente en los artículos periodísticos de Mansilla, y refuerza nuevamente la relevancia de la experiencia formativa de la autora, para quién los viajes realizados a lo largo de toda su vida no solamente sirvieron como fuente de inspiración a la hora de escribir, sino que le garantizaron la posibilidad de “conocer el mundo”, en un sentido que por supuesto no es únicamente geográfico, sino que se vincula con la capacidad para relacionarse con personalidades muy diversas y adquirir ese arte del buen trato, tan característico de lo que se conoce como la *politesse* francesa. En este sentido, mencionamos más de una vez a lo largo de este trabajo la inigualable capacidad de Eduarda para pronunciarse sobre tópicos muy diversos, así como también su astucia para alternar entre sus distintas credenciales según la ocasión y conseguir de esta forma involucrar “a todos en el placer del juego” o, en este caso, de la lectura.

De alguna manera, podría afirmarse que Mansilla logra muy eficazmente trasladar esos elementos constitutivos de la “conversación mundana” a sus artículos periodísticos, algo que se refuerza si notamos nuevamente cómo muchos de sus escritos estaban organizados en forma de “charlas”, en las que la voluntad de agrandar y la seducción del lector jugaban un papel fundamental. Por supuesto, no estamos sugiriendo aquí que se trate de una operación premeditada por la autora, sino más bien que podría leerse como un clima de época, una tendencia que, aunque en los términos descriptos por Craveri se clausura hacia fines del siglo XVIII, se mantiene sin embargo en algunas conductas observables en mujeres como Eduarda Mansilla, quién, al igual que las salonnieres francesas, logra abrirse paso en un mundo de varones e imponer sus propias reglas por medio del uso de la palabra.

No sorprende, entonces, que Mansilla haya sido tan frecuentemente comparada con quién ocupe quizá el lugar de máxima autoridad correspondiente a las letras francesas femeninas del siglo XVIII, Anne-Louise Germaine Necker, más conocida como Madame de Staël. De acuerdo con Craveri, la pequeña Germaine había sido criada por su madre con todas las herramientas necesarias para convertirse en una salonnier de primer nivel, pero con el paso

---

<sup>135</sup> Ídem, p.409

del tiempo, su progenitora comprobaría cada vez más que su hija “se parece cada vez menos a la criatura perfecta con la que había soñado, convirtiéndose en un ser francamente *extraordinario*, es decir, en un ser del todo *atípico*: era imposible resistirse a la fuerza cautivadora de su inteligencia, a la intensidad de sus emociones, al encanto de sus palabras, pero también era imposible poner freno a su *insaciable deseo de aprovechar todas las oportunidades de la vida*.”<sup>136</sup>

En un primer nivel de análisis, podría argumentarse que Eduarda, al igual que Germaine, se desarrolla por fuera de los parámetros impuestos desde la cuna, el apellido y el género, rehusándose a circunscribir el uso de la palabra únicamente al ámbito de la oralidad, y buscando enfáticamente constituirse como escritora. Pero resulta también muy interesante atender a que, quizá, lo verdaderamente extraordinario en relación a la figura de Eduarda Mansilla sea, como en el caso de Madame de Staël, ese “insaciable deseo de aprovechar todas las oportunidades de la vida”, que le valió tanto reconocimiento por parte de sus contemporáneos, pero despertó también una sensación de sorpresa e incertidumbre en los investigadores que se ocuparon de su obra, especialmente si se tiene en cuenta que esta múltiple inserción tanto a nivel personal como profesional volvía extremadamente difícil su catalogación. Y es que, en verdad, Mansilla no se opone al “deber ser” característico de la época – que podría reducirse al ser hija, madre y esposa de-, sino que lo incorpora y lo trasciende, lo toma como una “oportunidad” más que no va a dejar pasar, pero que combinará con muchas otras, modificando las reglas de juego según su conveniencia y apoyándose en el valor de su excepcionalidad.

Evidentemente, queda todavía un largo camino por recorrer hasta alcanzar una aproximación más o menos comprehensiva de la vida y la obra de esta escritora decimonónica, para quién no contamos siquiera con una biografía publicada. Dentro de este marco, el presente trabajo no pretendió de ninguna manera avanzar un análisis exhaustivo ni definitivo, sino que, por el contrario, buscó ofrecer una de las tantas miradas posibles a partir de la puesta en diálogo de los escritos periodísticos de la autora, su trayecto vital, y el particular contexto en que ambos se inscriben, con el objetivo último de echar luz sobre estos fenómenos, pero, por sobre todo,

---

<sup>136</sup> Ídem, p.438-439

de invitar a la reflexión, abrir nuevos interrogantes, y motivar cursos de investigación alternativos que contribuyan a la expansión del conocimiento y, especialmente, a reconstruir la voz de Eduarda Mansilla, que se proyecta desde el silencio en letras de molde.

## **Bibliografía**

Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (Ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, e la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980

Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005

Auza, Néstor Tomás, *Periodismo y feminismo en la Argentina 1830-1930*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1988

Batticuore, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005

Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (Comp.), *Un nuevo orden político. Provincias y estado nacional 1852-1880*, Buenos Aires, Prometeo, 2010

Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001

Bonaudo, Marta (comp.), *Nueva Historia Argentina. Tomo IV: Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007

Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Edhasa, 1977

Bruno, Paula (Coord.), *Visitantes culturales en la Argentina (1898-1936)*, Buenos Aires, Biblos, 2014

Bruno, Paula (Dir.), *Sociabilidades y Vida Cultural, Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2014

Bruno, Paula, “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual”, *Anuario IEHS*, 24, 2009

Bruno, Paula, “Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas”, en *Cuadernos Americanos*, nro. 123, 2008

Bruno, Paula, “Un balance acerca del uso de la expresión generación del 80 entre 1920 y 2000”, [http://www.academia.edu/7022198/\\_Un\\_balance\\_acerca\\_del\\_uso\\_de\\_la\\_expresi%C3%B3n\\_generaci%C3%B3n\\_del\\_80\\_entre\\_1920\\_y\\_2000\\_](http://www.academia.edu/7022198/_Un_balance_acerca_del_uso_de_la_expresi%C3%B3n_generaci%C3%B3n_del_80_entre_1920_y_2000_)

Bruno, Paula, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, SXXI, 2011

Craveri, Benedetta, *La cultura de la conversación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004

Cutolo, Vicente Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Tomo IV, Buenos Aires, Elche, 1968-1985

Devoto, Fernando, *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2000

González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2002

Halperín Donghi, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987

Halperín Donghi, Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985

Halperín Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005

Laera, Alejandra (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina*, Volumen III: El brote de los géneros, Buenos Aires, Emecé Editores, 2010

Lojo, María Rosa, “Eduarda Mansilla, la traducción rebelde”, *Feminaria Literaria*, Año XII, N° 19, Abril 2007

Lojo, María Rosa, “La importancia de llamarse Eduarda”, 25 de diciembre de 2016, <http://www.eduardamansilla.com/>

Losada, Leandro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008

Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fin del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001

Mansilla de García, Eduarda, *Creaciones (1883)*, Edición, introducción y notas a cargo de Jimena Néspolo, Buenos Aires, Corregidor, 2015

Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015

Masiello, Francine, *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994

Mizraje, María Gabriela, *Argentinas de Rosas a Perón*, Buenos Aires, Biblos, 1999

Moya, José C., *Primos y extranjeros: La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emecé, 2004

Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (Comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004

Oszlak, Oscar, *La formación del estado argentino*, Buenos Aires, Red Federal de Formación Docente Continua, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1999

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2006

Quesada, Ernesto, “El periodismo argentino (1877-1883)”, 1883

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Caracas, El perro y la rana, 2009

Romero, José Luis, *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Taurus, 2004

Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998

Sosa de Newton, Lily, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000

Viñas, David, *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2005

## **Fuentes**

-Mansilla de García, Eduarda, *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Edición, introducción y notas a cargo de Marina L. Guidotti, Buenos Aires, Corregidor, 2015

-*La Voz de la Iglesia*, 21 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

-*La Tribuna*, 21 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

-*La Prensa*, 22 de Diciembre de 1892, Biblioteca Nacional de Buenos Aires.